

Hacer historia de una frontera
MUJERES, GÉNEROS, FEMINISMOS

Losandro Antonio Tedeschi



2018

Gestão 2015/2019
Universidade Federal da Grande Dourados
Reitora: Liane Maria Calarge
Vice-Reitor: Marcio Eduardo de Barros

Equipe EdUFGD
Coordenação editorial:
Rodrigo Garófallo Garcia
Divisão de administração e finanças:
Givaldo Ramos da Silva Filho
Divisão de editoração:
Cynara Almeida Amaral, Raquel Correia de
Oliveira e Wanessa Gonçalves Silva
e-mail: editora@ufgd.edu.br



A presente obra foi aprovada de acordo
com a Resolução do Conselho Editorial n.
12/2017, de 17/11/2017.

Conselho editorial:
Rodrigo Garófallo Garcia
Marcio Eduardo de Barros
Fabiano Coelho
Clandio Favarini Ruviano
Gicelma da Fonseca Chacarosqui Torchi
Rogério Silva Pereira
Eliane Souza de Carvalho

A revisão textual e a normalização
bibliográfica deste livro
são de responsabilidade de seu autor.

Tradução e revisão:
Hemerson Vargas Catão e Losandro A. Tedeschi
Capa: Marise Frainer
Diagramação: Patricia Carvalho

O autor é responsável pela escolha e apresentação das imagens contidas neste livro e pelas
opiniões nele expressas, as quais não são, necessariamente, as mesmas da UNESCO e
não comprometem a organização.

Dados Internacionais de Catalogação na Publicação (CIP).

T256h Tedeschi, Losandro Antonio.
Hacer historia de una frontera : mujeres, géneros, feminismos.
[livro eletrônico]. / Losandro Antonio Tedeschi. -- Dourados, MS: Ed.
UFGD, 2018.
980Kb ; pdf ; 108p.

ISBN: 978-85-8147-151-8
Coletânea de textos em espanhol publicados anteriormente
em periódicos e eventos nacionais e internacionais.
1. Discriminação de sexo contra as mulheres. 2. Mulheres – História.
3. Mulheres – condições sociais. 4. Sexismo. I. título.

CDD – 305.4

Ficha catalográfica elaborada pela Biblioteca Central – UFGD.

©Todos os direitos reservados. Permitida a publicação parcial desde que citada a fonte.

SUMARIO

PRESENTACIÓN	05
LA HISTORIA NO TIENE ROSTRO DE MUJER: REFLEXIONES SOBRE VIOLENCIAS, EPISTEMES, ESCRITA Y RESISTENCIA	07
Introducción	07
La violencia invisible / visible en la historia de las mujeres	08
Una escrita femenina agotada por no ocurrir	14
Entre lo apropiado y lo impropio: naturalización de la violencia de género en la universidad	18
Palabras finales	21
Referencias bibliográficas	23
GÉNERO, HISTORIA DE LAS MUJERES E HISTORIA ORAL	27
Introducción	27
Caminos e influencias de la historia oral en los estudios de género	31
Las mujeres, la historia oral y la memoria colectiva	38
La memoria y el silenciamiento femenino	41
Perspectivas	51
Referencias bibliográficas	52
NARRATIVAS DE UNA MUJER EN CURSO: LA “PEQUEÑA” HISTORIA DE UNA MUJER FRONTERIZA	55
Introducción	55
Una historia de desplazamiento	60
“Nadie me ayudó”	63
“Quedé sola y casi abracé al perro”	68
“La historia no para [...]”: el regreso a Brasil y la vida bajo la lona	77
“Por debajo de la lona usted no es nadie”	79
“Deseo un lugar para vivir y plantar”	83
Referencias bibliográficas	88

HISTORIAS MENORES, VIDAS OTRAS: RE-EXISTENCIAS FEMENINAS EN BRASIL DEL SIGLO XIX	91
Introducción	91
Desplazamientos femeninos – espacios otros/ re-existir, insistir en la existencia	94
Referencias bibliográficas	107

PRESENTACIÓN

Hacer historia de una frontera: mujeres, géneros, feminismos es resultado de una compilación de textos publicados en revistas académicas y conferencias pronunciadas en universidades en América Latina y que sirvió como subsidio teórico a los alumnos del Programa de Postgrado en Ciencia Política y Social de la UNAM en el año 2017/2018.

En estos textos, busco por las teorías feministas, cuestionar la historia y la dominación masculina constitutiva de las prácticas discursivas y no discursivas, de las formas de interpretación del mundo dadas como únicas y verdaderas, debatiendo la historia de las mujeres y los procesos de producción de nuevas formas de subjetividad masculina y femenina, tomando como referencia los estudios de género y sus *interseccionalidades*. Las mujeres reivindican la construcción de un nuevo lenguaje, que revele la marca específica de la mirada y de la experiencia cultural e históricamente constituida de sí mismas. Más que la inclusión de las mujeres en el discurso histórico, se trata, entonces, de encontrar las categorías adecuadas para conocer los mundos femeninos, para hablar de las prácticas de las mujeres en el pasado y en el presente y para proponer nuevas posibles interpretaciones inimaginables en la historia.

Durante mucho tiempo, las mujeres, sus narrativas e historias de vida fueron objeto de un relato histórico que las relegó al silencio ya la invisibilidad. Eran invisibles, pues su actuación se pasaba casi exclusivamente en el ambiente privado de la familia y del hogar. El espacio público, perteneciente a los hombres, pocas mujeres se aventuraban en él.

Pero no están solas en este silencio profundo. Ellas están acompañadas de todos aquellos que han sido marginados por la historia como los negros, los indios, los viejos, los homosexuales, los niños, etc. Por lo tanto, escribir y reflexionar sobre la historia de las mujeres es liberar la historia. Liberar la historia de las

amarras de las meta-narrativas modernas, falogocéntricas, sexistas y misóginas. La presente obra, por lo tanto, materializa / visibiliza un deseo a las discusiones.

Buena lectura.

Prof. Dr. Losandro Antonio Tedeschi
Coordinador Cátedra UNESCO “Gênero e Fronteiras”
Universidade Federal da Grande Dourados - UFGD

LA HISTORIA NO TIENE ROSTRO DE MUJER: REFLEXIONES SOBRE VIOLENCIAS, EPISTEMES, ESCRITA Y RESISTENCIA¹

Introducción

Abordar la construcción de la naturalización de la violencia que sufren las mujeres, es revelar lo imaginario masculino presente, impregnado, que se refleja en la cultura. La historia del cuerpo femenino es contada por la mirada del hombre, estableciendo, a través del discurso, una “naturaleza femenina”, que se vuelve únicamente a la maternidad y a la reproducción. La historia de las mujeres se construye a partir de las fronteras, del margen, de las fisuras, que cruzan y se conectan con otros mundos – otros espacios, otras re-existencias. Son fronteras que surgen en la Historia para dividir-la y diferenciar-la (TEDESCHI, 2014).

Reflexionar a respecto de la naturalización de la violencia de género, es cruzar múltiples fronteras, en un territorio blindado por lo masculino, marcado por la sexualidad, por la escrita, por la producción artística y académica, entre otras formas de conocimiento alternativos, entre lo previsto e imprevisto, entre visibilidad e invisibilidad. Esta gama de articulaciones hace con que las relaciones entre la Historia y género, al subrayar la historicidad las inter-relaciones socialmente construidas entre los sexos, produzcan no una historia de las mujeres seccionada e excluida del ámbito general del porvenir histórico, pero una nueva forma de verse y concebir la propia Historia, partiendo del aspecto absolutamente relacionales, en los cuales la violencia sobre uno de los géneros estuvo siempre presente.

Además del grande avanza de los movimientos feministas en la América Latina y las inúmeras conquistas de las mujeres en el ámbito de la ciudadanía, de

¹ Conferencia proferida no II Seminário NACIONAL CALIDAD DE LA EDUCACION SUPERIOR Y GENERO: EXPERIENCIAS Y DESAFIOS – Universidad de Ambato/Ecuador, 2016.

la producción intelectual en todas las áreas del conocimiento, todavía se busca el autoconocimiento, la comprensión del pasado, el desnudar de la memoria, el intento de cruzar al “otro lado”. Cada paso femenino es un acto de conocimiento que se tiende a cruzar ese puente, esa frontera, abandonando un territorio significado, marcado, pre-visto (y previsible), en busca de recuperar un tiempo perdido para transitar en un pensamiento liminar², fronterizo. Se busca romper con una tradición silenciadora de la historia de las mujeres, una epistemología de la violencia sobre los cuerpos, en lo cual fue posible apenas mirar, escuchar, silenciar y raras veces transgredir.

En este texto tengo la intención de reflexionar sobre los efectos que la violencia epistémica impuso a la historia de las mujeres, a sus cuerpos, su memoria y escrita, bien como apuntar los avances que el pensamiento feminista habilitó a la Historia y los desafíos sobre el enfrentamiento a la violencia de género en la universidad. Hay una relación entre el género y el poder que necesita ser estudiado, revelado, reescrito, pues la Historia antropocéntrica y universalizada instituye el mito del sexo frágil, de impotencia, de la dependencia existencial de ser masculino. Esta es una de las formas de violencia más atroces y silenciadora sobre el devenir femenino.

La violencia invisible / visible en la historia de las mujeres

La historia de las mujeres es una historia de violencias, sin memoria, sin rostro, una historia de des/posesión (RIUS, 2015). La Historia como el lugar de la legitimación del dominio sobre el femenino hizo con que Virginia Woolf (1980), en su célebre obra *Una habitación propia* desvelase una dimensión profundamente importante de la vida de las mujeres: el espacio apartado, privado de la pieza, de las cuatro paredes, como un espacio constitutivo de identidades, resistencias, sueños y desilusiones. El control y la apropiación de la palabra escrita – empleada principalmente por hombres letrados, escritores, cronistas e historiadores – implicó en el uso abusivo de una violencia marcada por el poder simbólico de los hechos de narrar, relatar y significar, con pretensas superioridades, en un momento ligados directamente en los triunfos y los grandes hechos heroicos.

2 Eso en la acepción de MIGNOLO, 2003.

La historia de la naturalización de la violencia a las mujeres es un relato misógino producido sobre el cuerpo, la sexualidad y las identidades femeninas, que se constituyó como barrera simbólica poderosa para contener la capacidad creadora, protagonista y de empoderamiento de estas. Desde temprano, las mujeres, eran enseñadas a respetar y entender sus supuestas limitaciones y deficiencias, renunciar a sí mismas, sujetadas a un discurso de naturalización como signo de dominación.

La violencia contra a las mujeres en la Historia, implico en la negación de su capacidad racional y de su voluntad individual delante de la sociedad, pasa desapercibida y no es definida como tal, por ser concebida como algo natural. Definidas a partir de su cuerpo y apariencia, identificadas por los discursos masculinos como criaturas dóciles, obedientes, sumisas y seductoras, las mujeres terminan delimitadas dentro de un espacio de des/razón. Ese aspecto apunta directamente a la raíz de las causas de la violencia.

La negación del hacer y del pensar femenino, tiene como consecuencia la naturalización de la violencia. La transgresión de la voluntad, sea para imponer o para impedir una conducta, se constituye en la Historia como un mecanismo de control, quita de las mujeres el poder de decisión y de autonomía.

Sabemos que el discurso filosófico, que desde Aristóteles hasta Freud recurre el pensamiento occidental, fue una de las primeras formas de naturalización de esta violencia. Hay una misógina inherente, ya denunciada por las teóricas feministas, como un discurso postulado como verdadero. Desde Aristóteles, la diferencia mujer/hombre, es también una diferencia de forma, fue ese discurso que forneció a la tradición occidental, el primer argumento de inferioridad femenina.

La mirada del filósofo o el sacerdote sobre el femenino, la mirada del médico, sobre la paciente. Pratt (2005) defiende que es por la mirada que el hombre transforma la mujer en objeto. Sin acción, sin respuestas, la “mirada imperial” es la expresión de un control y poder que, debido a su profundidad y eficacia, dispone de fuerza y de violencia. Esas miradas fijas, estas fijaciones siempre puntuales, tenidas como verdaderas, establecidas como reacciones a las contingencias personales e históricas, definirán y fijarán una posición subjetiva sobre la mujer. La misma visión de inferioridad femenina, basada en un u otro argumento anatómico o fisiológico, recurrió sin desvíos nuestras tradiciones hasta los días actuales.

La naturalización de la violencia está más allá del discurso racional filosófico. El relato mitológico-religioso de “primero Adán-después-Eva”, basado en observaciones físicas, agarra el prototipo del cuerpo masculino como perfecto

e inevitablemente revela la inferioridad femenina. El mito de Lilith, la primera mujer, fue en la cultura occidental la lección de moral que acompañó a las rebeldes y transgresoras, que se expresaron a través de la represión del femenino. El mito cuenta, el génesis del monstruo femenino, la revuelta contra la sumisión, considerando el habla de la mujer demoníaca. La naturalización del discurso religioso misógino no representa solamente el lado sexual reprimido en la cultura, también está asociada a la cuestión de autoría y autoridad femenina. Esos discursos sobre la figura femenina atestiguan las dificultades que las mujeres enfrentaban no solo para que se transforme en “ángeles”, pero, en lo principal, para no convertirse en “monstruos” (COLLING, 2014).

Hacer de forma inadecuada, intentar una profesión, o usar la escrita, podría significar una aproximación con Lilith, el lado oscuro, lleno de insinuaciones de locuras, exquisiteces y monstruosidades. La aproximación de Lilith, sería transponer la frontera del permitido, del sexo, del pecado, de su desnaturalización, pasible de punición por la trasgresión de hacer opción por el otro lado.

Los discursos, sobre la “naturaleza femenina” se extendieron a lo largo de los siglos y se tornaron el motor de la Historia, en la cual la diferencia entre los sexos paso a definir la relación entre mujer/naturaleza y hombre/cultura. Cuando maternal y dedicada (pudorosa y del hogar), la mujer es una expresión del bien; cuando usurpa el poder político, o sale del ámbito privado, se convierte entonces, en hechicera u una figura del mal.

De Eva a Minerva, de Sofía a Galatea, las mujeres son representadas hasta el siglo XIX, como criaturas creadas para y por el hombre, hijas de la costilla, del cerebro u de la ingenuidad masculina (TELLES, 2012, p. 61). Michelle Perrot (1998) resalta que el cuerpo solamente puede ser “objeto de la mirada y del deseo, se habla de él. Pero él se calla. Las mujeres no hablan, no deben hablar de él. El pudor que encubre sus miembros les cierra los labios, es la propia marca de la feminidad” (PERROT, 2003, p. 13). Volver el cuerpo sujeto de su propio deseo era una situación de frontera, que dejaba a las mujeres en constante amenaza de la violencia, porque nunca tuvieron transitado/transgredido ese espacio.

Las formas de violencia, que sufren las mujeres, no se dieron solamente sobre su cuerpo. Las concepciones estéticas que recorrieron la Historia, llegarán al siglo XIX, afirmando que la creación cultural, era privilegio estrictamente masculino. Actividades como escribir, leer y pensar no solamente eran extrañas al universo femenino, como también confundían a las escritoras, las artistas y las lectoras, creando una imagen “desnaturalizada” de las características femeninas.

Los varios mecanismos de naturalización de la violencia, sobre las mujeres, pasan a manifestarse por el disciplinar de sus cuerpos. ¿Lo que vendría a ser ese cuerpo femenino dócil? De acuerdo con Telles (2012), es un “cuerpo que puede ser sometido, utilizado, transformado y perfeccionado”. El cuerpo deja de ser vivido en su totalidad, para ser trabajado en sus detalles; sobre él hay una coerción, sin huelga. Se objetiva alcanzar la eficacia del movimiento. Fue eso lo que Michel Foucault llamo de disciplinas y que en el transcurso de los siglos XVIII y XIX, se transforman en reglas generales de dominación y de violencia sobre las mujeres.

Los cuerpos femeninos en la Historia se asemejan a un texto, en signo, y no solamente a un trozo de carne. Las estructuras del lenguaje y otras prácticas significantes que codificaron los cuerpos de la mujer, fueron tan opresivas cuanto las estructuras materiales y sociales que tienen mediado la percepción del cuerpo, del ser y sus inúmeras posibilidades. La Historia de las mujeres trae sus marcas de violencia sobre un cuerpo. Son marcas del tiempo y de la relación con el otro, es la superficie que se da a ver, tocar, y hasta mismo, leer.

Ese cuerpo asociado a la sumisión, fragilidad y la seducción, llevo las mujeres a la sujeción y naturalizo la relación violenta entre hombres y mujeres, justificada por un discurso de diferencia natural de los sexos. Hay una narrativa hegemónica en la Historia que estableció el “poder” y la “virilidad” masculina de frente a la “seducción” y a la “pasividad” femenina. Tal narrativa se firmó en interpretaciones maestras del pasado, ocultando las relaciones sociales, las resistencias femeninas y omitiendo, a partir de una visión esencialista y universal, las apropiaciones de los cuerpos femeninos (TEDESCHI, 2014).

La naturalización de las formas de la violencia es apagada y sobre puesta por inúmeros discursos que cultivan toda vía hoy en el imaginario social a la aceptación femenina a las agresiones cometidas por los hombres y por las propias instituciones, Rita Segato (2012) nos ayuda a entender esa naturalización, cuando avalúa que:

As relações de violência atribuída as mulheres é resultante de uma colonialidade de gênero, uma episteme colonial cristalizada e reproduzida permanente pela matriz patriarcal, como resultado de uma “mandato” onde esse discursos identitários, que cultivam histórica e culturalmente a diferenciação de valores das sexualidades, constroem o mandato de violência a subjetividade masculina ligada ao poder e a subjugação do outro, uma espécie de rapinagem sobre o fe-

minino manifestado na destruição do corpo sem precedentes em toda as suas dimensões (SEGATO, 2012, p. 108).

En la historia latino-americana, ese “mandato” trajo consigo un poder sin freno, arbitrario, de extremada fuerza y violencia. Las carabelas aportaron en el continente cargando hombres y conquistas, obra de machos, como nos dice Octavio Paz (2009). Hubo una violación no solo en el sentido histórico, para también, literalmente, en la carne de las indias. El cuerpo femenino paso a vivir en función de una moralidad, de un código, de una traducción del hombre blanco, europeo, católico, que clasificaba por el acto violento los tipos de mujeres entonces existentes: exótica, bárbaras, violentas, sin alma, honorables y sin honor.

En este contexto, el hombre blanco es permitido la pasión lujuriente y salvaje, prohibida por el comportamiento “civilizado”, porque reforzaba sus buenas intenciones con el ideal de la esposa blanca, encerrada en el hogar. Las mujeres indias, las negras, las representaciones, en las historias o en los relatos, aparecen descritas como violentas y perezosas. El mundo colonial ibérico es una continua afirmación de poder masculino sobre el femenino, negro e indígena, justificando el empleo de la violencia como algo racional. La culpa no es del asesino, más de la asesinada; la bárbara-esclava es siempre una criminal, traicionera, llena de vicios, una representación que permanece en el tiempo, en las costumbres, en la moralidad y es traída hasta hoy.

Uno de los ejemplos clásicos en la historia latino-americana es la figura de Malinche, en la crónica sobre la conquista de México, ella es considerada una traidora por asumir una postura propia, independiente de su papel de madre. Esa postura era encarada como una catástrofe, porque una mujer de la época solo tendría permiso para articular sus necesidades y sus deseos en nombre de sus hijos, y no en su nombre. Ella sería una traidora también de la función primordial de la mujer, la maternidad (ALARCÓN, 1994, p. 113).

Durante el Movimiento Chicano, muchas mujeres fueron rotuladas de *malinches* e vendidas, solamente por tomar parte activa en el Movimiento, demostrando que buscaban transformar sus papeles culturales, lo que generaba un conflicto con la obligación social de desempeñar un papel femenino tradicional. Sus esposos y los hombres chicanos en lo general presuponían, que ellas tendrían que quedar-se en el hogar, cuidando de los hijos, les tocaban a ellos participar en las

marchas y protestos. En la mirada masculina, el pueblo chicano sufría opresión por igual; en la mirada femenina, todavía, las mujeres eran oprimidas no solamente por la sociedad anglo-americana, por ser chicanas, pero también por su propio pueblo, por ser mujeres. La cuestión es que la imagen que Malinche representa es tenida hasta hoy, como impura en su país, enlazada al pasado romántico. Con eso, la población no reconoce en ella lo que Octavio Paz llama de “Eva mexicana” – o la madre simbólica de todo un pueblo (ALARCÓN, 1994, p. 124).

De la región del actual México hasta el Río de la Plata, la violencia patriarcal mantenía a las mujeres blancas en severa vigilancia, y muchas veces, prisioneras de sus propios hogares. La Iglesia Católica se utilizaba hipócritamente de un sistema normativo, en el sentido de crear una mujer ideal, para implementar con suceso la moral que el código de valores imputaba en la familia y en la fe católica. Con eso, condenaba a las prostitutas, pero hacía uso de la figura de ellas para crear el ideal de valoración de su opuesto, la mujer honrada, identificada con la “Santa Madrecita”.

Esta naturalización de la violencia fue interiorizada en la sociedad latino-americana católica, a punto de hacer que las mujeres pensaran que su lugar en la sociedad era mismo dentro y limitado solamente al espacio doméstico. La situación de las mujeres latino-americanas también definía su honor. La condición de esposa legítima, era un puesto honorable en las clases medianas y alta, considerado sagrado. Hasta hoy, los hombres tienden a considerar a sus esposas y madres casi literalmente como otras *Marías*. Las mujeres que ocupan ese lugar adquieren poder para influir y manipular a sus familiares a través del culto a la superioridad moral femenina.

Muchas de esas mujeres, llegan a ser consideradas sagradas, moralmente superiores, frente a la inmoralidad de los hombres. Es interesante verificar que, tal vez por eso, en la actualidad, algunas mujeres siquiera ven a sí mismas como víctimas de malos tratos en el ambiente doméstico, pues son común las madres repasar a los hijos el estereotipo machista de que la mujer, a dentro del “hogar”, deben sacrificar para el bien de todos los miembros de la familia. De acuerdo con Nader (2014),

A mãe “santinha” que cumpre todos os desejos de seus filhos e está sempre a postos, para agradá-lo repassa o imaginário de que a mulher existe para servir ao homem. Com isso, o filho aprende que não há limites para o que um ho-

mem se permite fazer com uma mulher. Principalmente no seio familiar (NADER, 2014, p. 113).

Una escrita femenina agotada por no ocurrir

La naturalización de la violencia sobre los cuerpos, en la historia de las mujeres, per paso otros espacios, más allá del simbólico, las limitaciones impuestas también fueron de otras ordenes, como del lenguaje, de la retórica y de la escrita. Hay una historia de aprender a escuchar, a no exponer las preocupaciones, una historia permeada por una tela: los hombres. Hay una violencia masculina que fue ejercida no solo por el consentimiento femenino, pero en el cotidiano vivido a través de otras formas y expresiones. Las mujeres nunca estuvieron en su lugar, porque necesitan ser siempre realojadas, como una forma de control social. Otro tipo de violencia, de las ideas, legitimo esa naturalización y está permanentemente en la conciencia de las mujeres. Las limitaciones que fueron impuestas son cotidianas y mediatizadas por las representaciones históricas y presentes en lo cotidiano.

La violencia sobre las condiciones femeninas, fue denunciada por muchos medios. Ese universo particular femenino inmerso en diarios, cartas, crónicas y hasta en recetarios, expreso a través de fisuras, de cretas, de labirintos, la condición en la sociedad en que la mujer estaba insertada. A la orilla de un pensamiento fronterizo, prohibido, inmerso en preceptos patriarcales reinantes, la mujer intenta romperlos. Aislada, silenciada, la mujer intenta, por medio de la escrita, romper con el espacio a ella destinado y demuestra su condición subordinada a las normas sociales vigente.

El arte de la invención, de la creación y de la escrita subordino y aprisiono las mujeres, antes de intentar romper con las formas de violencia que cerceaban la autonomía y la busca del conocimiento. Era necesario escapar de la episteme masculina – que las definía como quisquilla, nulidades, como sueños, devaneos – y adquirir autonomía para proponer alternativas al poder que las aprisiono.

La conquista del territorio académico, por las mujeres y la desnaturalización de la violencia epistémica, fue un proceso largo y difícil. La escrita femenina rompió con las paredes del hogar-cárcel, de las celdas de una violencia invisible, de un arquetipo del cuerpo definido como frágil, insuficiente, flaco, débil, some-

tido al juicio de las miradas de los otros. Una voz marginalizada, una narrativa marginal de quien no podía hablar y ser escuchada.

Por largo tiempo, el rol público fue vetado a las mujeres, y solo recientemente se abrió un pequeño espacio para la inserción femenina en la tradición occidental. Puntuada por nombres, aquí y allá, la historia intelectual femenina se ha dicho, gracias principalmente a los esfuerzos del empeño de la crítica historiográfica feminista, fruto directo del feminismo en cuanto movimiento social y político que tiene en la desconstrucción una de las herramientas posibles para otra narrativa.

Es por la historiografía feminista, de acuerdo con Margareth Rago (1998), que se opera una quiebra en la jerarquía de los acontecimientos: *“todos se tornam passíveis de serem historicizados, e não apenas as ações de determinados sujeitos sociais, como o proletariado-masculino branco, tido como sujeito privilegiado por longo tempo, na produção acadêmica”* (RAGO, 1998, p. 14). Se abre un campo de posibilidades interpretativas, con múltiples temas posibles de investigación, se formula nuevas problematizaciones, se incorpora inúmeros sujetos sociales y construye nuevas formas de pensar y vivir.

La categoría del género, encuentra aquí un terreno absolutamente favorable para abrigarse, visto que desnaturaliza las identidades sexuales y postula la dimensión relacional del movimiento constitutivo de las diferencias sexuales; así como la Historia Cultural gana terreno entre los historiadores, enfatizando la importancia del lenguaje, de las representaciones sociales culturalmente constituidas, esclareciendo que no hay anterioridad de las relaciones económicas y sociales en las relaciones culturales. El discurso, visto como práctica, pasa a ser percibido como la principal materia-prima del historiador, se entiende que si él no creo el mundo, se apropia de este y le proporciona múltiples significados.

Historiadoras y escritoras, como la nicaragüense Gioconda Belli – autora de *O país sob minha pele: memórias de amor e guerra* (2002) y *O país das mulheres* (2002) – pasaron a incorporar elementos innovadores de la representación femenina, fisuras en el discurso patriarcal, que evidencian la negociación que la escritora hacia entre lo tradicional y el nuevo. Esas fisuras y cretas, van poco a poco creciendo y una nueva identidad femenina va se asumiendo, como voz dominante en su poética, todavía que con recaídas propias de las tensiones con el viejo discurso. Belli realiza una corajosa autocritica del yo-femenino, reconoce el excesivo idealismo con que encaraba las relaciones amorosas, pasa a cuestionar abiertamente

la sumisión de la mujer y a defender que esta tendría la libertad de establecer sus propios límites, sus propias reglas, lo que realmente quiere o no quiere en el amor. Vista en su totalidad, la escrita de Belli es un fantástico registro de la trayectoria del *yo-femenino*, con sus conflictos y contradicciones una de las herramientas posibles para otra narrativa.

Historiadoras y escritoras, como por ejemplo una Gloria Anzaldúa (2015), una mestiza chicana, una mujer de frontera, una mujer del margen, que vivió una identidad múltiple, que, a través de su propia boca – desbocada y excesiva – crea un discurso revelador, que abre ese sujeto y que visualiza todas las formas de su construcción. La opción por cruzar la frontera de la narrativa historiográfica, cristalizada históricamente por representaciones del masculino, ella crea un espacio de renacimiento, otra lengua, articulada a otras re-significaciones sobre el narrar, contar sobre la violencia, sobre sus cuerpos y su porvenir.

La denuncia y la desnaturalización de la violencia sobre el femenino se encuentran en la escrita historiográfica y literaria el otro borde, otra orilla, que libera las mujeres de las narrativas tradicionales de la escrita androcéntrica. La historiadora y escritora paraguaya Renée Ferrer es un ejemplo de esta denuncia. En su libro *La querida* (2008), una narrativa histórica narrada por un personaje en tercera persona, con un discurso directo (del personaje Dalila), Ferrer denuncia la tortura, los métodos infalibles para hacer hablar los infelices que caían bajo la mirada de sospecha del sistema dictatorial paraguayo.

En esta narrativa no está presente solamente el dictador, pero también los discursos salvacionistas-nacionalistas y la sangre abundante sacada de los inocentes en las dependencias más aterradoras del Departamento de Investigaciones de la Policía. La narrativa de Ferrer no habla solamente de “una querida”, la favorita entre su séquito de mujeres destinada al placer del hombre más poderoso (*el dios, como se llama a sí mismo*) del Paraguay, pero de otras queridas, las otras tantas mujeres, las criaturas púberes, inocentes, que componían el apetitoso banquete del dictador. Al final, sobresale el juzgamiento de aquel que acompaña las reminiscencias del general. El dictador, que se mantuvo por 35 años al mando (mismo que en la narrativa no haga alusión a su nombre, lo sabemos qué se trata de Alfredo Stroessner), se encuentra destituido del mando, acorralado en su pequeño sótano aguardando la sentencia que le será aplicada. Es, por lo tanto, el dictador vencido, que el libro *La querida* presta la voz, pero no lo deja libre para imprimir su punto de vista: las memorias del dictador son ironizadas, cuestionadas e des-

preciadas por el narrador, en un ejercicio de desconstrucción y de denuncia, a partir de la mirada y de la escrita femenina.

En Brasil, inúmeras producciones historiográficas y literarias³ marcaron la trayectoria y el protagonismo de las mujeres en el escenario social, con una escrita comprometida, denunciando las prácticas naturalizadas de la violencia de género sobre la intelectualidad femenina. Lo que parece permear cualquier obra que de facto se pueda denominar literaria u historiográfica, es la capacidad de dialogar con el mundo factual de manera cuestionadora y así desvelar sus aspectos más escamoteados, invisible del discurso misógino masculino.

Para ilustrar ese aspecto en el Brasil, hay una singular obra intitulada *Quarto de despejo: diário de uma favelada* (1960). El texto, escrito por la recolectora de basura, Carolina María de Jesús, apunta la forma como la sociedad brasileña de la década del 50 era retratada, bajo la perspectiva de una mujer pobre y negra, su formación escolar no ultrapasaba el segundo grado de la educación primaria. Es de incuestionable importancia el estudio de la Historia, a partir de la perspectiva marginal, del subalternado, narrada por la mirada femenina. La primera mirada, lo que se evidencia es la manera como la obra actúa en el sentido de denunciar la situación precaria, deshumana, a la cual está expuesta una grande parte de la población, que vive en las favelas, a la orilla de la sociedad. Sus escritos son incuestionables, de relevancia en este sentido, porque retratan la voz de las mujeres marginalizadas, al hablar de sus propias trayectorias registradas de sus perspectivas.

En América Latina, inúmeras producciones historiográficas y literarias, marcaron la trayectoria y el protagonismo de las mujeres en el escenario social, con una escrita comprometida, denunciando las prácticas naturalizadas de la violencia de género sobre la intelectualidad femenina. Lo que parece impregnar cualquier obra que de facto se pueda denominar literaria u historiográfica, es la capacidad de dialogar con el mundo factual de manera cuestionadora y así desvelar sus aspectos más escamoteados, invisible del discurso misógino masculino.

En la historia de las mujeres en las Universidades, en todo el mundo y más específicamente en la América Latina, esa misoginia no es diferente, apareciendo muchas veces como intrusas, extrañas debido a su conocimiento en la universidad.

3 Para destacar algunas de ellas: Maria Lacerda de Mora, Julia Lopes de Almeida, Heloisa Buarque de Holanda, Raquel Shoihet, Bertha Lutz, Patricia Galvão, Rose Marie Muraro, y otras.

Entre lo apropiado y lo impropio: naturalización de la violencia de género en la universidad

Las universidades nacen, como instituciones masculinas y así permanecen a lo largo de 7 siglos. Cuando las mujeres resuelven romper esa frontera, y saltar la muralla que las impedían, fueron miradas como extrañas, intrusas, un cuerpo donde traía consigo una orden simbólica donde la desigualdad era norma y se sabía sin sombra de duda el lugar social de “hijas de Eva”. La mujer aparece esencialmente como un cuerpo y no como persona, sin derechos, sin deberes, el silencio era la regla, no eran vistas ni tampoco escuchadas.

La exclusión de las mujeres del mundo intelectual, crea un espacio de masculinidad en la universidad como reconocimiento social de los letrados. La separación griega, del público y del privado, pasa a incorporar la separación y la estructuración, como base en el mismo principio organizador de la desigualdad entre los sexos. La naturalización del doméstico como espacio natural del femenino se combinó con un fuerte anti-intelectualismo dirigido a aquellas que buscaban romper esa frontera, y adentrar a la vida intelectual.

Por más que el feminismo en el inicio del siglo XX, se puso a través de la crítica, la duda de la biología u esencialismo de la conducta femenina/masculina, hay una violencia sistemática en contra las mujeres, la exclusión de las actividades científicas, teniendo como base las diferentes aptitudes corporales de hombres y mujeres. Diferencias de género en los procesos de conocimiento.

Varios estudios han demostrado que en las IES no pueden mantenerse separadas de los problemas sociales, pues las aulas reflejan las fortalezas, debilidades y sesgos de la sociedad en que están situadas. Por eso reproducen formas de discriminación y violencia en contra las mujeres, que son todavía hoy problemas crónicos en todos los países del mundo. En muchos espacios universitarios, la violencia de género forma parte de la cultura institucional y viene se manifestando abiertamente y sin cortapisas desde tiempos remotos.

Para entender la violencia en el interior de las instituciones es útil conocernos la cultura que se desenvuelven puertas adentro. Según Buquet (2013),

Una cultura institucional se estructura a partir de los usos – rutinas, espacios, vestuarios, lenguajes, relaciones, jerarquías, rituales – con que se articulan consensos más o menos extendidos acerca de las conductas aceptables para, y

requeridas de quien integran una determinada comunidad. Estos usos son adquiridos, a través del tiempo la repetición, la consistencia de estilos particulares que vuelven diferentes. Hay muchas veces parece que se reproducen automáticamente, sin que nada cuestione sus orígenes e o/u razón de ser (BUQUET, 2013, p. 23).

La cultura del género se crea y recrea en el nivel de la convivencia cotidiana, en el contacto continuo entre hombres y mujeres – todavía entre hombres y hombres, entre mujeres y mujeres – que comparten los recintos y llevan a término proceso de comunicación a donde está en juego las concepciones de género que cada uno asume, recibiendo legitimidad de las instancias organizativas formales – como por ejemplo las leyes y los organismos del gobierno – que constituyen las instituciones. Eso significa que las instituciones – entre esas las IES – mismo que tengan un sólido fundamento en una cultura institucional, se puede reformar a si mismo e imponer a sus integrantes normas de convivencia.

Hay varias formas de violencia de género en diferentes espacios: en las relaciones de poder, relaciones académicas y laborales, provenientes de la diversidad sexual y de las relaciones de parejas entre estudiantes y empleados. Hay también el acoso sexual, violencias físicas y discriminatorias, por características físicas, personales, de orígenes, de color, de clase, entre otros factores, violencia sexual, exclusión frente al conocimiento, expresiones autoritarias y descalificadoras por parte de los maestros, violencia del saber, discriminación y descalificación. En síntesis, se descubrió el machismo e iniquidad que relaciono con una cultura de género, caracterizada como subsidiaria de la permanencia del modelo patriarcal estereotipado basado en la heterosexualidad y en la referencia masculina como regla.

Ana Buquet (2013), investigadora de la UNAM, se refiere a estos pequeños detalles de trato diferencial como “micro-iniquidades” y aseguran que tengan efectos acumulativos cuyas consecuencias son perjudiciales para las jóvenes y mujeres. Para muchas investigadoras, el acoso sexual forma parte del ambiente que viven las profesionales y las trabajadoras en sus empleos. Se trata de una forma más insidiosa de violencia contra las mujeres porque, debido a sus características psicosociales, la mayoría de las víctimas prefiere no denunciar los incidentes.

La educación superior continúa siendo un mundo de hombres, lo cual tradicionalmente están menos preocupados con el acoso sexual, debido a que, en lo general ocurre más a las mujeres que a los hombres. Cuando alguna universidad reconoce el acoso sexual, es referido típicamente como asunto de mujeres y no como de incumbencia institucional. Hay cierto orgullo en las costumbres con que las instituciones expresan sus modos de ser, tanto hacia el interior como hacia el exterior, de modo que muchas veces parece que se reproducen automáticamente, sin que nadie cuestione sus orígenes o razón...

El estudio más reciente se constata que la violencia de género, afecta profundamente la salud de las mujeres. En particular, las conductas sexuales violentas se caracterizan como perniciosas en términos psicológicos académicos. Debido a la complejidad de enfrentar y se defender de situaciones de acoso sexual en la universidad, sobre todo desde la perspectiva de las estudiantes, si reproduce una violencia silenciosa, que se refleja en la propia estructura universitaria, jerarquizada y masculinizada, contribuyendo al silenciamiento del problema por parte de las víctimas que no disponga de herramientas necesarias para enfrentar mediante la denuncia, a toda la estructura de poder histórica sobre sus cuerpos e mentes.

Es necesario en la universidad, hacernos una mirada crítica, para poner en palabras aquello que en apariencia es un problema individual, privado, y darle existencia, explícita e colectiva. Hacer que las palabras se conviertan en algo más que discurso, trascender en nivel de discurso, para generar conciencia de la discriminación que ocurre cotidianamente en los espacios universitarios, y sobre todo para impulsar la participación cabal de las mujeres en las instituciones de educación superior.

Las posibilidades abiertas en las universidades para los estudios históricos por las teorías feministas son inúmeras y profundamente instigadoras: la desconstrucción de los temas e interpretaciones masculinas a las nuevas propuestas de ser, expresar *femininamente* las experiencias del cotidiano, de la micro-historia, de los detalles, del mundo privado, rompiendo las antiguas oposiciones binarias, buscando respaldo en la Antropología y en la Psicoanálisis, incorporando la dimensión subjetiva del narrador.

En la historiografía feminista, es bueno señalar, la teoría sigue la experiencia: con esta no se busca comprobar aquella apriorísticamente propuesta. Operase una des-jerarquización de los acontecimientos: todos son pasibles de ser *historicizados*, y no solamente las acciones de determinados sujetos sociales,

sexuales y étnicos de las élites económicas y políticas, u de otros sectores sociales, como el proletariado-masculino-blanco, tratado como sujeto privilegiado por un largo periodo en las producciones académicas.

Las prácticas comienzan a ser privilegiadas en relación a los sujetos sociales, en un movimiento que me parece bastante democratizador. Así, y como decía Paul Veyne, lo que debe ser privilegiado por el historiador es la temática que él recorta y construye, y no por un consenso teórico exterior a la problemática, como ocurría antes cuando se trabajaba con el concepto de modo de producción, por ejemplo, o cuando la preocupación mayor con el pasado venía de sus posibilidades en dar respuestas a la búsqueda de la Revolución. La realidad ya no más cede a la teoría.

Por fin, parece que ya no hay más dudas de que las mujeres saben innovar en la reorganización de los espacios físicos, sociales, culturales y aquí, puede complementar, los intelectuales y científicos. Y lo que me parece el más importante, saben innovar libertariamente, abriendo a las posibilidades interpretativas, proponiendo múltiples temas de investigación, formulando nuevas problematizaciones, incorporando inúmeros sujetos sociales, construyendo nuevas maneras de pensar y vivir.

Palabras finales

Enfrentar la naturalización de la violencia de género es cruzar la orilla, el borde, la frontera del discurso que dicta la naturalización de las desigualdades entre los sexos. No se trata de separar la historia de la violencia a las mujeres de una historia general, más de pensar en una historia en la cual las relaciones entre sexos que sean consideradas como una construcción social, cultural y política, creada en la historia, posibilitando analizar y estudiar las experiencias femeninas, la revisión de los modelos que tiene marcada, cristalizada la violencia sobre esos sujetos.

Problematizar sobre el cuerpo en cuanto lugar de dominio es buscar en el pasado/presente de la Historia y en lo cotidiano de la universidad una nueva escrita, a partir de una alternativa contestataria, con nuevas herramientas interpretativas para revelar “ese cuerpo sin órganos que vive curvado, cansado, cansado por no ocurrir” (DELEUZE; GUATTARI, 1996). A priorizar el análisis de las

matrices de las desigualdades entre los sexos, la historia de las mujeres revisa un conjunto de problemas en que están incluidos elementos antes nunca estudiados – el tiempo, la violencia, el sufrimiento, el amor, la seducción, el poder, las representaciones, las imágenes, la creación y la invención.

Cruzar esa frontera, es hacer la existencia femenina una potencia de re-crear el cuerpo, de crear deseo, un cuerpo experimentado, vivido – con una implicación radical de un modo diferente de vida. Es la apuesta en la desconfianza, sobre lo que somos. Es reescribir la historia a partir de la otra orilla, del borde, del otro lado, es dislocarse, huir, teniendo el femenino como lugar de enunciación. Es ponerse nuevas formas de interpretación, es revisar conceptos y métodos existentes con el objetivo de que esos cuerpos sin órganos y rostros sin imagen sean sujetos de la Historia. Es reconstruir la vida de las mujeres en toda su diversidad y complejidad, mostrando como actuarán y resistirán a las violencias impuestas. Es dudar, dudar del propio acontecimiento, inventariar las fuentes, los conocimientos que tenemos y dar un sentido diferente al tiempo histórico, a nuestras vidas...

Conocer ese otro lado de la Historia, ese conocimiento surgido desde la otra orilla, ese otro saber, es objetivo de la universidad, de la historia de las mujeres, y por qué no, de todos nosotros/as. Solamente entonces será posible conocer las violencias sufridas, valorando sus experiencias y actividades, sus resistencias, sus líneas de escape, explotando las representaciones que las cubren, y rompen el espejo para quien sabe mirar su verdadero rostro, nuestro rostro...

Diferente será entonces, su voz y distinta a su imagen, de aquella creada por filósofos, sabios, religiosos, intelectuales, esposos, médicos, políticos, pastores, en fin, inúmeras voces, que, como ya relatamos, crearon e impusieron su propio mundo, sus conductas, sus gustos, su subjetividad, su comportamiento, su moral, sumisión y voluntad (GUARDIA, 2013).

Hay un *devenir-mujer* (DELEUZE; GUATTARI, 1997, p. 34) en la Historia del conocimiento que, por las líneas de escape, se fuga a través de las fisuras, de las cretas, por los agujeros de una sociedad que fue pensada por los hombres, para los hombres. Devenir es rizoma, es contagio (DELEUZE; GUATTARI, 1997, p. 19). Un *devenir-mujer*, en la historia no se opone a una forma, no quiere alcanzar la forma definitiva, nunca se concluye en una forma: nunca impacta, nunca concretiza la forma para la cual tiende. Las mujeres en la historia, víctimas u verdugos, resisten a todos los modelos para abrir caminos nuevos, nuevas subjetividades no

capturadas. El *devenir-mujer*, es la potencia del múltiplo, la fuerza que hace variar, el misterio del indefinible (DELEUZE; GUATTARI, 1997, p. 34).

La historia de las mujeres y su papel en la universidad debe ser esa “narrativa solar que desconfía de las sombras, que intenta esclarecer y aclarar, que busca tornar visible los seres que ayer no pasaban de sombras de la cueva” (ALBUQUERQUE, 2005, p. 47). La historia de las mujeres como una *historia menor* en la acepción de Deleuze y Guattari (1997)⁴ está situada en el campo de la des-totalización, escondida en los espacios de la des-razón, del silencio, del inestable y de lo inhumano, nos desafía a un pensamiento *indomado* en la acepción, así como fue propuesto por Deleuze y Foucault (RAGO, 1995, p. 67-82).

Combatir la naturalización de la violencia a las mujeres en la universidad y en todos los espacios es optar por militar un lugar en un escenario incomodo, insoportable, de culpa, preconceptos, dolor, animalidad, de miseria, de villanía. La historia de las mujeres escurre por labirintos a través de un hilo, que conduce nuestras vidas y memorias, por caminos hasta entonces inexistentes. Es en esa potencia del inexistente, que reside nuestra lucha a favor de todas y todos, siempre por hacerse, se experimentan, se crean y reconstruye, para hacernos cada vez más humanos.

Referencias bibliográficas

ALARCON, Norma. Traddurora, tradirora: a paradigmatic figure of chicana feminism. In: GREWAL, Inderpal; KAPLAN, Caren (Ed.). **Scattered hegemonics**: postmodernity and transnational feminist practices. Minneapolis; London: University of Minnesota, 1994. p. 109-133.

4 “Menor” é aquela prática que assume sua marginalidade em relação aos papéis representativos e ideológicos da língua e que aceita o exílio no interior das práticas discursivas majoritárias, formulando-se como estrangeira na própria língua, gaguejando e deixando emergir o sotaque e o estranhamento de quem fala fora do lugar ou de quem aceita e assume o não lugar como seu deserto, na impossibilidade de uma origem. Assim, o escritor ou o artista não precisa efetivamente formar parte de uma minoria, basta “encontrar seu próprio ponto de subdesenvolvimento, seu próprio patoá, seu próprio terceiro mundo, seu próprio deserto” (DELEUZE; GUATTARI, 1977, p. 28-29) para assumir a prática menor. A dimensão positiva desta prática é que ela carrega em si uma comunidade possível ou um “povo por vir”, segundo a formulação enigmática de Deleuze e Guattari. Ver: SCHOLLHAMMER, 2009, p. 59-70.

ALBURQUERQUE, Durval Muniz. **História: a arte de inventar o passado**. São Paulo: EDUSC, 2005.

ANZALDÚA, Gloria. **Borderlands/la frontera: la nueva mestiza**. México: UNAM, 2015.

BELLI, Gioconda. **O país sob minha pele: memórias de amor e guerra**. Rio de Janeiro: Record, 2002.

BUQUET, Ana et al. **Intrusas en la universidad**. México: UNAM; PUEG, 2013.

COLLING, Ana Maria. **Tempos diferentes, discursos iguais: a construção do corpo feminino na história**. Dourados, MS: UFGD, 2014.

DELEUZE, Gilles; GUATTARI, Félix. **Kafka: por uma literatura menor**. São Paulo: Autêntica, 2013.

DELEUZE, Gilles; GUATTARI, Félix. **Mil platôs: Capitalismo e esquizofrenia**. São Paulo: Editora 34, 1996. v. 3.

FERRER, Renné. **La querida**. Asunción-Paraguay: Fausto Ediciones, 2008.

GUARDIA, Sara Beatriz. **Mujeres peruanas: el otro lado de la historia**. Lima: CEMHAL, 2013.

MIGNOLO, Walter. **Histórias locais / projetos globais: colonialidade, saberes subalternos e pensamento liminar**. Belo Horizonte: UFMG, 2003.

PAZ, Octavio. **El labirinto de la soledad, postdata, vuelta al labirinto de la soledad**. México: Fondo de Cultura Económica, 2009.

PERROT, Michelle. **Mulheres públicas**. Tradução: Roberto Leal Ferreira. São Paulo: Fundação Editorial da Unesp, 1998.

PRAATT, Mary Louise. **Os olhos do império. Relatos de viagem e transculturação**. São Paulo: EDUSC, 2005.

RAGO, Margareth. Epistemologia feminista, gênero e história. In: PEDRO, Joana; GROSSI, Miriam (Org.). **Masculino, feminino, plural**. Florianópolis: Ed. Mulheres, 1998.

RAGO, Margareth. O efeito-Foucault na historiografia brasileira. **Tempo social**. Rev. Sociol. São Paulo, v. 7, n. 1-2, p. 67-82, out. 1995.

RIUS, Marisa Belausteguigoitia. **Des/posesión: género, territorio y luchas por la autodeterminación**. México: PUEG-UNAM, 2015.

SCHOLLHAMMER, Karl Erik. As práticas de uma língua menor: reflexões sobre um tema de Deleuze e Guattari. **Ipotesi** (Revista de Estudos Literários). Juiz de Fora, v. 5, n. 2, p. 59-70, 2009.

SEGATO, Rita Lauro. Gênero e colonialidade: em busca de chaves de leitura e de um vocabulário estratégico descolonial. **Cadernos e-CES**, n. 18, p. 108, 2012. Disponível em: <<https://eces.revues.org/1533>>. Acesso em: 5 out. 2016.

TEDESCHI, Losandro Antonio. **História das mulheres**: uma introdução teórico-metodológica. Dourados: EDUFGD, 2014.

TELLES, Norma. **Encantações**: escritoras e imaginação no Brasil século XIX. São Paulo: ed. Intermeios, 2012. (Coleção Entre Gêneros).

WOOLF, Virginia. **Um teto todo seu**. Tradução de Denise Bottmann. Porto Alegre: L&PM, 1980.

GÉNERO, HISTORIA DE LAS MUJERES E HISTORIA ORAL⁵

Introducción

Los cambios en los abordajes de la historiografía, desde la escuela de los *Annales*, hicieron florecer “nuevos sujetos” desde el cotidiano de la historia popular, de los oprimidos y de los silenciados, etc. Hasta entonces los (las) historiadores (as) evitaban investigar sobre la historia del tiempo presente, en la creencia de que estudiar el pasado y el tiempo, les otorgaba una supuesta mirada objetiva sobre el conocimiento. Se veía con temeridad que el investigador u la investigadora ser al mismo tiempo sujeto y objeto del trabajo y temían la participación subjetiva de los u las historiadores (as) puesto en un tema de la historia presente, que pudiera distorsionar las objetividades en los análisis de los hechos.

Todavía, muchos (as) historiadores (as) llegaron a la conclusión de que el método tradicional carecía de validez en relación a los objetivos de la propia investigación, por eso, los investigadores y las investigadoras se pusieron la tarea de coleccionar, profundizar metodologías y técnicas participativas, con la finalidad de descubrir historias de sujetos ocultos, silenciados por cuestiones de raza, género, clase, etnia...etc.

En la actualidad existe el concepto de que no hay “verdades absolutas”, especialmente en las áreas de las ciencias sociales, embazada en las teorías pos-modernas, cuales apuntan que en toda afirmación, existe siempre una mirada de subjetividad y de la eventualidad. Esto no implica relativismo, por lo contrario, una cierta conciencia de carácter provisorio de los conocimientos, que solamente

⁵ Este texto es una revisión actualizada y adaptada para la lengua española de la obra *Alguns apontamentos sobre história oral, gênero e história das mulheres*, de minha autoria, publicada pela EDUFGD em 2014.

se legitiman a través de los discursos de poder de especialistas, en el sentido propuesto por Foucault (1978).

Vivimos en un mundo donde emergen nuevas identidades culturales, sexuales y sociales, buscando afirmación, dilatando fronteras, apagando tabúes y ocupando espacios políticos, en un tiempo de cruzamiento de las fronteras y de ruptura de las viejas certezas y prácticas sobre el conocimiento humano. Para los (las) historiadores (as) que cumple una función social, el reto sería estimular y contribuir para que las condiciones de registro de la memoria puedan ser factibles, llevando en cuenta lo que Pierre Nora nos dice sobre la necesidad de los hombres y las mujeres fomentar la historia con los resquicios del pasado (NORA, 1993).

El desarrollo de la historia oral⁶ como parte de un método de investigación participativa se abrió como un campo promisor en relación a la tarea de descubrir “nuevos” sujetos, su acción e interpretación del presente, apoyada en su conciencia del pasado. Busca puntos de encuentros entre la disciplina histórica, la antropología y las ciencias sociales, como parte de un proceso de construcción de la memoria individual y colectiva, fruto de un trabajo compartido y participativo de los sujetos – protagonistas de una cierta realidad.

En este sentido, lo que tenemos en el presente es el entendimiento de que toda investigación histórica es necesariamente provisoria, un avance, un embalsamiento sobre los puntos de nuevos aportes futuros. La historia que se escribe hoy será sucesiva e inevitablemente re-elaborada en cada contexto futuro, esto no invalida la escrita en el presente, por lo contrario, refuerza a su utilidad: la historia escrita constata el pasado. La historia es una ruta donde las personas caminan y construyen, en parte, sus identidades⁷.

Al tomar la Historia como lectura y entendimiento sobre el pasado y el presente, me parece importante una perspectiva que pueda cuestionar el sistema

6 La historia oral es una metodología de investigación que consiste en realizar entrevistas gravadas con personas que pueden atestiguar sobre acontecimientos, coyunturas, instituciones, modos de vida u otros aspectos de la historia contemporánea. Empezó a ser utilizada en los años de 1950, después de la invención del grabador de voz, en los Estados Unidos, en Europa y en México, y desde entonces su uso difundió mucho. Gano también cada vez más adeptos, ampliando el intercambio entre los que la practican: historiadores, antropólogos, politólogos, sociólogos, pedagogos, teóricos de la literatura, psicólogos y otros. Ver ALBERTI, 2004.

7 Sobre la historia como práctica y teoría, ver JENKINS, 2007.

de reglas, valores morales, conceptos, procedimientos lógicos, sobre “lecturas” y “significados” producidos por la historia, y que nos lleva a una obligación moral de hacer las preguntas fundamentales y vitales sobre el oficio y el rol de historiadores (as), sobre el trabajo que realizamos y nuestra responsabilidad. Por años la historiografía actual, marco su carácter político, a marginalizar amplios sectores sociales de las páginas de la “historia” sin miedo, aparentemente, mayor justificativa. Por su vez, la historiografía marxista en la década de 1960-70 busco afanosamente descubrir nuestra “realidad histórica” a partir de la determinación de los medios de producción, de clase y de los procesos cotidianos de los grupos subalternos, privilegiando, la historia económica y social acerca de lo político, de lo cultural. Más de que criterios históricos, se aplican los análisis y criterios economicistas, sin llevar en cuenta cuestiones de género, de raza, etnia etc.

La racionalidad hegemónica, el pensamiento único, patriarcal, colonizador, el consenso fabricado sobre los campos de significados producidos acerca de la sociedad, la ciencia, la cultura, la política, entre otros, apagaron la memoria de esos grupos, negando el pasado y ratificando el presente, llevando mujeres, negros e indígenas, a luchar por la desnaturalización de esos discursos.

Todavía, la atención a los regímenes de producción discursiva implico en un retorno a ese espacio de indeterminación, para captar el modo como fueran fabricados los regímenes de verdad y el estatuto del error⁸, llevando a los historiadores(as) a cuestionarse sobre las diversas modalidades de fabricación y percepción del acontecimiento a partir de las narrativas, de las tramas de la escrita de la historia.

Transcurridos muchos años, las narrativas de los “nuevos protagonistas” de la historia todavía se hacen ajenos. Es en ese momento que se adquiere el sentido de la historia oral. La historiografía actual ofrece un debate todavía pendiente, relativo a los fundamentos de la teoría histórica en que más de la mitad de la población quedo ajena en cuanto objeto de estudio. Es por ese motivo que una aproximación con el tema de la historia de las mujeres, de los estudios de género, de la memoria femenina desde la perspectiva de la historia oral se hace necesario, para posibilitar la entrada en el escenario historiográfico de esos sujetos.

En este pequeño texto introductorio, pretendemos discutir algunos elementos en el campo de la historia oral, así se abren amplias perspectivas de in-

8 En la perspectiva de Michel Foucault.

vestigación y conocimiento de los sectores populares, de las “minorías”; en este caso, lo que aquí está propuesto, sobre la historia de las mujeres y de los estudios de género.

La actualidad exige que la teoría histórica sea debatida de acuerdo con las necesidades del presente. La sociedad cambia rápidamente. Un documento, una fuente oficial, nunca podrá transmitir los sentimientos, las dudas, las contradicciones, en juego de un determinado contexto, sea en una revolución, en una calle, en una movilización social u en cualquier situación en que intervengan hombres y mujeres.

Al cuestionarse los sujetos en la historia, Paul Ricoeur (2007) teje una crítica al concepto cartesiano, que imprimió al sujeto moderno un carácter central, uno, como resultado de la aprensión inmediata de la realidad. De acuerdo con el autor, ese sujeto es construido a lo largo del camino de la hermenéutica en que se constituye la vida humana (RICOEUR, 2009).

Al entender la historia, como resultado de las narrativas hegemónicas, totalizantes, al tratar de la problemática de la memoria y dialogar con los (las) historiadores(as), Ricoeur sigue el camino de los símbolos y de las representaciones para la constitución de esos sujetos, apuntando que los mismos, al ser excluidos de la historia, son resultado de narrativas, de una realidad que no puede ser comprendida sino por el discurso. La historia, a elaborar el concepto de verdad, impone al pasado ciertos significados (poco importando si tal “verdad” es realmente verdadera). Foucault nos dice:

La historia no está afuera del ámbito del poder [...] es producida solamente en virtud de múltiples formas de represión [...]. Cada sociedad tiene su “política general” de verdad: esto es, los tipos de discurso que ella acoja y hace funcionar como verdaderos; los mecanismos y las instancias que permiten distinguir los enunciados verdaderos de los falsos; la manera como se sanciona unos y otros [...]. La verdad debe ser entendida como un conjunto de procedimientos regulados para la producción, la ley, la repartición, la circulación y el funcionamiento de los enunciados. La “verdad” está ligada a sistemas de poder, que la producen y apoyan [...]. Un régimen de verdad (FOUCAULT, 1978, p. 8).

El saber histórico está permanente motivado e inspirado en el presente, lo que permite escribir la historia con una disposición democrática, o sea, tiene fa-

cilitado que los pueblos, los grupos sociales, las mujeres, dejen su señal, su visión sobre lo presente y el pasado. Las sociedades tienen el derecho de construir su pasado, en función de él, definir su identidad. No hay futuro para la historia de las mujeres sin un permanente ejercicio arqueológico de la memoria, porque sin ella no se puede construir ni resguardar la identidad. Hasta porque la memoria es materia prima de la historia, y la propia realidad es marcada por elaboraciones, interpretaciones que los sujetos hacen de ella, marcadamente subjetivas. La escrita de la historia requiere habilidades determinadas, usos de criterios y métodos propios, todavía eso no quiere decir que necesariamente se deba restringir al campo de los especialistas. La sociedad en su conjunto, como protagonista vital, no puede ser excluida de esa actividad. Por lo contrario, tendríamos una historia incompleta, parcializada, despojada de las voces de grupos sociales – tales como las mujeres, los indígenas, los afros descendientes – sujetos indiscutibles de su propia historia. Es por eso, que la historia oral nos ofrece en las fuentes orales un valor central y recupera de este modo un espacio para la historia no oficial.

Caminos e influencias de la historia oral en los estudios de género

En la década de 1960 cuando fueron dados los primeros pasos en la historia oral como metodología de trabajo, se construyeron dos principios que se han avalado: el primero fue la equiparación de la historia oral con la democratización de la práctica histórica; el segundo fue la idea de que la historia oral daría voz a las clases subalternas, a los pobres, a las mujeres, a los (las) campesinos (as), las minorías étnicas, entre otros grupos, permitiendo el acceso a la experiencia histórica subjetiva⁹. En ese período, los (las) historiadores(as) orales mantenían una postura defensiva en el debate académico, sosteniendo el valor de esa nueva práctica en los cánones exigidos por la historia, esto es, tratando de demostrar objetividad, veracidad y confiabilidad de la memoria, así como la posibilidad de generalización de fuentes intrínsecamente personales.

9 Paracitar algunos de ellos: JOUTARD, 1998; LEGOFF, 1996; THOMPSON, 1992; PORTELLI, 2010.

La historia como ciencia y como práctica social¹⁰ no se justifica por sí misma; por eso conviene preguntar por el lugar que ocupa el saber histórico en la vida social. Así como afirma Joana Pedro (2005), las mujeres, para “*entraren para a historia*”, tuvieron que construir su espacio con arduas luchas en el campo académico, profesional, político etc., rompiendo las tradicionales formas de escrita de historia – que priorizaban en sus narrativas sujetos masculinos, oriundos de una epistemología pobre en relación a lo ocurrido – que construyeron una historia de prestigio y protagonismo masculino. Tradicionalmente, la investigación histórica se mantuvo al margen de prácticas sociales concretas excluyendo de sus análisis e interpretaciones, sectores de la sociedad que históricamente fueron marginalizados de la vida pública. Es difícil pensar como la historia construye barreras tan fuertes que excluirán las mujeres en cuanto objeto de conocimiento histórico. La historia tradicional, privilegió ciertos aspectos de la práctica social principalmente los conectados a la economía y a la política, generalizando el porvenir histórico e imponiendo sobre el pasado una cultura histórica etnocentrista y patriarcal.

En los esfuerzos de objetividad científica-positivista, se tiene encargado de extinguir y desarticular la relación con la práctica social femenina en la historia, la relega al silencio y la invisibilidad. Al hablar sobre la escrita de la historia, Paul Veyne (1998) insiste que la historia es una construcción discursiva, en historicidades las informaciones son recortadas por el sujeto del relato, en cuanto “constructor de una trama” (VEYNE, 1998, p. 24), imponiendo sus valores, sus percepciones al narrar y recortar el objeto investigado.

Al privilegiarnos la categoría género,¹¹ los estudios históricos y en la perspectiva de memoria, estamos construyendo una síntesis dinámica de las relaciones materiales simbólicas, culturales y subjetivas, en un tiempo en que el pasado se constituye como punto de referencia, una fuente de la cual se puede extraer

10 Para Chartier (2002, p. 95), “o desafio do historiador é entender a relação entre os textos disponíveis e as práticas que estes textos proíbem, prescrevem, condenam e representam”.

11 Segundo Scott (1990, p. 7), “o gênero é igualmente utilizado para designar as relações sociais entre os sexos. O seu uso rejeita explicitamente as justificativas biológicas, como aquelas que encontram um denominador comum para várias formas de subordinação no fato de que as mulheres têm filhos e que os homens têm uma força muscular superior. O gênero se torna, aliás, uma maneira de indicar as ‘construções sociais’ – a criação inteiramente social das ideias sobre os papéis próprios aos homens e às mulheres. É uma maneira de se referir às origens exclusivamente sociais das identidades subjetivas dos homens e das mulheres. O gênero é, segundo essa definição, uma categoria social imposta sobre um corpo sexuado”.

las relaciones de género, económicas, culturales y sociales, presentes, dando la posibilidad de criticar radicalmente los discursos que construirán esa invisibilidad de las mujeres.

Cuando usted toma el papel de la mujer en la historia, los estudios de género pasan a recuperar la singularidad y la arbitrariedad de los arreglos y estrategias usadas en diferentes épocas, para dictar lo que podría ser dicho o no, en relación a las mujeres. En la medida en que se oculta el pasado a partir de las estrategias de poder en el presente, se obstaculiza toda una práctica de identificación del grupo y con él la posibilidad de cambios (DREYFUS, 2013).

Al hablarnos de género, nos situamos simultáneamente en el campo de conceptos y acciones y lo consideramos como un operador de diferencias, pensado como un “a través”, un medio por lo cual se organizan relaciones sociales, marcando experiencias. Quien narra sus recuerdos, recría y comunica experiencias tildadas por las diferenciaciones establecidas por las construcciones de género. Mientras tanto, decir que recordar es recrear experiencias marcadas también por el género, está muy distante de afirmar una especificidad de memoria femenina, anclada en la biología, en el ámbito de lo social y en los roles sexuales.

Afirmar que el género marca las memorias – en narrativas biográficas u en tradiciones orales – no es lo mismo que afirmar que las mujeres tienen un recuerdo específico en cuanto mujeres o los hombres en cuanto hombres, porque la biología así lo determina o porque la división sexual de papeles así los define.

Las discusiones sobre memorias femeninas y el uso de fuentes orales para “rescatar” la “historia de las mujeres” que, informados por los Estudios de Mujeres, proliferaran en la década de 1980, explicitaran su preocupación en decensializar la memoria femenina¹². Todavía, terminarían por fijar una identidad: la categoría mujer que, como tal, quedar inmune a la historicidad.

Diversas perspectivas han insistido en la ausencia de una identidad colectiva de las mujeres, mas, la tentativa de escapar de una identidad anclada en los componentes biológicos del femenino, terminaron por afirmar una identidad, en la cual lo social deriva del biológico.

Es frecuente leer afirmaciones que aluden a diferencias entre memorias masculinas y femeninas que atraviesan clases sociales, y que resultan de las tareas

12 Como ejemplo fue la publicación de la mesa redonda *Histoire orale et histoire des femmes* (1992).

sociales en cuanto hombre y mujeres. Dicen que la mujer habla de la familia y el hombre de otros asuntos, es casi un lugar común en estos textos. Michelle Perrot (1989), al discutir a posible “especificidad” de la memoria femenina, afirma que se trata de anclarla en la naturaleza y no en el biológico, ella no existe. Todavía, habría una especificidad, en la medida en que las prácticas socio-culturales presentes en las operaciones que constituyen la memoria están imbricadas en las relaciones masculinas/femeninas reales y como ellas, son producto de una historia. La memoria, forma de relación con el tiempo y el espacio, sería profundamente sexuada.

La autora considera que la memoria es marcada y estructurada por roles sociales. Roles masculinos, desempeñados a veces por mujeres, y femeninos, que pueden ser desempeñados por hombres. Perrot (1989) concluye que la memoria es diversificada de acuerdo con los itinerarios individuales. En sus palabras: “La memoria pasa más por el modo de vida que por la variable sexo [...], su sexualización sería constitutiva del debate de las determinaciones socio-históricas del masculino y del femenino” (PERROT, 1989, p. 11).

En términos de género, está análisis despega “roles femeninos” de “mujeres” y “roles masculinos” de “hombres”. Nos parece, todavía, que es posible pensar la relación entre género y memoria, acomplejando más, posibilitando la comprensión de la multiplicidad de configuraciones de género que marcan la memoria y en ella se expresan. La idea de que la memoria está estructurada por roles sexuales (roles masculinos/ roles femeninos), se enfrenta directamente con la perspectiva de los más provocantes estudios de género. Una perspectiva de género podría, a la vez, ser mejor comprendida a través de la noción de experiencia (conforme la definimos anteriormente) de que lo permite la teoría de los roles sexuales (KOFES; PISCITELLI, 1997).

Así como en el movimiento feminista, fue del interior de la categoría mujeres que surgió la categoría género, fue también entre las historiadoras que estaban escribiendo sobre historia de las mujeres que la categoría de análisis “género” empezó a ser utilizada. Estas fueron inspiradas en su mayoría por el texto, muchas veces citado, de Joan Wallach Scott: *Género: una categoría útil de análisis histórica*, publicado en Brasil en los años 1990. El uso de la categoría de análisis de ‘género’ en la narrativa histórica, pasó a permitir que las investigadoras y los investigadores centrasen las relaciones entre hombres y mujeres, pero también las relaciones entre hombres y entre mujeres, analizando cómo, en diferentes momentos del pasado, las tensiones, los acontecimientos fueron productores de género.

Si bien entendido, el género efectúa una acción no en el plan de los roles, pero en el plan de las categorías y de los agentes, y sería necesario entonces, estar siempre abierto para leer lo que está siendo dicho por el género. El referente ‘sexual’ solo estaría en la pregunta que haríamos para delimitar esa diferencia, distinguiendo la de otras diferencias. Una vez esto respondido, pasamos a las otras preguntas: como esa diferencia es pensada, categorizada, explicada, incorporada en las acciones e instituciones, por fin, lo que está siendo dicho que el “sexo” es. Ahora no es más sexo es género. Si las respuestas encontradas afirmaran la importancia do sexo biológico, estas serían respuestas culturales posibles, más no constituyen el presupuesto de investigaciones orientadas por las teorías de género.

Desde la perspectiva de las teorías contemporáneas de género, las experiencias singularizadas son fundamentales para las quiebras de identidad. Y las recientes discusiones sobre narrativa destacan su particular eficacia en la afirmación de las singularidades.

La historiografía oficial actuó como una eficaz herramienta de dominación y de justificación de las estructuras existentes, basadas en una ideología colocada al servicio del patriarcado. De esa manera, los sectores marginalizados como el femenino fueron por mucho tiempo participantes activos de la historia, todavía, sumergirán muchas veces del anonimato, presentados de forma intencional, como aquel grupo anónimo y sin consciencia histórica, cuya dinámica y evolución interna carecían por completo de valor, para los historiadores “tradicionales¹³”. Esa práctica se tiene transformado a lo largo de varias décadas, siendo reivindicada por una nova historiografía, una nueva interpretación sobre el uso de la escrita en la historia (CHARTIER, 2003) en relación a los distintos tiempos, sea en la ciudad, entre los letrados, en el pueblo, entre otros, a la luz de las cuestiones de género, a través de los estudios de género y de las minorías que nos conducen a descubrir una otra historia del posible.

Para tal efecto se tiene llevado al fin una profunda transformación en la historiografía, que alcanzo inúmeros aspectos del estudio de la ciencia histórica, los cuales abrirán el horizonte del conocimiento la extensa área no es conocida. Como un proceso natural, la historia, liberto la ciencia histórica de las estructu-

13 Sobre el anonimato y el silenciamiento de las mujeres, ver: PERROT (2005).

ras, métodos e interpretaciones, pues, la tarea de penetrar en nuevos aspectos de las mentalidades, del cotidiano, del marginal, obligaba a sacudir las viejas prácticas rígidas y patriarcales que impedirán la incorporación de sujetos en la historia.

Ese proceso de cambios, significó romper estructuras, viejos arquetipos, y volver a las instancias del saber marginal, del saber olvidado, de las mujeres, presentes – ausentes, en el plan de la subjetividad histórica y en el proceso de humanización de la historia.

Las realidades descritas por la historia pasan a ser cuestionadas en su construcción e interpretación, llevando a una crítica epistemológica de los intereses de los grupos que la construyen y que se apropian, produciendo percepciones y representaciones de esa misma realidad.

Sara Beatriz Guardia (2005), nos apunta que la reconstrucción del pasado femenino supone un cambio radical en el paradigma histórico, y nos lleva a una reformulación en las categorías de análisis histórica, reescribiendo la historia adentro otros modelos interpretativos. Scott (2008), por su vez, considera que la historia social deba asumir la dimensión que considere la relación entre los sexos como factores fundamentales del porvenir histórico, y que por eso, las relaciones desiguales entre los sexos son construcciones desiguales entre hombres y mujeres y que están presentes en la producción de los mecanismos de desigualdad social. Según la definición de Scott (2005), el género es una construcción histórica, es un campo de articulación de las relaciones y de producción de significados, del poder que opera no solamente en la diferencia sexual, pero a través del lenguaje, en los discursos.

Al cuestionar la historia por la mirada del género, la historia de las mujeres pone en escena un conjunto de problemas donde están incluidas categorías importantes para la historiografía: “el tiempo, el trabajo, el valor, el sufrimiento, la violencia, el amor, la seducción, el poder, las representaciones, las imágenes, lo real, lo social, lo político, la creación y el pensamiento simbólico”.

En ese sentido, la historia oral es parte del proceso histórico. Cuando hablamos de historia de las mujeres, nos referimos a un proceso de toma de conciencia de sí mismo. Si un grupo, un individuo, piensan históricamente, hace historia oral. Al narrar en sí misma, crea un proceso de identidad a partir de la experiencia de propia vida y de los sujetos que a cercan y conviven.

En esta perspectiva, la historia oral, en cuanto método, es signataria de la nueva historia, que presenta una nueva valorización de las experiencias femeninas

mediante una nueva forma de abordar la historia, revisando modelos de significación que estaban impregnados en todos los grupos sociales, es visible los factores distintos que afectan las mujeres.

Joan Scott (2008, p. 18) asigna que la historia de las mujeres debe ser escrita siguiendo una lógica de investigación diferente de la aplicada en la historiografía tradicional. Significa reescribir la historia bajo una perspectiva femenina, poner nuevas formas de interpretación, reformular la análisis histórica, revisar conceptos y métodos existentes con el objetivo de convertir las mujeres en sujetos de la historia, reconstruir sus vidas en toda la diversidad y complejidad, mostrando como habían actuado y resistido a las circunstancias impuestas, inventariando las fuentes con las que contamos, y dar un sentido diferente al tiempo histórico, destacando lo que fue importante en sus vidas (GUARDIA, 2005, p. 23).

Es por eso que, antes de ser escrita su historia, cada pueblo ha comentado, analizado, criticado y debatido su porvenir histórico, en el marco de la perspectiva de su propia subjetividad, que es sinónimo de un proceso de asumir el ocurrido. Su propia subjetividad responde a toda una colocación de vida y una apreciación de la realidad que no puede ser asumida por intérpretes, solo por los propios sujetos.

La historia oral existe y se fundamenta a sí misma en la medida en que reconoce que el relato constituye una de los lenguajes fundamentales del saber popular, por su capacidad para expresar de forma concreta o figurativa los símbolos que están presentes en el interior de la consciencia colectiva e individual y que emerge como un testigo de su propia historicidad (PORTELLI, 2010).

El relato oral en la óptica de género constituye un objeto de uso colectivo que abre la posibilidad de visibilidad de historias, opiniones, expresiones, sentimientos y de crítica en espacios en los cuales la historia oficial no existía, o sea, lo íntimo, lo privado, el género. Cabría así una pregunta ¿más lo qué gana la historia con el registro oral de esos grupos sociales?

La historia oral expresa un relato histórico colectivo y nos revela el encadenamiento de los hechos, se insiere en la densidad mayor de los hechos de resonancia nacional, regional y local.

La historia oral en la óptica de género surge como un contenido simbólico, presente en el imaginario colectivo que nos revela un actuar histórico que muchas veces no fue percibido por la comunidad, o mismo por la historia. Así, podremos conocer el sujeto de la historia, en el caso de las mujeres, conocer la vida de tra-

bajo y su hacer cotidiano, no desde la interpretación de una visión patriarcal de la historia, pero por la consciencia propia de esas mujeres.

Son ellas que nos revelan su protagonismo histórico, dejando penetrar en su relación social con el pasado, con el su hacer histórico. Así, por la oralidad podremos descifrar el proceso interno que vivió cada grupo social, sus actores, y que sirve de fundamento para reescribir la propia historia, como también para combatir las injusticias del pasado.

De esa manera, la historia oral, como forma legítima de consciencia individual y colectiva, hace posible transformar la historia, dejando ella de ser una forma de dominación androcéntrica de sujeción al discurso histórico de poder. Al reconstruir inúmeras historias de sujetos excluidos, estamos visibilizando el mejor documento, reflejo de la creación de la propia historia desnudando las relaciones de poder y género a lo largo del tiempo.

La historia de las mujeres, nos propone desafíos teóricos y metodológicos, porque sus caminos fueron perdidos. La historia, no se ocupó de registrarlas, siendo así, quedaron escondidas en la historia de la misma forma que otros grupos marginalizados, como dice Gramsci, al referirse a la historia de las clases oprimidas en la obra *Os cadernos do cárcere* (*apud* GUARDIA, 2005, p. 23). Pero, si la historia de las mujeres fue apagada, ¿cómo podremos conocer su manera de vivir el cotidiano, interpretar sus pensamientos, acciones y emociones? ¿Qué sabemos de ellas si solamente restan tenues rastros que todavía “proviene de la mirada masculina de los que gobiernan la ciudad, construyen su memoria y administran sus archivos?” (DUBY; PERROT, 1998).

Las mujeres, la historia oral y la memoria colectiva

Interrogar nuestra propia memoria colectiva es en sí un proceso transcendente, pues nos hace buscar “verdades” construidas por los grupos que se proyectan en la historia. Anterior a los movimientos de liberación femenina, del movimiento feminista, esa proyección de la historia era hecha por relaciones de poder bastante particulares, narrativas de una memoria desamparada de aspectos

críticos sobre la sociedad y que nos llevaban a fortalecer la identidad de un sujeto universal y sexista¹⁴.

Al abordar lo cotidiano, al contar sobre sus historias, las mujeres pasan a posibilitar un otro entendimiento del pasado, que lleva a una actuación más crítica en relación al presente y futuro. Al posibilitar que otros sujetos sean participantes de la historia, desentrañamos la historia por adentro, revelando y dando a conocer las luchas y pensamientos forjados en la experiencia femenina de la vida individual o colectiva, que hasta el momento estaba en el anonimato.

Por tal motivo, la recuperación de la memoria colectiva e individual de las mujeres, cumple un fin bien específico – tornar posible la reconstrucción y apropiación colectiva del pasado, que nos ayuda a comprender el presente histórico, favoreciendo la formulación e reformulación de los proyectos y realidades actuales.

La recuperación da memoria femenina (PERROT, 2007) nos ayuda a fortalecer los procesos de discriminación y de resistencia a la hegemonía de los discursos de poder y de sistemas de representaciones androcéntricos presentes. Estas memorias, nos revelan como la recuperación de esos sujetos coloca las mujeres en un proceso de retomada de consciencia, demostrando la identificación del sujeto colectivo con su experiencia en el proceso histórico.

La recuperación de la memoria en una perspectiva de género, actúa como elemento de liberación, dos sujetos frente a la negación de su identidad impuesta históricamente por el discurso universal y patriarcal. La negación de ese pasado femenino, por la historiografía tiene hasta el presente mantenido estos sujetos identificados con los modelos de consentimiento, ligados a los roles de la naturaleza, del privado, del cuidado. Adecuar de sus propias historias, las mujeres se apropian críticamente do pasado, lo que llevaba a asumir os problemas do presente.

La historia oral asume hoy, precisamente, la búsqueda de los sujetos y de su memoria individual y colectiva, modificando no solamente la interpretación del pasado, más las perspectivas del presente y del futuro.

La historia oral como herramienta metodológica, tiene la memoria de las mujeres, a través del relato, de la entrevista, sus recuerdos como fuente de múl-

14 Una importante introducción al tema podremos ver en: MATOS, 2000.

tiplos tiempos. La historia, como proceso cognitivo, recupera por el análisis del pasado, lastres de un tiempo no escrito, haciendo de las propias mujeres sujetos reconocedores de su identidad, por la integración con la vida colectiva.

Pablo Pozzi (2008) resalta que lo seres humanos en sus múltiples raíces, familiares, étnicas, regionales, religiosas, partidarias, ideológicas, etc., tornan a su vida, una totalidad, en la cual entrecruzan diversas dinámicas del vivir. De esa forma, memoria e historia son, cada una a su modo, registros de esa pluralidad, al mismo tiempo en que son también antidotos del olvido.

Sí la historia, como epistemología, provee conceptos, símbolos, representaciones y métodos para la humanidad, hay que tener en cuenta, por cuestiones de género, no considerar solamente la experiencia masculina, como efecto de ese proceso, pero también la femenina. Por eso, la historia tiene que ser estudiada con criterios femeninos y puntos de vista que incluyan el género.

De acuerdo con Meihy (2007), la historia oral en cuanto método trabaja con individuos que comparten diversas singularidades, como étnicas, sexuales, de trabajo, entre otras, cuyas trayectorias no se encuentran registradas en las fuentes escritas. Así, la historia oral transita entre dos polos opuestos, igualmente perniciosos, o sea, la supresión son de la singularidad que lleva al obscurantismo, porque ignora el peso de esos grupos de individuos en los procesos sociales, y el énfasis en la singularidad, aísla la historia de estos grupos del marco social, en que se forman y desenvuelven, les convierte en casos especiales.

Para Portelli (1997) la historia oral, que hace parte, adentro, de muchas herramientas metodológicas del conocimiento histórico, “tiende a representar la realidad no tanto como un tablero en que todos os cuadrados son iguales, más, como un mosaico o una colcha de retazos, en que los trozos son diferentes, pero todavía forman un todo, después de reunido.” (PORTELLI, 1997, p. 16). Al reconocer como fundamentales, cada individuo en ese escenario, la historia oral rompe con la tradición historiográfica, aplastada en los grandes hechos y héroes, luego, pasa a demostrar una historicidad de sujetos, hasta entonces invisibles en la sociedad.

Quien cuenta, presencia el relato de sus vidas, y hace en una dupla calidad de individuos singulares y de sujetos colectivos. Cada una de ellas es única, pero, en el camino de la construcción de su subjetividad, sufrió la influencia familiar, social, cultural, socio-económica del medio en que vivieron o viven. Como sujetos singulares, encarnan de manera única e irrepetible valores, modas,

costumbres, normas, mitos de orden familiar, grupal, social, que las incluyen no que hacen dentro de un contexto social que no es estático, por lo contrario, está continuamente afectado por contradicciones, rivalidad y tensiones de sus miembros. La meta de la historia oral, segundo Barela (2012), es traer a la expresión consciente, la problemática ideológica del entrevistado, revelan el contexto cultural en que se transmite la información, y así transformar una historia individual en una narrativa cultural y entender de manera más plena lo que sucedió, en el pasado, posibilitando el afloramiento de múltiples versiones de la historia. Por lo tanto, potencializa el registro de diferentes percepciones sobre el pasado, contribuyendo para la construcción de una consciencia histórica, individual y colectiva de las mujeres.

La memoria y el silenciamiento femenino

Todos aquellos, que se vinculan al hacer la historia oral, cuestionan sobre el rol que la memoria desempeña. Segundo Jacques Le Goff (1994), la memoria es la capacidad de conservar determinadas informaciones, y remete a una compleja función psíquica. Ella capacita la humanidad a tener condiciones de actualizar impresiones, informaciones del pasado, de comprender y producir ideas, transmitir experiencias y establecer a sí misma, o sea, interviene en el proceso social (LE GOFF, 1994).

La memoria como categoría de análisis puede ser utilizada como herramienta teórico-metodológica de distintas disciplinas y áreas de trabajo. Como categoría social se refiere a diferentes actores y sus usos abarcan lo social, lo político y las conceptualizaciones, creencias del sentido común.

En relación a los usos da memoria, como fuente de investigación, se debe tener en cuenta ciertos ejes que surgen de siguientes cuestiones: ¿el sujeto que rememora y olvida, es un individuo o una sociedad? Con respecto a los contenidos, ¿lo que se recuerda y lo que se olvida? Y, por último, ¿cómo y cuándo se recuerda? (BARELA, 2012).

El pasado, siempre es activado en un presente y en función de expectativas futuras. En la práctica de la historia oral, se pone la cuestión de modo en que se configuran los contenidos de la memoria, de los sujetos entrevistados. Halbwachs (2006) apunta que la capacidad humana de recordar, nos permite evocar y recu-

perar la memoria para incorporar sus contenidos al ritual social de conversación. En ese sentido, como afirma Janaina Amado, hay un acierto de los historiadores orales cuando consideran las fuentes de la memoria como percepción social de los hechos, que están inmersos en los procesos y contextos sociales más amplios, por la búsqueda de los sentidos sociales, se hace posible un objetivo pertinente y posible (AMADO, 1996, p. 24).

Sin duda existe un problema: la poca atención que se otorga al carácter dialógico de la situación de la entrevista. La memoria, es producto de la situación de la entrevista, es una configuración solicitada al narrador y producto de una relación social concreta, entre investigador y entrevistado. Las memorias se construyen y se organizan, en la voluntad de incursionar en el sentido de las vivencias del pasado en el propósito de exponerlas selectivamente, públicamente y coherentemente narradas para dar cuenta de la trayectoria de vida personal en sociedad. Por eso, concebir la memoria como algo por construir, más que mostrar un recuerdo, es un giro heurístico importante, que beneficia la reflexión, y trae a la luz una historia silenciada.

La construcción de recuerdos envuelve la utilización de códigos culturales compartidos. A pesar que las memorias personales serán únicas e irrepetibles, una persona nunca recuerda sola, siempre está inmersa en una orden colectiva que la contiene. Decimos que las personas hablan – cada vez – como sujeto individual y colectivo, entonces, cuando crean y transmiten sus recuerdos, lo hace a partir de esa dupla condición. El recuerdo colectivo, presupone y se expresa solamente a partir de la recordación individual. Sin la presencia de ambos, queda impensable la formación de la consciencia y, por lo tanto, de la memoria colectiva histórica¹⁵.

Tal cuestión, nos lleva al cuestionamiento sobre el peso que la historia de las mujeres tiene en los procesos de la construcción de la memoria. Maurice Halbwachs (2006), referencia obligatoria sobre los procesos de construcción de la memoria colectiva, nos afirma que las memorias están siempre marcadas socialmente. Basta que estos nos presenten sus testimonios: también es necesario

15 Michael Pollak (1989, p. 3), en el artículo “Memoria, olvido, silencio”, destaca que “al privilegiar el análisis de los excluidos, de los marginados y de las minorías, la historia oral subrayó la importancia de memorias subterráneas que, como parte integrante de las culturas minoritarias y dominadas, se oponen a la ‘memoria oficial’, en el caso la memoria nacional. En un primer momento, este enfoque hace de la empatía con los grupos dominados estudiados una regla metodológica y rehabilita la periferia y la marginalidad”.

que ella no tenga dejado de concordar con las memorias de ellos y que existan muchos puntos de contacto entre una u otras, para que el recuerdo que nos hacen recordar vengan a ser reconstruida sobre una base común (HALBWACHS, 2006, p. 39).

Tal como afirma el autor, estos marcos de la memoria están conectados a la familia, a la religión, la clase social, son portadores de representaciones de la sociedad, de sus necesidades y valores. Incluyen una visión del mundo y dictan muchas veces a través de relaciones de poder los sentidos de las identidades de género, de la propia historia, etc.

Por eso, la memoria, en la historia de las mujeres, es una reconstrucción desde el presente. Más que una recordación, es una interacción, con el pasado y el presente, y está culturalmente y colectivamente delimitada por representaciones de género, porque es producida por sujetos que determinan lo que es o no verdadero en la cultura¹⁶ – lo que no encuentra sentido adentro de ese cuadro, u se olvida, u silenciase, como el caso de la historia, de las memorias de las mujeres.

Las memorias de mujeres inseridas en grupos sociales, sean étnicos, productivos, culturales, políticos, entre otros, construye un conjunto de memorias compartidas y socializadas a través de su género. El colectivo de esas memorias, marcada por tradiciones heredadas y memorias individuales, con alguna organización social en una estructura dada por códigos culturales compartidos.

Cuando mujeres narran hechos de que fueron participes, el colectivo está en su manera de narrar, en su interpretación, en su pensamiento. Para Portelli (1997), la memoria, al constituirse como fuente informativa para la historia, se constituye también como base de la identidad, por medio de un proceso dinámico, dialéctico, que contiene las huellas del pasado, de las indagaciones y necesidades del tiempo presente (PORTELLI, 1997).

Al recordar del pasado, las mujeres seleccionan ciertos recuerdos que las ponen en relación con los otros, esos son parámetros de identidad que resaltan ciertas marcas de identificación grupal y al mismo tiempo de distinción con otros y que se convierten en marcos sociales para encuadrar las memorias, a dentro de una temporalidad todavía en construcción. Segundo Durval Muniz de Alburquerque Júnior (2007),

16 Sobre las marcas de la cultura en la historia femenina, ver: SAFFIOTI, 2007.

Escribir historia es también mediar temporalidades, ejercer la actividad de traducción entre naturalezas, sociedades y culturas de tiempos distintos. Colocados en esta tercera margen da temporalidad, que es lo presente, o(a) historiador(a) tiene la tarea de construir con su narrativa una canoa que pueda mediar, hacer tocar las márgenes del pasado y del futuro (ALBUQUERQUE JUNIOR, 2007, p. 33).

Al abordarnos la memoria colectiva en una perspectiva de género podemos ver que ella posee un movimiento de recepción y transmisión. Ese movimiento es lo que forja la memoria del grupo, y que lo establece lo continuo de su memoria. La memoria definida de esta manera no se trata de un acumulado de conocimientos, fechas, referencias, objetos, por lo contrario, está formada por prácticas culturales, tradicionales, valores, ritos, modos de relación, símbolos, creencias, determinados muchas veces por representaciones de lo que es ser hombre y mujer en la historia, definiendo su identidad.

Uno de los efectos de la práctica social de la memoria es naturalizar las identidades sociales, las formas por las cuales los grupos de mujeres se definen a sí propios y por las cuales ellas son definidas por otros grupos. Las identidades solo se definen por medio de un proceso de construcción de la diferencia, proceso que es fundamentalmente cultural y social. Al perpetuar, por la historia, la memoria de un cierto grupo social, se produce la diferencia y por lo tanto la identidad, que lleva las prácticas de significación de lo que sea hombre o mujer, en que los significados, son impuestos por relaciones de poder.

Es en esta conexión, entre poder, memoria, representación e identidad, que los grupos históricamente subordinados contestan, que claramente es la normalidad, la hegemonía de las identidades y roles sociales impuestos. En ese campo de contestación, las identidades reprimidas, sean ellas mujeres, indígenas o negras, pasan a luchar por el control de la producción de estas representaciones y al mismo tiempo buscan romper con las narrativas hegemónicas que dictan sus identidades (SILVA, 2005). La constatación de Joan Scott (1995) expresa bien ese proceso: la discriminación y la exclusión no son resultado de la diferencia, más la diferencia que es lo que resulta de la discriminación (SCOTT, 2002).

La memoria, tal como la identidad, tan poco, es un producto final acabado. Objeto de incesante construcción. Los resultados de esa construcción, como prácticas de significación a que está vinculada, son siempre, determinados por

quien la produce, quien tiene el poder de nombrar. Como dice Stuart Hall (2003), se debe pensar en la identidad como una “producción, que nunca está completa, que está siempre en proceso, y es constituida en el interior, y no afuera, de las representaciones”. Además de esto, este proceso de formación de la identidad versus memoria, está siempre referido al “otro”, a la diferencia (HALL, 2003, p. 74).

La historia oral, como parte de la dinámica de la resistencia cultural, significa para la historia de las mujeres y los estudios de género, estos dan apertura a otros sujetos históricos, vigentes en la historia, reconociendo que la historia oficial es una instancia parcial que marginaliza otros sujetos, otros procesos, otras narrativas, y que ofrecen un discurso de poder válido como oficial, pero, sin duda, son presentados como una especie de cultura e historia clandestina.

Este cuadro de referencia muestra como la memoria es estructurada por los roles sociales y de que hay todo un conjunto de elementos, que interfieren en la reconstitución del pasado, como hay diferentes trayectorias personales y los factores objetivos y subjetivos, que no pueden ser desconsiderados.

Eclea Bosi (1994), en su estudio sobre memorias de los viejos, explica que, en relación a la política, la información de los militantes es sin duda más rica y pormenorizada, en comparación con la de simples espectadores. Esto también se puede percibir en los relatos de las mujeres que compusieron este trabajo. Aquellas que tenían mayor involucramiento social o político se mostraban más interesadas en registrar sus historias, acrecentando pormenores que consideraban importantes de ser registrados – lo contrario de otras mujeres que estaban más centradas en el espacio doméstico y familiar.

El conocimiento en el campo de las ciencias humanas acerca del objeto y las cuestiones de ellas emanadas, ganan más flujo debido a la percepción de los significativos cambios observados en las sociedades contemporáneas, delante de nuevas conjeturas que romperán, con afirmaciones epistemológicas del cientificismo, reforzadas por las intensas subjetividades del ‘pos moderno’. Él se sitúa en centro de las revisiones que cuestionan la presencia de dos paradigmas universalistas e homogéneos bien como de teorías sociales excluyentes. El sujeto anterior al siglo XX construye sujetos múltiples en este siglo. La memoria de las mujeres está sumergida en lo ámbito de comportamientos y experiencias de memorias colectivas, no permitiendo que se evidencien las identidades, subjetividades que fueran silenciadas e ignoradas. No estoy queriendo más una vez poner en pauta

la cuestión de la veracidad de una historia, pero, dejar fluir verdades, dar espacio, para historias en el plural.

Michelle Perrot hace una crítica muy rigurosa a la idea de femenino como un ser dominado, o todavía aquellos que consideran que las mujeres, por tener una herencia simbólica e histórica de invisibilidad, se constituirían un sexo ‘frágil’ (PERROT, 2007). La historia de vida capta la dinámica, las características y los parámetros de la cultura individual. A través de ella es posible percibir como el sistema sociocultural afecta el comportamiento individual, los valores y la auto imagen. Por otro lado, el individuo afecta la comunidad en que vive actuando como una fuente de cambio cultural significativa. La historia de vida ofrece el aspecto social, o psicológico y la interface entre ambos.

De las narrativas, podremos extraer las bases sociales que forman la identidad, el poder de la sociedad en presionar para el conformismo o para la ruptura en relación a los roles de género. Los sin voz fueron silenciados sin consentimiento. Son personas no escuchadas, porque sus puntos de vista son tenidos como no importantes. Son callados, debido a un estigma social o status inferior: pobres, mujeres, criaturas, deficientes, homosexuales, minorías étnicas, religiosas en un ‘eterno etc.’ (PERROT, 1988, p. 30).

Para romper con la tradición del silencio, los investigadores buscan un nuevo conjunto de imperativos en la conducción de las investigaciones, con y sobre los silenciados. El conocimiento, puede y debe ser producido, apropiado y utilizado por las personas comunes, producido en un contexto político de solidaridad, mutualismo y relaciones jerárquicas.

Tanto la historia oral cuanto en la historia de vida, parece orientadas a una ciencia con postura de activismo social. Maria Izilda Matos (2003) atesta, con propiedad, que algunos factores explican la mayor presencia de mujeres en los estudios académicos de los últimos años, tales como la creciente presencia de las mujeres en el mercado de trabajo y sus luchas por la igualdad de derechos.

Vale resaltar también que el trabajo de la historia oral junto a las mujeres rescata un nivel de historicidad (PEDRO, 2005) que comúnmente era conocida a través de la versión producida por la historiografía oficial. En la medida en que los testimonios son gravados, transcritos y publicados, es posible conocer la propia mirada que las mujeres tienen de sus vidas y del mundo alrededor.

Por su vez, varias autoras brasileñas, como Margareth Rago, Maria Izilda Matos, Rachel Soieth, Roselane Neckel, Joana Maria Pedro, entre otras, han

contribuido para el conocimiento de la historia de las relaciones de género, focalizando la manera como el género se constituye en un punto de apoyo para la constitución de subjetividades, de políticas públicas y relaciones con la historia. La historia, en cuanto representación del real se rehace, se reformula, a partir de nuevas preguntas realizadas por el historiador o mismo de la descubierta de otros documentos o fuentes.

La elaboración de la historia está siempre volcada para lo que se expresó u se manifestó de forma pública o privada. Esa manifestación, en el acto mismo de ser, proyectar en la sociedad, adquiere, al ser tratada históricamente, una dimensión cronológica e al mismo tiempo temática que en, principio, no rescata la dimensión del vivido que el ocurrido o el echo provocado.

Interrogar a la sociedad, ponerse a su escucha, es en mi opinión el primer deber del (a) historiador(a). En lugar de contentarse con la utilización de archivos, el debería antes de todo crearlos y contribuir para su constitución: investigar, interrogar aquellos que jamás tienen derecho a hablar, que no pueden dar su testimonio. El (la) historiador(a) tiene por deber desposeer los aparatos del monopolio que ellos atribuirán a si propios y que hacen con que sean la única fuente de historia. No satisfechos en dominar la sociedad, esos aparatos (gobiernos, partidos políticos, Iglesias o sindicatos) creen ser su consciencia. El (la) historiador(a) debe ayudar la sociedad a tomar consciencia de esa mistificación.

Considerando estas reflexiones, hicimos esfuerzos en el sentido de producir tales documentos con el objetivo de crear archivos de fuentes orales e imágenes que permitan ampliar aspectos de la reflexión, a propósito de las especificidades de estos grupos y contribuir para el conocimiento de las nuevas experiencias en la Historia brasileña¹⁷.

Para nosotros, parece que el camino que más abarca en la construcción de esa relación entre historia oral y memoria, incluye el examen crítico sobre la óptica de género. Los análisis efectuados sobre la mirada de las relaciones de género desvendan conflictos, posibilitan vislumbrar un sentido duplo en las interpretaciones de la historia de las mujeres.

17 Aspecto fundamental para el desarrollo regional de investigación, y también un refuerzo epistemológico, fortaleciendo la misión de la UFGD en cuanto institución pública en la construcción de saberes.

En ese sentido, la experiencia puede ser comunicada porque no implicaría solamente en acciones y sentimientos, pero también en reflexiones sobre acciones y sentimientos. Con esta noción de experiencia, podríamos capturar las narrativas de las mujeres sobre sus experiencias e incorporar sus interpretaciones, apuntar conexiones y desconexiones temporales, cambios e continuidades, tradiciones y rupturas (KOFES; PISCITELLI, 1997).

Al privilegiar la experiencia, teniendo como recorte empírico trayectorias en diferentes tiempos, nos deparamos con algo que ya fue y sobre lo cual se habla. De este modo, al tratar de sus experiencias narradas, es primordial llevar en cuenta también la temporalidad interna a las propias narrativas. Exponer, contar, referir, decir, registrar, poner en memoria (y, por lo tanto, el manejo con la temporalidad) son elementos semánticos constitutivos del termino narrar. Esto ya fue apuntado por Walter Benjamín. Pero, ¿cómo acrecentar a estas historias de vida las conceptualizaciones de género? Tomamos, en primer lugar, memoria y género.

La memoria, se considerada como recuerdo y olvido ancladas al presente, sería, para los más científicas, una fuente inviable para la reconstitución do pasado. Pero, si dejarnos de lado las preocupaciones positivistas de los trabajos de la historia oral interesados en desvendar lo que “verdaderamente” ocurrió en el pasado, es posible percibir la riqueza ofrecida por las memorias¹⁸. Segundo Halbwachs (1990), nada en la memoria escapa a la trama sincrónica de la existencia social del presente.

Así considerada, la memoria desaprisiona los hechos de una temporalidad linear, externa, propia de la reconstrucción histórica, libertando las múltiples temporalidades vivenciadas. Lo que es recordado, respondería siempre a las necesidades de acción actual que, en las palabras de Halbwachs, operan a la manera de un filtro, seleccionando las tradiciones que se olvidan y las que se transmiten, de manera que las tradiciones son modificadas en la medida en que los grupos cambian. Las memorias, son recuerdos personales son reconstruidos a parte de un presente que es social, una vez que, para el autor, el recuerdo personal está situado en la encrucijada de redes de solidaridad múltiples con las cuales lo individuos están comprometidos. Pero si esas reconstrucciones hablan de un presente

18 Como es destacado en los primeros trabajos de Paul Thompson, por ejemplo, en la primera edición de *The voice of the past: oral history* (1978).

que establece límites para los recuerdos y que las molda continuamente dando a ellas nuevas formas, los recuerdos, también hablan del pasado.

Todavía, sería posible llevar en cuenta el “va y viene” entre presente y pasado y la singularización del social presente en las trayectorias individuales, sin necesariamente caer en las trampas de una búsqueda de reconstrucción del pasado o aquella de partir de una noción de individuo para en seguida tener que situarlo socialmente. Todavía, para el segundo caso, si consideramos que la propia idea (e ideal) de individuo presupone un social que lo afirme. Nos parece más adecuado, por lo tanto, hablar en recrear y en experiencias. Pero, en esa interacción entre el pasado y presente, en ese recrear a través de experiencias diversificadas de los sujetos se presupone la actuación de género.

Trabajar con las narrativas, nos parece un medio de encadenar experiencias femeninas, memoria y género. Pero no es suficiente afirmar que los elementos de este encadenamiento – las experiencias, las memorias que las recrean, dotando las de temporalidades específicas, y las narrativas a través de las cuales son transmitidas – son marcados por el género. Las historias de vida, adentro del círculo mayor de la Historia Oral, abarcan procedimientos y aproximaciones extremadamente diversas. La preocupación con criterios de verdad y de historia “objetiva” o verdadera afectaran algunas de sus perspectivas tanto cuanto influenciaran lo estudios de las tradiciones orales¹⁹. Líneas de pensamiento preocupadas con datos factibles, confiables y representativos, despresaran las auto biografías porque, entre otros motivos, en estas es imposible escapar de la “perversión de la verdad producida por el juego de la memoria con el pasado”. También algunas líneas que promueven el trabajo con historias de vida tratan de controlar, a través de la diversidad de mecanismos, la “verdad” de los datos levantados para evitar los peligros implícitos en la memoria.

19 Una amplia descripción de las diferentes perspectivas en la América Latina es ofrecida en: CAMARGO; ROCHA, 1983, p. 5-24. Paul Thompson (1978) también atribuye la influencia de Malinowski el estancamiento del trabajo con historias de vida en el período entre las dos guerras. El argumento de Malinowski era que las tradiciones orales no tenían valor virtual como historia, en la medida en que su función era justificar y explicar el presente: el mito no sería una historia falsa, ni la narrativa de una realidad muerta. Sería la afirmación de una realidad mayor y parcialmente viva. Para Thompson, los argumentos de Malinowski, a pesar de aplicarse más a la tradición oral que a la historia de vida, inhibirán también el desenvolvimiento de esta última.

Todavía es, posible afirmar que en la actualidad existe cierto consenso sobre la riqueza ofrecida por los trabajos con historias de vida. Esta reside en otorgar un lugar de privilegio a la experiencia vivida, en sentido longitudinal, e en posibilitar la integración de percepciones individuales y directrices universales de relaciones humanas, a través de articulaciones temporales. En este sentido, el trabajo sobre las experiencias de los sujetos es fundamental para la comprensión, son dos actores a partir de sus propios puntos de vista y para la comprensión de procesos sociales más amplios que los individuos (PERROT, 1984; CAMARGO, 1984)²⁰.

En una perspectiva antropológica, la parte excluida en el proceso de depuración de las tradiciones orales – historias de vida y tradiciones (o partes) de tradiciones orales que remeten a normas y generalizaciones – es, precisamente, la más promisor. Ella se integra en las zonas “sombreadas” – tomando prestadas palabras de Passerini (1976) – adonde es posible encontrar sentidos. Precisamente por esto, la subjetividad inherente a unas y otras puede dificultar la clasificación externa de los datos que ellas proporcionan a la manera de ‘cosas’ distribuidas clara y equidistantemente en el espacio y en el tiempo. Todavía, dotadas por la densidad de la experiencia, abren camino para las interpretaciones.

Thompson (1997) enfatiza el carácter de transformación que la memoria engendra una vez que ella posibilita, al sujeto que rememora, a partir de la reconstrucción del análisis de lo que ya ocurrió, trazar nuevos horizontes hasta entonces no imaginados. Por esa perspectiva, la memoria desempeña el rol de catalizadores, cargando con ella un gran potencial transformador. En este proceso, el historiador aprende, en la entrevista, al escuchar, al relacionarse con personas de clases sociales diferentes y se envuelve en historias que retratan momentos sociales de quien las cuenta. Y para eso esclarece que el historiador oral necesita ser “un buen oyente, y el informante, un auxiliar activo” (THOMPSON, 1997, p. 43).

20 El trabajo con historias de vida, precisamente por centrar-se en la ‘experiencia’, sedujo particularmente investigadoras(es) interesadas(os) en trabajar con una antropología y una historia ‘de las mujeres’. Las historias de vida fueron utilizadas intensamente, consideradas como fuentes primarias para el conocimiento de vidas femeninas hasta entonces silenciadas. Llegaron a ser consideradas el ‘método feminista por excelencia’, por la posibilidad que ofrecían en el sentido de la comprensión son amplias y profundas de las consciencias femeninas garantiendo un punto de vista sexuado (GEIGER, 1986, p. 335-351).

La memoria oral de las mujeres rema contra la marea, pues están desproveyédas muchas veces del poder, resultado de prácticas de dominación que Pierre Clastres (1982) registra, de forma muy exacta, como el encuentro de dos instancias fundantes del propio movimiento de la historia. “Hablar es antes de todo detener el poder de habar” (CLASTRES, 1982, p. 106). Las mujeres más viejas hoy se agarran a pelusas de su memoria familiar, para no dejar morir la memoria colectiva, su historia de vida y de movimiento social constructor de la historia. De esta forma, la historia oral tiene se ha presentado como una valiosa contribución para los estudios en el área de historia social y cotidiano de las mujeres, con especial énfasis en la historia de ellas. Para Thompson,

Hasta bien poco tiempo, la historia de las mujeres fue ignorada por los historiadores, en parte porque la vida de ellas, ligada al hogar o al trabajo desorganizado o temporario, muy frecuentemente transcurrió sin ser documentada [...]. El descaso total por ese campo hace con que entrar en el cauce la emoción de un viaje de descubierta. (THOMPSON, 1992, p. 134).

Perspectivas

La historia oral es una herramienta metodológica especialmente útil para la Historia das Mujeres y los estudios de género. A través de la palabra femenina, sus voces, experiencias, pensamientos y deseos, salen de silencios de la historiografía. La palabra es como una expresión, como comunicación y como una forma de favorecer la alteración de la situación y condición de las mujeres. La contribución de la historia oral, es reconstruir la identidad femenina, en la óptica de las relaciones de género.

Cuando estamos actuando en determinadas situaciones, actuamos como mujer/hombre y reproducimos inmediatamente las relaciones de género, a partir de una experiencia y una expectativa cultural específica (que al mismo tiempo reproduzco por vías de las representaciones). La historia oral es una actividad que rescata el cotidiano, historias individuales y colectivas, cual el sujeto no solo reconstruye su Historia de vida, pero al mismo tiempo reconstruye su identificación social con un determinado género.

Al considerar que es la sociedad que el individuo se convierte en sujeto, conforme Lauretis (1994), el sujeto no feminismo sería un venir a ser constituir, engendrando-se:

[...] un sujeto constituido en el género, pero no solamente por la diferencia sexual... un sujeto engendrado no solo por la experiencia de relaciones de sexo, pero también en las de raza y clase; un sujeto múltiple, en vez de único, y contradictorio, en vez de simplemente dividido (LAURETIS, 1994, p. 206-242).

La historia ha negado el protagonismo femenino. Nuestro desafío por la historia oral es desvelar las potencialidades, crear vías de expresión, reconocer las limitaciones que la “realidad” pone y construye una mirada crítica sobre os actores sociales marginalizados. Por otro lado, la historia oral constituye como la práctica de instancia más viable de conocimiento para la historia de las mujeres en el tiempo presente.

Referencias bibliográficas

ALBERTI, Verena. **O fascínio do vivido, ou o que atrai na história oral**. Rio de Janeiro: CPDOC, 2003.

ALBERTI, Verena. **Ouvir, contar**: textos em história oral. Rio de Janeiro: FGV, 2004.

ALBUQUERQUE JÚNIOR, Durval Muniz. **História**: a arte de inventar o passado: ensaios de teoria da história. Bauru: EDUSC, 2007.

AMADO, Janaina. **Usos e abusos da história oral**. Rio de Janeiro: FGV, 1996.

BARELA, Liliana. **Algunos apuntes sobre historia oral y como abordarla**. Buenos Aires: Instituto Patrimônio e Instituto Histórico, 2012.

CHARTIER, Roger. **À beira da falésia**: a história entre certezas e inquietude. Porto Alegre: Ed. Universidade/UFRGS, 2002.

CHARTIER, Roger. **Formas e sentido**: cultura escrita entre distinção e apropriação. Campinas: Mercado das Letras, 2003.

CLASTRES, Pierre. **A sociedade contra o estado**. Rio de Janeiro: Francisco Alves, 1982.

DREYFUS, Hubert. **Michel Foucault: uma trajetória filosófica: para além do estruturalismo e da hermenêutica**. Rio de Janeiro: Forense Universitária, 2013.

DUBY, George; PERROT, Michele. **História das mulheres no ocidente: antiguidade**. Porto: Edições Afrontamento, 1998.

FOUCAULT, Michel. **Microfísica do poder**. Rio de Janeiro: Graal, 1979.

GUARDIA, Sara Beatriz. **La escritura da historia de las mujeres en la América Latina**. Lima: CEMHAL, 2005.

HALBWACHS, Maurice. **A memória coletiva**. São Paulo: Centauro, 2006.

HALL, Stuart. **Da diáspora: identidades e mediações culturais**. Belo Horizonte: UFMG, 2003.

JENKINS, Keith. **A história repensada**. São Paulo: Contexto, 2007.

JOUTARD, Philippe. História oral: balanço da metodologia e da produção nos últimos 25 anos. In: FERREIRA, M. M.; AMADO, J. (Org.). **Usos e abusos da história oral**. Rio de Janeiro: Fundação Getúlio Vargas, 1998.

KOFES, Suely; PISCITELLI, Adriana. Memórias de histórias femininas, memórias e experiências. **Cadernos Pagu**, São Paulo, n. 8/9, 1997.

LE GOFF, Jacques. **História e memória**. 2. ed. Campinas: Unicamp, 1996.

MATOS, Maria Izilda. **Por uma história da mulher**. São Paulo: Edusc, 2005.

MATOS, M. Izilda S.; SOLLER, M. A. (Org.) **Da invisibilidade ao gênero**. 1. ed. São Paulo: NEM/PUC-SP, 2003. v. 1, 250 p.

MEIHY, José Carlos Sebe Bom. **História oral: como fazer, como pensar**. São Paulo: Contexto, 2007.

NORA, Pierre. Entre memória e história: a problemática dos lugares. **Projeto História**, São Paulo, v. 10, 1993.

PASSERINI, L. (Org.). **Storie oralle: vita quotidiana e cultura materiale delle classi subalterne**. Toríno: Rosenberg e Sellier, 1976.

PEDRO, Joana. Traduzindo o debate: o uso da categoria gênero na pesquisa histórica. **História**, São Paulo, v. 24, n.1, p. 77-98, 2005.

PERROT, Michelle. **As mulheres ou os silêncios da História**. São Paulo: Edusc, 2007.

PERROT, Michelle. **Les sources orales pour l'histoire des femmes**. Une histoire des femmes. est-elle possible? Paris: Rivages, 1984.

PERROT, Michelle. **Os excluídos da história**: operários, mulheres, prisioneiros. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1988, p. 30.

PERROT, Michelle. Práticas da memória feminina. **Revista Brasileira de História**, São Paulo, n. 18, p. 9-18, 1989.

POLLAK, Michael. Memória esquecimento, silêncio. **Revista de Estudos Históricos**, Rio de Janeiro, v. 2, n. 3, 1989.

PORTELLI, Alessandro. **Ensaio de história oral**. São Paulo: Letra e Voz, 2010.

PORTELLI, Alessandro. Tentando aprender um pouquinho: algumas reflexões sobre ética na história oral. **Projeto História**, São Paulo, v. 15, 1997.

POZZI, Pablo. **Cuéntame como fue. Introducción a la historia oral**. Buenos Aires: Imago Mundi, 2008.

RICOUER, Paul. **A memória, a história, o esquecimento**. Campinas: Edunicamp, 2007.

SAFFIOTI, Heleieth. **Gênero, patriarcado, violência**. São Paulo: Editora Perseu Abramo, 2007.

SILVA, Tomas Tadeu da. **Documentos de identidade**: uma introdução as teorias do currículo. São Paulo: Ed. Autêntica, 2005.

SCOTT, Joan W. **A cidadã paradoxal**: as feministas francesas e os direitos do homem. Trad. Élvio A. Funck. Florianópolis: Ed. Mulheres, 2002.

SCOTT, Joan W. Gênero: uma categoria útil de análise histórica. **Mulher e realidade**: mulher e educação, Porto Alegre, v. 16, n. 2, jul./dez. 1990.

SCOTT, Joan W. **Género e historia**. México: FCE, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2008.

TEDESCHI, Losandro Antônio. **Alguns apontamentos sobre historia oral, gênero e historia das mulheres**. Dourados: EDUFGD, 2014.

THOMPSON, P. **A voz do passado**: história oral. Trad. Lólio Lourenço de Oliveira. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1997.

VEYNE, Paul. **Como se escreve a história**: Foucault revoluciona a história. Brasília: Editora UNB, 1998.

NARRATIVAS DE UNA MUJER EN CURSO: LA “PEQUEÑA” HISTORIA DE UNA MUJER FRONTERIZA²¹

Introducción

El objetivo de este texto, es problematizar la historia de los desplazamientos de mujeres campesinas que migraron del Paraguay hacia el Brasil, en la década de 1970, en la frontera oeste del Mato Grosso do Sul. Entre los grupos de personas que se movieron constantemente de un país al otro, con desplazamientos temporarios, cortos o más largos, destacan como típicos representantes de la transitoriedad de las mujeres llamadas de *brasiguayas*. Este texto es sobre historias de pasados, presentes y ausentes, de marcas, memorias, lo borrado, la violencia y la esperanza que se desarrollan a lo largo de la propia narrativa femenina.

Transcurre el texto algunas herramientas de análisis sobre el tema, tal cual género, memoria, identidades, lugar, desterritorialización y narrativa. El estudio apunta a los grupos de mujeres campesinas ubicadas en el ambiente fronterizo del Brasil con el Paraguay. El trabajo está focalizado en la historia de mujeres migrantes campesinas, sobre todo en la narrativa de desplazamiento de un personaje que vivió el proceso, que al narrar por sus palabras los hechos, define sus posiciones de desplazamientos, recriando su vida familiar y social por el acto de contar.

Michelle Perrot en *As mulheres e os silêncios da história* (2005, p. 31), demuestra a través de distintos enfoques, que la dificultad de construir una historia de las mujeres se debe a sus trazos borrados, tanto públicos como privados; estableciendo que, “entre la fugacidad de los trazos y el océano del olvido, los caminos

21 Conferência proferida junto a Universidad Nacional Autónoma del México – UNAM, junto al Instituto de Investigaciones Sociales – IIS. Abril de 2016.

de la memoria de las mujeres son estrechos”. En semejante línea, Sueli Kofes (2001) destaca que “no narrar alguien o algo, es un mecanismo eficaz de ponerlos metafóricamente como “muertos”, y que, en este juego de memoria, entre recuerdos y olvidos, se debe considerar los enfrentamientos políticos que figuran en las narrativas” (KOFES, 2001, p. 21).

Por el camino metodológico de la historia oral, destaco el relato de una migrante campesina, representaciones de otras tantas mujeres migrantes que vivieron este proceso, marcado por el desplazamiento, como un constante. El periodo estudiado está marcado por profundas transformaciones del paisaje brasileña, provocados por la ampliación de las regiones de fronteras agrícolas y de urbanización. Estas experiencias marcaron profundamente su historia de vida y posibilitan una mirada actual del paisaje social, cultural y de género. La lectura, posee trazos que presentan características de subjetividad y/o intersubjetividad que contribuyen a la composición de identidades de sujetos.

La historia de vida de las mujeres, personajes de esta investigación²², nos permite reconstruir las trayectorias, los sucesos, los incidentes de la migración femenina – que envuelve el momento de la llegada a la frontera – las trayectorias familiares e individuales, hasta el periodo de abandono del país vecino. Sus relatos ultrapasan los espacios y tiempos cronológicos y revelan una realidad multidimensional que ultrapasa el orden secuencial y sistemática del proyecto oficial de colonización. Sus trayectorias se diversifican, posibilitan espacios a la diversidad de experiencias y posiciones individuales y colectivas.

Las historias relatadas por las mujeres, sobre todo cuando recuerdan detalladamente los desplazamientos, desde el momento en que toman conocimiento de las tierras, más allá de las fronteras, los lazos familiares, las relaciones de género revelan otra historia sobre las migraciones. Así, migrar es salir de su lugar, envolviendo procesos, *desterritorialización* y *reterritorialización*²³, que no son ordenados de manera sucesivas. Hay un significado importante a las identidades de género, pues cambian, en algunos casos, los tradicionales roles femeninos y, en otros, perpetua continuidades de las representaciones de género.

22 El artículo es resultado de reflexiones del proyecto de productividad en investigación apoyado por el CNPQ intitulado: “Mulheres migrantes brasiguaias: história, memórias, terra e relações de gênero”.

23 Los dos conceptos serán analizados de manera más profundizada bajo la teoría de Gilles Deleuze y Felix Guattari a lo largo del artículo.

Este texto vincúlase a la línea historiográfica conocida como Historia de las Mujeres y los estudios de género, que nos desafía a pensar el rol femenino en distintas perspectivas de abordaje en la historia, en el presente caso, de las migraciones femeninas contemporáneas. Lejos de la pretensión de “representar” todas las narrativas femeninas en este proceso²⁴, mis análisis aún arbitrarias y limitadas, es producto del cruzamiento de lecturas, entrevistas, visitas, charlas, encuentros sazonales, resultado de años de investigación en comunidades de asentamientos rurales en la frontera brasileña.

La necesidad de registro de estas historias constituye una percepción a posteriori: las mujeres entrevistadas se reconstruyeron a lo largo de las tres décadas. En los años 1970 eran solamente campesinas que seguían el camino en búsqueda de la tierra y no tenían ninguna consciencia de que serían personajes de un proceso histórico de ampliación de la frontera²⁵.

Al charlar con ellas, destacan que hay mucho por narrar²⁶, pues convivían diariamente con situaciones y hechos que merecían registros. El cotidiano de las mujeres se desarrolla en el interior de los montes, bajo las carpas recubiertas por paja, rozando, cosechando, limpiando las ropas en los ríos, caminando kilómetros a pie en búsqueda de auxilio médico a los hijos o a ellas mismas. Estos hechos fueron tan relevantes en la vida de las mujeres campesinas migrantes – ellas mismas recuerdan ‘como hoy’ – al relatar sus trayectorias individuales o familiares en el contexto.

Algunas preguntas, acompañadas por inquietudes teóricas, siempre me movieron a lo largo del camino. La preocupación de cómo representan el colectivo, la vida, el cuerpo, la memoria, el imaginario, las representaciones a las identidades y que merecen ser analizadas particularmente. Estos cuestionamientos o preocupaciones fueron vagarosamente desarrollando un camino posible a mi investigación, que prontamente fui refutando todos los límites pre-fijados – de géneros discursivos, espacios, áreas del saber, en verdad fui caminando en una

24 Destaco la existencia de “otras narrativas” debido al acervo oral de entrevistas que vengo desarrollando desde 2010 con los grupos de mujeres migrantes *brasiguayas* ubicadas en asentamientos campesinos en MS y en PR, y también de mujeres migrantes que viven en Paraguay.

25 Para esta categoría utilizo: MARTINS, 2009.

26 Sobre el acto de narrar, hay una obra importante: “*A aventura de contar-se: feminismos, escrita de si e invenções da subjetividade*” de la historiadora Margareth Rago, ayuda a apuntar caminos en las narrativas bajo la teoría foucaultiana, como expresión de la libertad en el acto de narrar y recrear.

“zona fronteriza”, abierto al dialogo, a la charla, al devenir inesperado de las trayectorias femeninas.

La idea es, intentar abarcar todas las formas y miradas de las mujeres migrantes que son constantes en el imaginario, de las tramas (género, sociales, culturales, subjetivas...) de las distintas maneras de relatar la historia y que está inscrita en los desplazamientos, muchas veces violentos en el proceso de salida, de llegada al otro país y regreso al Brasil. El desafío es sacar de las narrativas “claves” interpretativas de una subjetividad tanto en términos de relaciones de género como étnicos y políticos.

Walter Benjamin (2012, p. 200) también señala idea semejante: “la narrativa tiene una forma utilitaria que consiste una enseñanza moral, sea en una sugestión práctica, sea en un proverbio o en la norma de vida” – de cualquier manera, quien narra, presenta un tejido vivo de la existencia, sabiduría, concluye el autor. No utilicé como apoyo una serie de preguntas hechas en el encuentro con las mujeres migrantes, tampoco seguí un itinerario o camino. Las historias fueron se desarrollando de la propia dinámica dialógica entre investigador y entrevistada. Es como escribió Walter Benjamin (2012, p. 201) de Nikolai Leskov: “es la recuperación de la experiencia ante el empobrecimiento de la narrativa”.

Al oírlas,²⁷ buscaba observar los muchos enredos utilizados en la elaboración de un discurso sobre la experiencia pasada y presente. Más que indagar sobre la memoria, me interesa el ‘olvidado’, el ‘silencio’, aquel camino, hecho, acción concomitante, capaz de formar y subvertir el relato, de surgir sin llamado, en una simple conversación, una realidad que convive con el cotidiano, aún sin emerger, sin mostrarse, forma parte de una historia común y cada biografía, historia de vida. Esta “conversa libre” permitió una mayor intimidad – construida a lo largo del proceso de intercomunicación – de una red dialógica que fue siendo construida por una lógica individual, como un hilo conductor, “relatos que se abrieron y cerraban tempranamente, como un relámpago, en una rutina de palabras y gestos”, tomando de préstamo las palabras de Arfuch (2013, p. 15).

27 Escribo en plural porque son varias las narrativas que realicé con más de una decena de mujeres, totalizando alrededor de 65 horas de grabaciones, registrando sus relatos, sus narrativas. En este texto, específicamente, analizo el relato de una migrante campesina brasiguaya, su historia es referencia en esta temática.

En mis investigaciones sobre las migraciones femeninas para el Paraguay la narrativa de la vida de las protagonistas del proceso – filtradas por las relaciones de género, subjetividades construidas y por la memoria individual y colectiva – poseen una marca propia. Las historias relatadas tienen como objeto una historia pasada, y que guarda impresiones sobre el devenir femenino en el mundo. Estas historias son distintas entre ellas mismas, en lo que se refiere al momento en que los hechos fueron vividos. Por esta razón, la experiencia nos demuestra que la memoria es marcada por temporalidades, y hay cosas que no se puede decir, y mi objeto no visaba saber sobre el porqué migraron, pero la memoria sobre él, cómo él es percibido y relatado por ellas. Conforme apunta Portelli (1989):

Es aquí (en la historia) que la percepción del objeto nos escapa, y por otro lado es el precio de ella misma. Escápanos, porque, naturalmente, la historia es aquél intersticio artificial, hecha por palabras convencionales, que está entre nosotros y el objeto, que sustituye la experiencia vivida y que, dentro del objeto en sí, como mediación interna al sujeto que habla, a través de la opacidad del lenguaje y de su memoria (PORTELLI, 1989, p. 3).

Así, los traumas de vida, de las narradoras ganan, aquí, el primer plan, remetiendo a un amplio escenario y a múltiples actores sociales, en una rememoración ni siempre linear, como es característico del acto de recordar, descomprometido con la estricta sucesión del calendario. No se tratan de biografías lineares, ni de imposición de linealidad a las narrativas.

De hecho, son valorizadas las reminiscencias, con sus silencios, amnesias y sombras – portadoras de condicionamientos múltiples y mediación simbólica en la construcción de los significados. Teóricamente, los intereses en el desplazamiento de las mujeres brasiguayas es intentar descubrir como los espacios, privado y público, los roles de género se ubican, caminando al encuentro, de comienzo, aquél que Michelle Perrot se refiere a las mujeres como ‘voceras de la vida privada en la rememoración’.

Una historia de desplazamiento

“[...] hace 15 años que ando por el mundo... la lona no mata el peón, pero lo contrae” (D. María)

Con delicadeza y un poquito de ironía, doña María²⁸, con sus 54 años, nos recibe en su finca en el Asentamiento Santo Antonio en Naviraí, MS. Un día caliente del mes de noviembre, llegamos a su casa alrededor de las 9:00 de la mañana. Ollas en el fogón a leña, ropas en la varilla, animales en el patio, música tocando en la cocina, probablemente la radio local, ella nos espera con satisfacción, a igual a un pariente o amigo lejano.

Habíamos le contactado tempranamente, por un alumno con beca en el proyecto “*projovem campo Saberes da terra*”, y nuestro propósito sería oír su historia de desplazamiento²⁹, de migración hacia el Paraguay en años anteriores. Oírlas sobre estos desplazamientos sobre los “*lugares llegados*”, y otros “*lugares dejados*”³⁰ en el sur. Ahora ya está en su finca, nos recibe tranquilamente como una *sulista*, nos ofrece el *chimarrão*, marca registrada de los migrantes *gauchos*, símbolo de hospitalidad.

Somos ‘gente del sur’, dice ella con orgullo, se apoyando en una identidad transitoria, no fija, pero necesaria. Al nos acoger, sentamos en la barandilla de la casa y dice a ella que mi objetivo era oírla. Oírla narrar, contar sus historias de migraciones al Paraguay, su vida allá en el ‘otro lado’, como ella misma se refiere, y de su retorno al Brasil y la lucha por la tierra. De inmediato nos destaca que

28 María es una campesina, asentada, migrante, brasiguaya, 56 años, que vive en el Asentamiento Santo Antonio, en Naviraí, MS. Madre de 3 hijas, ella vive sólo en una finca y es líder comunitaria. ENTREVISTA María A. Neto Neves. (áudio-mp3). Produção: Losandro Antonio Tedeschi. Dourados: UFGD, 2013/2014. 230 min. (aprox.), son.

29 Conforme señala Marcia Anita Sprandel (2005, p. 26): “La travesía de fronteras político-administrativas internacionales posee una suerte de circunstancias al sujeto en desplazamiento, sobre todo en lo que se refiere al control de los Estados Nacionales, generador de tipologías, identidades y criminalizaciones. Esa es la importancia de etnografías que buscan saber cómo grupos sociales narran su historia y la historia de vida de sus miembros, a partir de categorías propias. Pensar los grupos sociales con la categoría “migrantes” y sus desplazamientos como “migración” tienen, histórica y políticamente, oscurecidos situaciones y distintas trayectorias de vida, rechazando el rol fundamental de las estrategias de reproducción social en la toma de decisión a los cambios espaciales y adaptaciones de nuevos escenarios”.

30 Utilizo el término “*lugares llegados*”, “*lugares dejados*” bajo la concepción de Goetttert (2006).

ella es sólo una de muchas otras personas que podrían contar algo sobre este proceso.

Mi propósito era oír y registrar esa memoria femenina³¹ olvidada, borrada, un recuerdo no registrado en las páginas de la historia regional brasileña. Suely Koffes (2001) destaca que la memoria, materia-prima de la historia, es construida en este juego de olvido y recuerdos, en los conflictos entre los agentes que permiten recordar o prohíben olvidar. Entre el narrable y el no narrable.

Sentamos alrededor de la meza en la barandilla de su casa, apagó la radio en la cocina, puso un mate y dice: “¿profesor, mi *estoria* te servirá a la investigación? En este momento pensé inmediatamente en lo que hace muchos años lo ha dicho Michelle Perrot (2005) en lo que se refiere a las memorias silenciadas, olvidadas, sobre lo que Bourdieu (1995) señala que las mujeres presentan una mirada colonizada de ellas mismas, o mismo bajo Genevivié Fraisse (2012) en lo que se refiere al consentimiento femenino, como producto perverso de la dominación masculina. Respondí afirmando que son estas memorias, o recuerdos, que hacen la propia historia se construir de otra manera integrando su historia individual a la historia de la humanidad. Conecté el grabador y le dije que podría empezar a hablar. Inmediatamente se puso a decir:

Salí de mi casa en Corbélia, en Paraná, tenía 9 años, y trabajaba en el campo, vivía en un pueblito, recogía nudo de pino en Cascavel, en algunos períodos. Era muy triste porque no podía recoger mucho de ellos en la mano debido a los muchos espinos, y ahí a los 15 años yo hui [risas] en un marzo en un domingo de pascua, no suportaba más aquella vida y fui a Cascavel, viví en la ciudad, trabajaba de todo un poquito, era muy jovencita y un día decidí me casar y que nosotros íbamos al Paraguay. En 1974, yo fui al Paraguay, y sólo dejé el país definitivamente con 45 años [...] un tiempo en que quedamos en un barraco un poquito aquí un poquito allá, sin destino. Fue en 1974 que nosotros nos cambiamos hacia Santa Helena en Paraguay. Fuimos a Puerto Adela, recogí las ropitas y puso dentro de una maleta yo y mi esposo. Apenas los dos, y fuimos porque la vida no era buena aquí en Brasil, no había tierra, empleo, la situación era muy difícil.

31 En el punto de vista de Michelle Perrot.

Al expresar su salida del Brasil como “yo hui” doña María nos remite al entendimiento de una experiencia marcada tempranamente por el sufrimiento y trabajo duro en el campo. Entre vivir y resistir en el local, ella optó por huir. Irse al otro lado. Quizá el huir tenga que ver con una posible oportunidad de mejorar, huir del problema de no poseer una tierra suya. Las condiciones materiales del momento, ausencia de tierra, problemas con la familia, la dictadura militar, la censura, etc.

Al destacar las migraciones femeninas bajo el punto de vista de los estudios de género, evidencia que para muchas mujeres que salen en búsqueda de nuevas condiciones de vida, también representan el deseo de “huir” de un modelo de sociedad sexualmente opresora, jerarquizada, dónde la familia es uno de los espacios que recrean y reproducen la desigualdad de género y de los roles sociales.

Jones Dari Goetttert (2008), al investigar las migraciones internas en Brasil, destaca los efectos motivacionales de las personas que migran, y los recuerdos de los ‘lugares dejados’, casi siempre lugares marcados por el sufrimiento, en contrapartida de la expectativa en el lugar en que se está llegando, encontrado.

Fuimos de Cascavel – PR hacia Puerto Adela, Paraguay vivimos 5 años... trabajábamos en la tierra, vivíamos en una finca de un brasileño, fuimos a una *pose*, dónde el sujeto compraba el derecho del otro, vivimos en una *pose* de un compadre y fue allá que nació las hijas [silencio]... yo ya tenía las 3 hijas cuando salí de Puerto Adela. Quedé 30 años en Paraguay, la tierra se vendía el derecho y se compraba, plantábamos maíz, algodón, frijoles, sólo nosotros, los dos, vida muy difícil, sin seguridad, con miedo.

El momento del cambio y de la adaptación de doña María a otro espacio se daba por el vínculo con otras familias brasileñas del Paraguay. Nuevos lugares, distintas personas, ajustes que precisaban ser hechos, sea en la adaptación de roles, atribuidos a cada uno en el proceso migratorio para el Paraguay, doña María empieza a construirse como sujeto, al enfrentar otro espacio, otro lugar y haber que convivir activamente en esto espacio, a través de su trabajo.

Al oírla, vamos perfectamente comprendiendo la mezcla de los ámbitos públicos y privados, sin duda, ahora como sujeto de un mundo campesino, más allá de la frontera, siendo parte de un nuevo micro-soma social, que afecta

la forma como miraban las dimensiones del público y privado, del masculino y femenino, con significativas relaciones con el cotidiano de Brasil.

“Nadie me ayudó”

La memoria de las mujeres brasiguayas,³² apoyadas en distintos roles sociales, impuestos por la cultura patriarcal es marcada por representaciones de género venidas de sus trayectorias individuales y colectivas. Al hablar y al oír las, vemos que estos distintos caminos son, a su vez, contruidos por muchas variables, como el contexto social, cultural, nivel de estudio y participación política, etc. Son las experiencias y maneras de vivir de cada mujer que define sus formas de recuperación de la narrativa sobre el pasado, incluyendo la manera de narrar.

El desplazamiento a un nuevo territorio, provoca incertidumbres, en que las personas involucradas en el proceso buscan formas de adaptarse a la nueva situación. Crean, entonces, un espacio intersticial que Homi Bhabha denomina *entre-lugar* (BHABHA, 1998, p. 19), o tercer espacio:

Nos hallamos en un momento de tránsito en que el espacio y el tiempo se mezclan para producir figuras complejas de diferencias e identidades, pasado y presente, interior y exterior, inclusión y exclusión. Eso porque hay una sensación de desorientación, un disturbio de dirección, en el “más allá”: un movimiento exploratorio incesante, [...] para allá y aquí, para adelante y para atrás.

La migración, al desplazarse, esto es un acto de estar dispuesto a esto ‘entre-lugar’,

Al llegar allá fue muy sufrido, todo muy diferente, desconocido, para ir a la iglesia todos íbamos a pie. El momento más difícil era cuando era para tener los hijos, no tenía con-

32 Para FABRINI (2010, p. 15), “el sujeto social brasiguayo fue construido en el proceso de salida del Paraguay y lucha por la tierra en Brasil en la década de 1980, o sea, un sujeto construido en los movimientos sociales de lucha por el territorio negado en Brasil y en Paraguay. Por lo tanto, fue un contexto de luchas y resistencias realizadas en los movimientos sociales que se construyó el sujeto social, incluso la denominación brasiguayo”.

diciones para nada, sin hospital, todo por partera, yo quedaba con miedo de la partera, yo no conocía ella y no tenía seguridad. La gente sufrió mucho, y Luiza [la hija] la parí sin partera, sin medicinas, sin acompañamiento médico, nada. ¡Tuvo la hija sólo! No tenía dinero para nada en aquél sitio.

Al decir que era *todo sufrido por allá*, la narrativa de la vida de doña María presenta una especie de cartografía, como se la memoria de ella misma vinculase estrechamente a los sitios en que residían, a las viajes y cambios domiciliarios a lo largo de su historia. La atribución de sentido al curso de sus vidas (y la evaluación moral que la acompaña en la construcción de los enredos) está íntimamente vinculada a los espacios recogidos y a los sentidos que atribuyen a estos espacios, de modo que la elección de los episodios a la narración autobiográfica privilegia situaciones o acciones que envuelven el abandono, la búsqueda y ocupación de lugares y viviendas.

En lo que se refiere a la segunda condición (género), las historias autobiográficas de los narradores construyen sentidos importantes sobre el femenino en aquél contexto socio-cultural, enfatizando, particularmente, el empoderamiento femenino de estar sólo y cuidando de los hijos. De hecho, en su propia historia, las mujeres involucran en las trayectorias de sus familiares y percibe que su historia se mezcla con la familia, los desplazamientos, matrimonios, dificultades y violencia.

La metáfora del proceso es tejida a cada dificultad superada, articulando su vida a los nuevos desafíos que están por venir. Ellos ultrapasan la vida personal, el vivido es evaluado como sufrimiento, una experiencia que, al memorizarla, ultrapasará generaciones y que confiere sentido al conjunto de desdoblamientos en que ellas fueron las protagonistas o las observadoras. Ellas reconstituyen así su memoria personal en la mezcla con la memoria colectiva, haciendo el uso creativo de la manera como describen su pasado, conectando su existencia a de una colectividad pasada y presente.

Tal cual Assis (2011), las formas de narrar y las formas de concepción que les acompañan tornan modelos que estructuran la experiencia, siendo útil tanto para evidenciar los caminos del pasado como para dirigir la narrativa hasta el presente y el futuro. Así, una vida no es sólo como pasó “pero como ella fue interpretada y reinterpretada, contada y recontada” (ASSIS, 2011, p. 6). Ante las distintas experiencias de dolor – del matrimonio, los hijos, la pobreza, las limita-

das perspectivas – el vocabulario sufrir y sus equivalentes dominan la narrativa, aclarando un aspecto doloroso al conjunto de la historia.

La historia de Doña María y de tantas otras mujeres brasiguayas nos presenta una suerte de hibridación sobre el lugar llegado y la nueva identidad de género asumida,

Ya estaba sin marido porque me separé [...] las cosas estaban muy difíciles, tuvo que me adaptar en aquél espacio, casi no había lo que comer [...] y un día puse un pollo en el brazo y salía a venderlo en Puerto Adela. Caminé por todo el día con el pollo en el brazo y no lo vendí, encontraba los pobres de los brasileños con los pollos en el brazo [risas] era un pueblito paraguayo... pero ella tenía puesto de registros esas cosas, pero no tenía hospital, quien poseía condiciones iba al Brasil, venía... pero la gran mayoría no la tenía.

La idea del retorno era algo que no abandonaba a doña María, “*quien tenía condiciones de ir a Brasil, venía*”, una herida que no se curaba. El retorno siempre presente en el cotidiano, confrontando con una adaptación forzada por las circunstancias de la vida, un intento de adaptación de enraizamiento³³ en el nuevo lugar.

Doña María sabe que no puede volver, pero hay que enfrentar el presente, mismo que la lucha cotidiana de la resistencia y de la construcción exija una mirada adelante, mirase hacia el futuro, pero el pasado tiene su espacio en la memoria. Jones Dari (2008, p.135), señala que la migración es un sendero con “placas de señalización apuntando adelante, por detrás de ellas solamente los grabados de los recuerdos y pocas setas de retorno”. El sentimiento de ir para un lugar para una vida mejor exige la comprensión de que ‘el lugar dejado’, el lugar de origen se agotó o no más ofrece la posibilidad de vida.

33 Segundo WELL (2001), “Los seres humanos poseen una raíz por su participación real, activa y natural en la existencia de una colectividad que conserva vivos algunos tesoros del pasado y ciertos presentimientos del futuro. Participación natural, es decir, que vienen automáticamente del lugar, del nacimiento, de la profesión, del ambiente. Cada ser humano precisa de múltiples raíces. Precisa saber casi la totalidad de su vida moral, intelectual, espiritual, a través de las formas de que hace parte naturalmente” (WELL, 2001, p. 8).

[...] no más tenía cómo retornar al Brasil [...] de Puerto Adela continuamos siguiendo dentro de Paraguay. Voy a la frontera (Cerro Fortuna), eso fue en 1980. Era alrededor de 30 kilómetros de la ciudad de Sete Quedas, era monte cerrado, el primer a socorrer era un tal de “doctor de los indios”, un alemán que daba medicinas a los indios. Fuimos hacia Cerro Fortuna para quedarnos cerca de los parientes. Hacia 9 años que estábamos rodeando con las maletas si acercarse de la familia, eran bastantes fincas, haciendas, cerca de una aldea de indios, miraban nosotros con desconfianza, el lugar era conocido como el fondo do saco, no tenía rutas adelante, más nada, tenía que volver, era el fin de todo... sin hospital, sin escuela, sin nada, lugar de nadie [...] *final de la rosca* [risas].

Sayad (1998) y Gotterd (2008) nos apuntan que los desplazamientos migratorios son movilidades de personas dentro de un espacio físico o simbólico, desplazamientos que muchas veces no son uniformes, reconfigurando nuevas realidades y espacios sociales. Al decir que “*era el fin*”, doña María está en el límite, no sólo de un espacio geográfico del lugar, pero también toda la representación que este espacio pone ante ella misma, los valores, la familia, el grupo social que quedó etc... Un lugar “*sin nada*”, es una expresión de no pertenecer, de lugar ninguno, y en este sentido ser nadie, extranjera en un ‘*no-lugar*’.

Marc Augé (2015), al señalar el ‘*no-lugar*’ como un espacio de pasaje, incapaz de conferir forma a cualquier tipo de identidad, nos apunta que esos espacios de frontera son permeados por personas en tránsito. Son espacios de nadie, no generadores de identidades, de pertenencia. Mismo que “*cerca de la aldea de los indios*”, “*y cerca de los parientes*”, doña María se coloca fuera del lugar (el suyo de origen) estando al mismo tiempo en un lugar que no es propio, distinto, diferente, “el fin”. No percibí una connotación negativa al destacar el espacio, pero su característica de inestabilidad, transitoriedad de un ‘*no-lugar*’.

No hay como dejar de percibir la angustia en la narrativa, en un lugar desconocido, sin condiciones de cuidado con el cuerpo, las hijas, su condición como ella misma destaca de “mujer sola”. El “lugar de nadie” que doña María expresa es un “lugar distinto”, y por ser en otro país, en una región de frontera es también un “entre-lugar”. Homi Bhabha (1998), al señalar las territorialidades transitorias en experiencias fronterizas, nos pone la experiencia de sujetos *entre-lugares*, como espacios reflexión, de renovación, y de nuevas formas de arreglos sociales. Una

suerte de “temporalidad en construcción y contradicción social que es interactivo e intersticial, una subjetividad insurgente que es interdisciplinar” (BHABHA, 1998, p. 315), espacios de frontera, de contactos con el otro, producción de nuevas subjetividades que son resultados de la mezcla entre nuevas representaciones y estrategias de supervivencia. Hay un extrañamiento entre mundos, *el de allá y el de aquí*, que van, a los poquitos, creando micro-realidades y puntos de contacto con aquél que es considerado una experiencia o historia marginal³⁴.

[...] al final, de tanto sufrir la gente acaba por recordar, hoy con alegría esto sufrimiento; en aquél lugar nació mi hija más nueva... y con tres meses le dio la neumonía... no tenía ningún dinero... yo tenía que inventar cosas para sobrevivir. Puse unas carteras de arroz en un camión para vender y nos embarcar. El camión tenía sólo una luz, y llovía mucho, se atando... y fuimos por la ruta y llegamos en Sete Quedas... el doctor la examinó y dijo que la probabilidad de vida era muy poca... “si morir, usted no queda triste porque usted demoró mucho a traerla” y ella escapó por un hilo de línea... mi hija [lágrimas]. En esto lado de la frontera las medicinas del doctor de los indios no resolvían estos problemas.

Es importante observar que Doña María interpreta las dificultades que vivenció como una suerte de estrategias de resistencia, una ingeniosidad y arte del cotidiano, “puso unas carteras de arroz para vender”. Esas estrategias del cotidiano son marcadas por la multiplicidad de acontecimientos que, al punto de vista de las personas, no pasan de continuidades de un contexto mayor. Es lo que Michel de Certeau (1994) destaca como las micro-resistencias, de las creaciones anónimas, de las practicas que el autor denomina como forma peculiar, como “artes” para resistir, comer, hablar, vivir, cuidar, “maneras de utilizar sistemas impuestos” (CERTEAU, 1994, p. 79).

34 Destaco que la expresión “historia marginal” es aquí entendida como aquella historia del sujeto que está al margen de cualquier espacio social, político, económico, llegando al que Michelle Perrot señala como “la historia de los excluidos” de las mujeres, negros, etc... que no existían para la historia, e integran la desigualdad sexual, la marginalización, la devaluación de las actividades femeninas, confirmada por el silencio historiográfico. En lo que se refiere a las mujeres, ellas poseen una historia y que es perfectamente posible escribir “otras historias” a través de los vestigios dejados por ellas.

Esta narrativa está en las márgenes y no significa, según Certeau, como algo del centro, sino sorprendentes desdoblamientos de condiciones anónimas, en artes cotidianas, que modifican lo que es dado, rehaciendo lo que está puesto. Por la supervivencia, doña María crea “tácticas y astucias” en favor de otra supervivencia. Son estos los detalles narrados que presentan gran importancia a los intereses de la colectividad que migra en su contexto, en las dinámicas internas de los grupos migrantes, en micro-política, en micro-poderes, en los espacios fronterizos que se articulan las diferencias y que luchan por particularidades para una vida mejor.

“Quedé sola y casi abracé al perro”

La migración femenina hacia Paraguay, desde los años 70³⁵ no fue un proceso linear, pero con desvíos de transito *de allá y de aquí* (GOETTERT, 2006, p. 110) retornos, idas y regresos. La multiplicación de los “lugares llegados” y de los “lugares dejados” en los desplazamientos fronterizos no es casualidad, constituye o forma una estrategia, por la cual los espacios vuelven experiencia del vivido y son considerados como recursos en un proceso acumulativo de experiencias “otras” de “tierra peor” y “tierra mejor”. O sea, independiente de las expectativas construidas en el lugar de destino, las trayectorias migratorias son dependientes del ciclo de vida de las mujeres migrantes. Un hecho importante es, sin duda, un matrimonio, o la crisis de la producción de la pequeña propiedad familiar en Brasil por la ausencia de tierras. Pero el planteamiento del ciclo de vida, tanto individual como familiar, es el punto central que define las trayectorias migratorias. Los usos de los espacios, de la reproducción de los mismos tal cual el planificado, orientan la movilidad y la autonomía de las mujeres migrantes.

Campos y Cardoso (2014), al analizar las trayectorias migratorias de las mujeres en lo que se refiere a su ciclo de vida, observa una estrecha relación entre

35 De todos los motivos apuntados por gran contingente de inmigrantes brasiguayos, está la construcción de la Usina de Itaipu, la modernización de la agricultura en Brasil y en incentivo del gobierno paraguayo en la época militar, la crisis con la escasez de tierras en Brasil, además la imposición de dificultades a la permanencia de estos sujetos en Paraguay debido a la modernización del campo, desarrollo del agronegocio y la inestabilidad jurídica de los títulos de las tierras en el “lado” paraguayo. Ver: Baller (2014).

las dos estructuras. El ciclo de vida, sobre todo el matrimonio y el nacimiento de los hijos, es planificado en función de las etapas migratorias recorridas y del uso estratégico de cada uno de estos espacios. De acuerdo con el momento del ciclo de vida en que se encuentran estas mujeres, son identificados por ellas distintos recursos en etapas migratorias iguales. Es interesante observarnos que la movilidad de las mujeres para otro territorio, sus pocos bienes e informaciones que les son asociadas, en distintos espacios articulados crean una desterritorialización de los roles de género.

Deleuze y Guattari (2012), al pensar la territorialización y la desterritorialización como procesos concomitantes, apunta que es fundamental comprender las prácticas de desplazamientos. El problema en analizarlos estas dos categorías bajo el punto de vista de los estudios de género es descubrir cómo ocurre la construcción, la destrucción o el abandono de los territorios humanos. Cuáles son sus componentes, sus agentes, sus intensidades – para utilizar los términos de Deleuze y Guattari.

Felix Guattari en el libro “Micro-política: cartografías del deseo”, destaca:

La noción de territorio es comprendida aquí en un sentido más amplio, que ultrapasa el uso que hacen de él en la etología y en la etnología. Los seres existentes se organizan en territorios que les delimitan y les articulan a otros existentes y a los flujos cósmicos. El territorio puede ser relativo tanto a un espacio vivido, como a un sistema percibido en el seno del cual un sujeto se siente “en casa”. El territorio es sinónimo de apropiación, de subjetivación cerrada en ella misma. Él es conjunto de proyectos y representaciones en los cuales va desembocar, pragmáticamente, toda una suerte de comportamientos, de inversiones, en los tiempos y en los espacios sociales, culturales, estéticos, cognitivos (GUATTARI; ROLNIK, 1986, p. 323).

Al migrar para “el otro lado”, el “otro territorio” doña María sigue, con lentitud, al encuentro de prácticas de desestabilización de representaciones calculadas en figuras clasificatorias de los géneros, sean ellos sexuales, raciales, étnicos, u otros. Al decir que “el doctor de los indios” no resolvía el problema de su hija, y “todo era en el monte”, ella está en un movimiento de fuerzas/reflujos dibujando algunas composiciones y deshaciendo otras; que podrían ser posibilidades de cambios, o de justificativas para estar en aquél lugar, aglutinaciones de nuevas

realidades y lugares produciendo distintas miradas sobre sus emociones en aquel momento. Suely Rolnik (1996) apunta que:

Es visible el mal-estar que esta disparidad moviliza: hay siempre uno o más personajes tomados por un inexplicable estado de desterritorialización, como que perdidos en una tierra desconocida sin, con todo, siquiera haber salido del lugar. Son los momentos en que los personajes más se apegan al género, como una suerte de tabla de salvación; pasan a reivindicar en altos gritos y, rabiosamente, atribuyen al género opuesto el origen de su intranquilidad. Este estado nos lleva a agruparse y el tumulto entonces se incrementa (ROLNIK, 1996, p. 119).

La desterritorialización es un movimiento por la cual se abandona el territorio, “es la operación de línea de fuga” y la reterritorialización es un movimiento de construcción del territorio (DELEUZE; GUATTARI, 1997, p. 224); abandonar el territorio, es seguir hacia el inesperado, el nuevo.

Deleuze y Guattari afirman que la desterritorialización³⁶ y la reterritorialización son procesos indisolubles. Movimientos de desterritorialización llevan al movimiento de reterritorialización. Este proceso de desterritorialización es percibido como una ruptura en las estructuras que ya por un tiempo han sido establecidas y que asusta, sobre todo, por cambiar el cotidiano, las relaciones, el espacio y es percibido y valorizado cuando se tiene la seguridad de que será transformado, generando, posteriormente, angustia e inseguridad a la población ubicada en la nueva localidad. Guattari y Rolnik son muy claros:

Jamás nos desterritorializamos solos, sino con mínimamente con dos términos: mano-objeto de uso, boca-seno, rostro-paisaje. Y cada uno de los términos se reterritorializa sobre el otro. De forma que no se debe confundir la reterritorialización con el retorno a una territorialidad primitiva o más antigua: ella implica un conjunto de herramientas

36 Me gustaría de señalar que esto es un tema extremadamente complejo y amplio en el pensamiento de los autores. Un análisis de la desterritorialización, bajo la perspectiva de género, implica en una reflexión absolutamente más amplia. Nuestro esfuerzo, en este texto, presenta algunas de sus características y apunta cuestiones desafiantes en esta temática, sin la pretensión de encerrar el debate.

por los cuales un elemento, el mismo desterritorializado, sirve de territorialidad a los términos fundamentales como “cuerpo” y “actos” muevan al otro que también perdió la suya. Así todo un sistema de reterritorializaciones horizontales y complementares, entre la mano y la herramienta, la boca y el seno (GUATARI; ROLNIK 1996, p. 41).

La nueva territorialidad se diferencia por las relaciones que en ella se producen y reproducen. Y para las mujeres, esas nuevas relaciones traen marcas de las representaciones de género de los “lugares dejados”. Representaciones que necesitan se adecuar o se romper.

De allá, del “*fin do saco*”, salimos y fuimos a Catuete y en esto momento yo me separé, no soportaba más, pues era muy sufrido todo esto [...] y ¡el miedo de regresar a Brasil y pasar hambre! Dios me salve. Así yo trabajé como ayudante de cocinera, trabajé de todo un poquito, cargué camiones con madera, trabajé en un serraría, me faltó solo abrazar el perro [...] de tan complicado [...] nosotros no aguantábamos, en la ciudad tenía que trabajar para pagar el alquiler con 4 hijas... estaba jodida [silencio]. Con 4 hijas, el ex desapareció y quedé sólo con 4 muchachas. Pensé en regresar a Brasil, pero la vida estaba muy complicada en Brasil, yo quedé en Paraguay... la más joven tenía 3 años y la más vieja 10 años, fuimos vivir en una finca. Allá ¡la “*cobra fumou*”! Rozé la mata, allá era un sitio de origen, hasta los paraguayos hablaban el alemán, solo gringo y alemán. Allá las mujeres casadas solo con brasileños. Rozamos la mata, derrumbamos, la gente hizo un cultivo muy largo de soja. Sacamos la madera cargada en carrocería y la traíamos a la serraría. Cortábamos aquellas carrocerías con caña. Hacíamos el melado de caña. Teníamos vaca, sacábamos la leche, allá era más fácil de vender las cosas. Yo hacía queso, vendía, había que conseguir dinero por todo el lado.

La gana de doña María por decir su historia es muy grande. Al hablar de ella misma a partir de sus dificultades personales apuntadas, el matrimonio, el divorcio, el trabajo pesado, se observa en la narrativa que el cuidado con la familia es fundamental, “se casaba solo con brasileños”. Al no hacer referencia a su vida actual, y al decir que “aquel todo ya ha pasado”, hay una característica importante en la narración. Ella se presenta como una trabajadora, se describe fundamen-

talmente como “alguien capaz de hacer todo” y mientras habla de ella misma, reflète el espejo de su vida pretérita. Hay las entre-líneas, en esto ‘entre-lugar’ un silencio propio que es testimonio de una verdad que necesita ser llamada, no mencionada. La cuestión de la violencia de género “*me divorcié y no aguantaba más... todo muy sufrido*”³⁷.

La manera como ella describe su vida demuestra lo que es considerado el universo principal de las mujeres que migran – y que puede perfectamente ser percibido en las entre-líneas del discurso – el confronto con el mundo masculino: “*una mujer siempre tiene lo que hacer y nunca para en función del marido*”. Observase que los relatos son marcados por grandes desgastes físicos y emocionales, “*no más suportaba y me separé*”, del incremento en los problemas de género y las debilidades emocionales. Seguramente son cicatrices de un momento que todavía no se ha cerrado y que, al recordarlas, traen el dolor. Pero, particularmente pienso que va más allá, por más duras que sean las condiciones en la frontera – las largas jornadas, el bosque, los mosquitos, el hambre, el otro, la cerca, la policía y mala nutrición, “era el fin”, “no tenía nada que comer”, las narrativas no terminan como una denuncia, un arrepentimiento, sino un desahogo por la dificultad encontrada.

En Catuete después de 3 años yo conocí un hombre, pensé: voy me acostar en este árbol que hay hojas [risas]. Por casualidad me hospedé en un hotel y surgió un matrimonio para mí y conocí el camarada... Ojalá yo ajusté ahora, ¿no? [risas] Si él aceptar mis hijas yo me caso con esto señor, ¡yo lo he dicho! Y así juntamos los paños. La vida fue más tranquila por un tiempo. Vivimos allá alrededor de tres años y volvimos a La Paloma, porque las cosas empezaran a empeorarse. Allá en La Paloma es que fui trabajar de sepulturera. Fui a La Paloma porque los hijos de él no más querían trabajar en la finca, y como yo no era dueña de nada tuvimos que salir. Trabajé 1 año y seis meses como sepulturera... cosechaba algodón, vivíamos provisoriamente en un terreno, para que usted vea como la vida era complicada... tenía el agua potable, pero no tenía las duchas, que sufrimiento cuando me recuerdo [...] el baño era por fuera no había ninguna privacidad, la gente tenía que esconderse

37 Esto no quiere decir que este asunto se desarrolló sin ninguna censura, de espacios no percibidos en el dialogo. Hay momentos de silencio sobre hechos pasados, percibidos en las entre-líneas en la conversación.

para bañarse... era muy difícil y todo lo que usted hacía no generaba nada, la vida era muy difícil... era muy difícil, todo en la vida fui sólo. Tenía mis 4 hijas cara cuidar... no cuenta tener un marido en estos momentos, pero yo siempre fui sola... en ningún momento podría pensar en dejar de trabajar... pensar en la comida... comprar un short de xita [risas] para las muchachas... La gente precisaba ganar, dónde surgía dinero, nosotros hacíamos... después que hacemos esto tipo de servicios no lo deja de hacer. Abriendo la sepultura para colocar al lado del otro ataúd, ahí surgió algo en mí y pensé: ¿Por qué yo estoy en esta vida? Ahí le añoraba los hijos y se terminaba la tristeza, estaba embarazada de mi quinto hijo cuanto fui a sepultar un niño que murió, y yo pensé: ¿qué estoy haciendo? [silencio y lágrimas] fue muy difícil.

Un análisis más profundizado permite verificar que ni las circunstancias que motivaran el hecho “me casé de nuevo”, el hecho constituye el dato más relevante en la vida de esta campesina migrante. Lo que parece realmente importante en la narración de doña María es su actuación mientras narradora. “El narrador saca de la experiencia lo que él describe: su propia experiencia o la relatada por otros. Y incorpora las cosas narradas a las experiencias de sus oyentes” (BENJAMIN, 1994, p. 201).

Así, los relatos de vida y de vidas, son una reflexión del presente entre las suposiciones y saberes que organizan un mapa describiendo los caminos y los desvíos, entre las informaciones que marcan esta trayectoria. Algo que, dependiendo de la escala, viabiliza una representación más cerca de la realidad del espacio vivido, la manera cómo reaccionó ante la situación, como trata el nuevo matrimonio, su propio comportamiento y acciones ante el cotidiano de la frontera. Las desgracias, el trabajo sin valor, los peligros, el sufrimiento, sirven para evidenciar su coraje, “*trabajé de sepulturera*”, “*abrí la sepultura para enterrar, que tristeza*”. Su resistencia, determinación, su capacidad de soportar la situación, de intentar salir de ella: “*marido no cuenta en estos momentos*”, “*todo muy difícil*”.

Al pensarnos sobre la narrativa de Doña María, súbitamente nos llega la pregunta: ¿qué es tener una historia? Podríamos pensar que tener una historia es pasar por grandes cambios, grandes acontecimientos que se materializan en el registro de los documentos dispuestos en los archivos, o podríamos decir que la historia se hace en el entre-cruzamiento de marcas y hechos que tangencia la

oralidad de aquellas que fueron silenciadas sin consentimientos, en un permanente entrelazamiento de continuidades y rupturas, de coexistencias de tiempos vagarosos y rápidos. Pero, la historia, la historia de las mujeres continua,

[...] ese hilo de Ariadne, recorriendo el laberinto del tiempo. Pues del Gineceu a la casa rural, o burguesa, de la polis griega a la democracia contemporánea, habían comunicaciones de los corredores que no existían en el mismo grado en los otros capítulos de la agenda histórica... esos lugares de la historia de las mujeres pueden ser recorridos sin que nos sintamos completamente desplazadas [...] la historia de las mujeres no cambió mucho el lugar o la condición de estas mujeres. Sin embargo, permite les comprender mejor. Ella contribuye a la conciencia de ellas mismas, del cual es seguramente todavía una señal (PERROT, 2005, p. 25-26).

“En la vida siempre lo hizo todo sola”, tiene como componente principal el esbozo de su topografía, un paisaje dónde produce una verdadera etnografía en la reconstrucción de un cotidiano, de maneras de vida y prácticas culturales y sociales. Este “lugar de las mujeres”, que es “solamente una señal”, como destaca Michelle Perrot (2005) involucra el vivido a través de palabras, imágenes, discursos y situaciones que caracterizan el día-a-día en el otro lugar: enfermedades, violencia, muerte, política, asesinatos, trabajo, fiestas y esperanza. Otorgase a doña María el poder de decir, decirse, decirnos, el poder de narrar con su singularidad un mundo donde todo es o no lo es, un lugar en tránsito: entre campo y ciudad, entre “atraso y desarrollo”, entre el “fin y el comienzo”.

El “entre-lugar” se abre, rutas en múltiples veredas, en una red de caminos, poblados por mujeres que se desplazan, en un va y viene constante, y ahí se combinan, se entrelazan, conviven y se confrontan, en cierto sentido, en las distintas prácticas de género. Constituyen una trama, de un nuevo espacio/lugar intentando involucrarse. *“Había agua potable, pero no la ducha [...] que sufrimiento cuando me recuerdo [...] el baño era por afuera, no había ninguna privacidad... la gente tenía que esconderse para bañarse”*. Hay una polisemia de sentidos en la narrativa de doña María, al oírla decir de la no privacidad sobre su cuerpo, yo observaba su expresión facial, su tono de voz, sus risas. Esbozando cuestiones de su movilidad, existencia y como consecuencia un substrato de la escena en su “hilo de Ariadne” narrativo intentando aceptar o se adaptar en el nuevo lugar.

Goetttert (2006) ejemplifica:

[...] pero los sujetos que participan de los lugares son tanto sujetados por los jeitos como sujetos de sus propios jeitos. Jeitos, su-jeitos y sujetados – de los lugares de aquí y de los lugares de allá, participan del nuevo lugar y de él/en esto participan de la producción/reproducción de su jeito (GOETTERT, 2006, p. 192).

En este nuevo lugar, de “jeitos y sujetos” distintos, habiendo la voz de las mujeres en el protagonismo de la narrativa, nos lleva a recordar una pregunta de Paul Ricoeur (*apud* Koffes, 2001, p. 123), “¿cómo podríamos hablar de historia de vida, historia de una vida, si ella no estuviera reunida y cómo estaría reunida sino en forma de narrativa?” Suely Kofes (2001), al analizar las tramas y enredos de personajes, apuntan que es indisociable la historia de vida con la narrativa, una historia marcada por las experiencias, una “narrativa de vida como la vida vivida”.

Pero la historia no para [risas], separé del segundo marido, con él estaba nueve años juntos, y nuevamente nos cambiamos a La Paloma, cambiamos de ciudad. Abrimos un bar, yo y mis hijas, y de aquél bar tocamos la roza y también vendíamos de todo. Arrendábamos la tierra [...] eso fue en el final de la “región do saco”. Todavía en este período yo siempre “*rolando*”. Porque yo no nací para ser mujer ama del hogar... no nací para arreglar la casa... nací para ser tatú... cavar. Trabajo en la roza, mi tarea es manejar la tierra... plantar, cosechar... [Ella retorna a la historia de La Paloma en que salía a las 3 de la madrugada para cosechar algodón] como un *bóia fria*... Fui trabajar de cocinera... me gustaría quedar en casa... pero “*el caso*” nosotros cargamos [risas] por eso la casa es mía. ¡Yo la construí! Volví a mi casa y volví a Catuete... mi hija ya tenía un trabajo en una boutique... ya estaba separada... en Catuete que yo vine para el barraco en Brasil...

Al separarse de su segundo marido, doña María asume con sus hijas el protagonismo de sus vidas. “*Separé de nuevo*” y “*tocamos un bar*”. El migrar también es un constante des-hacerse de relaciones, sobre todo de género, que a los poquitos van tornando menos duras, pues el matrimonio y la madurez van vagarosamente

se desterritorializando con otras aspiraciones que hasta entonces eran marcas de un mundo privado, propio de la historia femenina. “*Yo no nací para el matrimonio*”, es la seguridad de que la autonomía y la libre escoja pueden ser una necesidad de vida en el espacio fronterizo.

Al lograr autonomía en el trabajo y en la vida, decide separarse de los vínculos amorosos, eligiendo a su vida nuevos desafíos. Esa libertad de elegir, “*cambiamos nuevamente*”, viabiliza libertad y un protagonismo a sus relaciones y sus cuerpos hasta entonces imposibilitada por el contacto sexual³⁸ tradicional. Waitzman (1994) señala que la inestabilidad de los vínculos amorosos y familiares en contextos no tradicionales llevan a las mujeres a una libertad de elegir, y un mayor conflicto entre el individual y el colectivo y el colectivo en relación al matrimonio.

Entre los lugares de los cuales doña María no se aleja, pues está siempre en su narrativa, es la tentativa de mantener su casa. “Me gustaría de quedar en mi casa, el “*cusco*” la gente carga siempre”. Lugar por excelencia, para las mujeres migrantes brasiguayas, la casa, el nuevo lugar es dónde la sensación de pertenecer, el confort y la seguridad existe. Al destacar su casa, Doña María, intenta hacerse nuevamente en este espacio, un lugar personificado del individuo, en el cual cada detalle es un reflejo de sus voluntades e intereses. Michelle Perrot (2011), al señalar el hogar, como un lugar que cristaliza el espacio y el tiempo, destaca Michel Foucault, al referirse:

Debería escribir una historia de los espacios – que sería al mismo tiempo una historia de los poderes, desde las grandes tragedias de la geopolítica hasta las pequeñas tácticas del hábitat, de la arquitectura institucional, de la clase, o de la organización hospitalaria (...) la fijación espacial es una manera económica y política que necesita ser estudiada más detalladamente (FOUCAULT *apud* PERROT, 2011, p. 16).

El espacio de la casa es dónde alguien busca su lugar en el mundo. Doña María, al cuidar de su casa, al mismo tiempo reconstituye a ella misma. Eduardo

38 Pateman (1993) demuestra, a través del contrato sexual, como se establece el patriarcado moderno y la dominación de los hombres en relación a las mujeres. Ella examina el significado de la ficción política del contrato original al presentarse como asegurador de la libertad individual. Esas relaciones son ejemplificadas en contratos que hacen parte de la vida cotidiana, como el matrimonio, el trabajo, la prostitución y el reciente contrato para alquilar embarazos.

Marandola (2010) destaca que:

Acto/proceso de personificar a su casa es que el migrante reemplaza las bases espaciales de su existencia. Tornando la casa una expresión de ella misma, la persona trae en evidencia/convoca a su ser. Personificar la casa es apropiarse, fijarse, enraizarse, siendo, por lo tanto, fundamental al migrante lograr tranquilidad y estabilidad ontológica en el lugar de destino (MARANDOLA, 2010, p. 67).

La casa como *lugar* puede ser comprendido como una convergencia de intereses que son producidos por mujeres y hombres a lo largo de la historia, en distintos lugares, con percepciones distintas. Al acostumbrarse a la casa y a los nuevos “jeitos de los lugares”, las mujeres que migran buscan se reterritorializarse, se confirman como sujetos de estos nuevos espacios.

“La historia no para [...]”: el regreso a Brasil y la vida bajo la lona

Encontré mi comadre, eso era 1999 y ella me dijo que deberíamos acampar para conseguir tierra... y yo estaba tan mal, trabajaba en 4 lugares y limpiaba una escuela por la noche. Lavaba ropa para los otros, limpiaba casas... hasta hoy cuando arrastran las sillas en el piso de una escuela me pasa algo mal... de tanto sufrimiento con esto... así mi comadre me dice: ¿Usted quiere irse a las carpas? Yo le dice que tenía miedo de irme a Brasil, caso sea bueno por allá yo estoy bien... y continué trabajando en Paraguay... Y mi comadre vino me buscar para separar las cosas y traerme a las carpas.

El retorno al Brasil de muchas mujeres brasiguayas, en la década de 90, comprende un amplio espectro de situaciones que implican el retorno. Doña María, al decir que estaba muy mal, nos apunta una situación económica difícil, familiar. Hay una suerte de hechos probablemente culturales, económicos y redes de relaciones familiares que contribuyen a su retorno al Brasil, como las de género, que va desde la educación de las hijas hasta la tentativa de autonomía de sus vidas y de sus cuerpos. Es importante señalar si muchas veces la dificultad de retorno al país de origen no está legitimada por estrategias de dominación social

marcada por un conjunto de representaciones, creencias, valores, ideas y prejuicios provocados por la sociedad patriarcal, “*tengo mucho miedo de regresar a Brasil*”.

Hay un amplio espectro de experiencias femeninas en el proceso migratorio marcado por la violencia de género que impacta directamente en las decisiones del presente, habiendo que regresar a un lugar que en el pasado fue, o lo es, marcado por un modelo desigual de género. Goetttert (2006) va al encuentro de esta premisa al afirmar:

La migración también es un acto de violencia, tanto por las condiciones coyunturales y estructurales que impiden la opción, como también por la desigualdad entre aquellas y aquellos que deciden y que participan de la movilidad. Unas y unos deciden más que otras y otros. La familia es, así, también un *locus* de una violencia un poquito silenciosa sobre todo por aquella y aquellos que todavía no logran la mayoría (GOETTERT, 2006, p. 363).

Doña María, al no aceptar en primero momento la ida “a los barracos de Brasil”, deja expresar un proceso de integración en el “otro lado”, con las “otras gentes”. Es posible percibir que la posibilidad de retorno también provoca una auto-confianza, de auto-estima, una posibilidad de cambiar la vida y avanzar más aún. El proyecto de volver, motivado por su prima, es un proyecto posible a ella y también a los demás inmigrantes, pues la experiencia migratoria es una manera de colocar en escena, como una prueba, pertenecer a un grupo social, una comunidad, como también es un termómetro para poner la fuerza de la cultura y del protagonismo femenino en la búsqueda de reunir los lazos con la comunidad de origen/local, o sea, nuevas perspectivas en un viejo lugar.

Assis (1996) y Scott (2011) señalan que las cuestiones relacionadas a la movilidad y al regreso de las mujeres migrantes, nos demuestran que las migraciones femeninas realizadas solo o a través de redes de solidaridad es formada por estrategias que son colectivas con distintas finalidades siempre marcadas por la búsqueda de autonomía y libertad en la tentativa de redefinir las relaciones de poder y de género. Por lo tanto, la dinámica de las mujeres investigadas está vinculada a los movimientos y a los cambios que ocurren, vía las redes, entre sus miembros ubicados en distintos espacios geográficos en la frontera. Estos elementos – desplazamientos, redes y cambios – se presentan como ejes importantes en la investigación, cuando consideramos las narrativas femeninas de desplazamientos.

Martins (1988, p. 45), al estudiar las migraciones en Brasil, destaca que migrar es más que ir y regresar, es vivir en distintos espacios, aquél que comienzo destacando como “entre-lugares”, temporalidades desgarradas por las contradicciones sociales y culturales. Ser una mujer migrante es vivir las contradicciones en duplicidad; es ser dos personas al mismo tiempo, cada una constituida de relaciones sociales históricamente definidas, marcadas por las representaciones de género; es vivir con el presente y soñar con el pasado, es “hacerse, deshacerse y rehacerse migrante” (GOETTERT, 2006, p. 102). Que se considera a ellas mismas “fuera de la casa”, “fuera del lugar”, ausente, y mismo cuando en términos demográficos tenga migrado definitivamente. Doña María, al migrar y al quedar décadas en Paraguay, no cumplió y no terminó con su proceso de migración en sus dos momentos extremos y excluyentes: la des-socialización en las relaciones sociales de origen y la re-socialización en las relaciones del nuevo lugar.

“Por debajo de la lona usted no es nadie”

En 2001 empiezo la vida en las carpas entre Eldorado y Mundo Novo. Llegamos a las carpas unas 7 horas de la mañana, construimos el barraco en el pasto colonial, daba una cocería tan triste en nosotros que no aguantábamos, yo y mi prima escavando, colocando las tacuaras y arreglando las lonas. En esto momento yo ya tenía otro marido [risos]. Ella, mi comadre, me ayudó a hacer la tienda y así que terminamos de hacerla volvimos a La Paloma en Paraguay para buscar unas *bugigangas* que me tenía sobrado de aquél tiempo por allá. Pasamos aquél día en el barraco. Había un tráfico intenso en la BR, quedamos con miedo de los camiones que parecían que iban a pasar por encima de nosotras. Hicimos la tienda bien en la salida de la alcantarilla, en el asfalto, cuando notamos que llenó de gente alrededor. El divertido es que estábamos en dos o tres carpas en aquella semana y, repentinamente, ya había tanta gente que no más sabíamos dónde salía tantas personas, ¡que agonía! Si alguien lo respiraba nosotros oíamos, no había ninguna privacidad, ni un chillido en la tienda era posible, menos aún aquella cosa [risos].

La posibilidad de cambio en el imaginario de Doña María empezó cuando su comadre la invita ir a “vivir en las barracas”. El cambio es tentar rehacerse ahora nuevamente en Brasil, junto al movimiento de lucha por la tierra³⁹. Es una idea de regreso, no más negativa, pero positiva, de esperanza, en comparación con su realidad en Paraguay. Ella empieza a enfrentar una nueva dinámica cotidiana, desconocida, alrededor de otras personas identificadas por la misma situación económica y social.

“No había ninguna privacidad, ni chillar en la barraca se podía”. De hecho, la vida en un campamento cerca de la carretera dibujaba a María una nueva topografía de relaciones de género, sea en el ámbito privado o en el público, un nuevo protagonismo en las acciones. Hay una gama de conocimientos adquiridos en los años de desplazamientos de doña María, los saberes logrados por la experiencia como sujeto histórico, sirve para recrear lazos de convivencia y unión en el nuevo espacio, como también alternativas de supervivencia.

Mismo sin tener privacidad en la vida cerca de la ruta, estas mujeres re-arreglan el público y el privado, deshaciendo rupturas, transitando por estos dos mundos mostrando sus “jeitos”, sus estrategias en un entrelazamiento de acciones marcadas por su historia cotidiana de resistencia.

Al enfrentar una nueva frente de lucha por la tierra en Brasil, estas migrantes campesinas, además construyen nuevas redes de solidaridad, van construyendo espacios de “decir” que hasta entonces eran exclusivamente masculinos, se involucran directamente en el proceso de construcción de una nueva “perspectiva” en la región, participando de la organización y liderazgo en el campamento como voceras de una experiencia pretérita.

Empezó las reuniones en las barracas, y en otro día ya me metieron de coordinadora. Nació el campamento en el final de día 27 de enero de 2001, fue rodando y rodando este campamento. Quedé 6 meses como coordinadora del

39 El proceso de retorno del migrante brasileño empezó no solamente en razón de los problemas financieros, pero por hechos de orden social y política contribuirán a que los mismos optasen por retornar. El migrante brasiguayo, al migrar, tenía como objetivo adquirir tierra para que, a través de ella reconstruirse su identidad cultural, sin embargo, al llegar al Paraguay esto migrante está delante de otras dificultades que, para Sprandel (1998) eran: la necesidad y el precio de la documentación de migrantes, problemas en la producción y comercialización de productos agrícolas, irregularidades en mercado de tierras y la actuación de las autoridades paraguayas entre los migrantes brasileños.

campamento y después pasé de líder con más 5 hombres y sólo yo de mujer, liderando. Había 720 familias en las tiendas. En estos 6 meses de campamento que lideré sola, lo que más me dejaba triste era vivir en una carpa, quedar cerca del asfalto, con tanto peligro, un local tan malo, como era difícil, con los autos pasando casi por encima de usted. Durante estos 6 meses fue una gran lucha y quedé como coordinadora del pueblo de los brasiguayos, ayudé a conseguir tantos registros de nacimiento, niños sin identidad, sin CPF, personas enfermas, yo no tenía vergüenza de pedir ayuda a los otros... Acompañaba en el Fórum, en la Alcaldía, mujeres embarazadas, no tenía hora para irme acompañar. Conseguí un auto de una manera o de otra, para llevar los necesitados. La gente pasaba hambre, mucha hambre [...] no tenía dinero ni para un salado de la calle. Algo raro que una señora dueña de la oficina de escribano en Naviraí me dice que ya bastaba que yo fui testigo de los nacimientos. Había sido más de 80 veces, sólo en el campamento, testigo de todos.

Hay en doña María una naturalidad al describir esto proceso, una sensibilidad, que al destacar esto momento en la historia de su vida, las significa, las coloca en movimiento, como si fuese un mecanismo de componer pedazos de una memoria olvidada, silenciada, que al ser vivida y narrada demuestra una posibilidad de traer elementos que se vinculan con el imaginario de aquél momento. Son “marcas que los sujetos imponen a sus interpretaciones y a sus existencias, que no están incorporadas a la noción de agente social [...] al señalarnos de las trayectorias y estamos privilegiando el camino, el trayecto” (KOFFES, 2001, p. 24).

Podemos destacar que, al decir “*ayudé a muchas personas*”, ella afirma su protagonismo en el campamento como mediadora en el ámbito de las familias, un rol para tentar re-construir su identidad del “*lugar dejado*”, ante los cambios sustanciales que ocurrieron en su existencia provocada por la migración, cambio de posición y confronto con valores culturales que muchas veces están en conflicto, en lo que se refiere a género, clase y razas:

Como nosotros éramos patanes y todavía lo somos, yo tenía vergüenza de adentrar en el autobús de los alumnos e irme a la ciudad. A veces me confundo con las palabras debido al castellano paraguayo, sé que es muy complicado el

preconcepto con nosotros, los acampados. Vivemos 4 años en las tiendas, en Eldorado yo quedé sólo en el campamento. Se pasó cosas de “cobras y lagartos” en este periodo en las tiendas. Yo dividía la comida con todos, mi comadre me ayudaba, no había lo que comer, pero cuando llegó las canastas del gobierno, que me llamaban para organizar la distribución. Cuando llegaba el momento en que yo pegaba mi comida, yo lloraba. Jamás había ganado comida en la vida, ¡jamás! Ahora yo la recibía... Cuando decían “esa es la canasta de doña María”, que tristeza, jamás había ganado comida de nadie, me sentía mal, me sentía mal de no poder producir mi comida. Jamás había ganado comida de nadie, es muy complicado aceptar eso, para quien ya vivía en Brasil ya tenía esta costumbre de ganar. Ni ropas usadas yo ganaba en Paraguay. Hasta hoy nosotros quedamos desconfiados con las donaciones del gobierno. Recibía las canastas, las distribuía a todo el campamento, y ahí la comida no faltaba en las tiendas, tomaba las canastas de cajas, venía de todo, 2 pacotas de arroz, 4 de azúcar, oleo, pasta, frijoles, sardina, conserva de tomate, pepino en conserva, jamás olvidé la canasta especial de navidad, era muy buena, era una fiesta [risas].

El campamento cerca de la ruta para doña María era un momento de socialización de las dificultades, pero también de pasaje, de inmensas dificultades “*se pasó cosas de cobras y lagartos*”, la vida en las tiendas, el calor, el frío, los insectos, la lluvia, el hambre, ausencia de privacidad, las enfermedades, diarreas, fiebres, bronquitis, asma... la narrativa destacada ultrapasa las memorias que vuelan y vienen, cargadas de significados, con sentidos densos cuando narra.

La narrativa de doña María, deja fuertes marcas, en la expresión de su cara, en el gesto de las manos, la emoción al recordar estos momentos, expresiones que dan sentido a la historia narrada. “La historia de las mujeres no es sólo de ellas, es también aquellas de la familia, del niño, del trabajo, de los medios, de la literatura. Es la historia de su cuerpo, [...] de sus sentimientos” (PRIORE, 2001, p. 7).

Hicimos muchos documentos, campaña para hacer documentos, trabajamos en la iglesia en el campamento, salía tanto bautismo, en el campamento, matrimonios, tantas cosas buenas, pero con muy sufrimiento. La gente hacía hasta assado, hacía una mesa de fiesta para aquel pueblo, fuimos

muy organizados aquel grupo... todos contribuían siempre con el fondo, una cajita para luchar por el pueblo, la lucha se desarrolla porque hay personas que están adelante y personas que les apoyan...

Al destacar su protagonismo en el campamento, doña María mezcla distintos recuerdos y varias dimensiones de la memoria que están involucradas en sus recuerdos que son retazos del cotidiano, así establece relaciones concretas, con las personas, con las creencias, con la solidaridad. El relato es una historia marcada por la experiencia del entre-lugar que no puede ser analizada particularmente, sino como un espejo de una realidad común a muchas mujeres brasiguayas. En su relato, observe su expresión, sus gestos, que visibilizan marcas de un difícil cotidiano, sufrido, pero también atenuado como un esfuerzo recompensado cuando afirma ser exitosa, mientras toda la difícil experiencia vivida.

Las representaciones de esta trayectoria, apuntan para un pasado formado por significados, que trae al cuerpo un lugar de experiencias. Denuncia un cotidiano tenso y contradictorio en el movimiento de lucha por la tierra, que se manifiesta de muchas formas, cuando en algunos momentos las mujeres migrantes acampadas aceptaban la dura realidad del campamento, puede significar una estrategia de resistencia y de supervivencia, ya que la vida en el “otro lado” era peor. Había otras mujeres, no solo María, que luchaban, aunque silenciosamente. No estaban alejadas del poder, pues él también existe hasta la capacidad de resistir, de liberalizarse, mientras vagarosamente, a través de acciones como la que vimos.

La situación del campamento es tan frágil que dilata los roles de género, llevando a un des-hacer de género en lo que se refiere a los roles masculino y femenino, remetiéndolo al grupo que allí conviven en simple condición de seres humanos. Debido a situación de hombre y mujeres, ellos asumen tareas distintas en el cotidiano, crean nuevas relaciones, nuevos espacios, nuevas des-territorializaciones de género, llevando a una complicidad en el rol de “dirigir” el nuevo lugar.

“Deseo un lugar para vivir y plantar”

Mi primera inscripción al INCRA, nosotros decíamos toda la verdad. Que éramos migrantes brasiguayos, una entrevista bien transparente, pues era la primera propuesta de tierra, nosotros ganaríamos la tierra cuando estaba acampada,

un lugar para vivir y plantar ¡Imagínate! ¡Solo mío! Pero no ocurrió bien así... demoró mucho a salir la desapropiación de la hacienda. Y ahí buscamos otras alternativas. Senté con la alcaldesa y le dije que ella tenía que nos ayudar... En la próxima elección, la señora va a ayudarnos. “Ayudó con el gasoil” para llevar a las familias del campamento al asentamiento, y yo fui la última a deshacer la tienda, era el día de la navidad de 2007. Después de estos años acampada yo recogí todo lo que había dejado en Paraguay, mis lavavajillas, una pequeña máquina de coser, unos trapos y cambié a la hacienda que había sido desapropiada. La situación se calentó aquí, no teníamos el derecho de ser dueños, no teníamos el título de la tierra, pero estábamos encima de ella. Una de las cosas que tuvimos que hacer fue movilizar a las familias que ya estaban en la hacienda para tener la posesión de la hacienda. Fuimos a la carretera y la bloqueamos. Yo de camisa roja, sombrero de paja y un bambú en la espalda con la bandera de Brasil, el pueblo se movilizó y fuimos adelante, igual a la travesía del mar rojo. No tenía miedo de colocar mi cara adelante y salí con la cara en un periódico de la región que mostró nuestra movilización, pasamos por mucha humillación. ¿Y la compra que no se desarrollaba? ¿De la hacienda? Quedamos un año y medio acampados en la hacienda sin la definición... en los barracos, venía el viento llevaba todo y mirábamos al cielo y quedábamos llorando, viento, graniza, frío... dentro del campamento veíamos niños muriendo de hambre, por la forma de alimentarse, no dormían, sin confort, sin seguridad, de morir los compañeros accidentados, arrollados en la ruta, falta de salud, muy difícil... pero todo pasó aquí y aquí estoy, feliz, viví esta historia y no quiero que nadie la viva o la pase lo que pasé.

Al decir un *“lugar sólo mío”*, doña María llena los ojos con lágrimas, disimula, mira alrededor, silencia un rato, y siento que su decisión fue correcta, de retornar a Brasil. Al analizar la importancia del “lugar” a su vida, Michel Serres (1993, p. 8), destaca cuestiones existenciales intrigantes: ¿Qué es la vida? No lo sé. ¿Dónde ella habita? Al inventar el lugar, los seres humanos responden a esto cuestionamiento”, lo afirma. El lugar, para doña María en este contexto, pasa a expresarse mientras valor cualitativo de la dimensión subjetiva del que ella acredita. El “lugar”, mientras representación del mundo y posibilidad exclusiva de realización de la vida, preserva ampliamente el sentido de bien vivir en su nueva

morada. Para Levinas (1980), el nacimiento latente del mundo ocurre a partir de la vivienda, que gana sentido cuando construimos de manera compartida nuestra propia vivencia de cada cosa, de cada situación. Siendo así, las identidades de género de las mujeres migrantes son marcadas por “espacios”, y “lugares” como un complejo componente de las representaciones que el proceso migratorio construye, permitiendo a ellas nuevas performances en el ámbito de las relaciones de género.

Además, lo cambios simbólicos y los roles sociales en estos espacios, la identidad es permanentemente reconstruida y se constituye mientras sujetos, ejerciendo el poder femenino, negociando acciones en el ámbito de los micro-poderes, para ellas mismas y los otros. Pero, muchas veces, las pequeñas parcelas de poder o pequeños poderes que les tocan y que les permiten romper, en algunos momentos o circunstancias la supremacía masculina, son poderes desiguales, sea en el campamento o en propio asentamiento rural definitivo.

“*No tenía miedo de colocar mi cara adelante*”, doña María relata que el vivido va imponiendo situaciones que necesitan de decisiones de poder y de acciones prácticas. Foucault (1987), al decir que el poder necesita ser observado como algo que circula, destacó: “todos los individuos sufren su acción”. En el cotidiano vivido por las mujeres migrantes las relaciones de poderes y de género no bloquean las posibilidades de acciones femeninas en la lucha por la tierra, ni producen sólo efectos negativos. Foucault destaca que el poder solo funciona donde hay libertad, porque las relaciones de poder manifiestan como posicionamientos estratégicos asumidos por los sujetos en distintas relaciones. Bajo el punto de vista foucaultiano, el poder

[...] no se aplica pura y simplemente, como una obligación o una prohibición, a los que no lo tienen; él les arremete, pasa por ellos a través de ellos; se apoya en ellos, de la misma manera que ellos, en su lucha contra eso poder se apoyan, a su vez, en los puntos en que él les arregla (FOUCAULT, 1987, p. 29).

La narrativa de doña María y de otras “Marías, Dolores, Martas, Reginas, Leonildas, campesinas y migrantes de la frontera”, apuntan al hecho de que la migración funciona como una forma de lograr libertad, poder y autonomía en las relaciones de género a través de la conquista de su propio espacio, de su tierra,

casa, etc. Metafóricamente, el trayecto de la narradora, puede ser pensado como un continuo a transitar, logrando simbólicamente aquella dimensión señalada en el comienzo por Walter Benjamín: la del narrador que al narrar el viaje y vence las distancias de los espacios, regresa para contar su historia y lograr significado al mundo al que vive, contando experiencias de aquél lugar del mundo capaz de le otorgar significado.

Los relatos presentados por doña María demuestran que la experiencia de vida la llevó a innumerables situaciones de movilidad, des-territorializaciones, buscando siempre oportunidades nuevas a sus vidas y condiciones de reproducción social de su familia. Eso significa que el “otro lado”, la roza, el campamento, el trabajo duro, las hijas, fueron así, un *topos vivencial* en un espacio, en un lugar, a partir de ahí ella cuenta su mundo, un mundo de travesías y desplazamientos. En su dimensión de tiempo, habla sobre eso pasado-presente, al re-significar sus roles, sus acciones, un tiempo de “*tierras sin límites*”, o “*el fin de todo*”.

Esa también es una metáfora para pensar los roles de género de estos sujetos en los ámbitos público y privado, con toda su carga cultural y simbólica, una estrategia que permite que ellas puedan reproducir sus condiciones materiales, familiares, vivir, ser feliz. El retorno al Brasil, en búsqueda de una tierra, surge como una resistencia en un contexto de movilidad, una condición indispensable para garantizar la construcción de su autonomía, de su empoderamiento. Una posibilidad de fijar y quedarse en un espacio.

El narrar y el oír poseen el poder de acercar y tornar cómplices a todos. Michele Perrot (2005), al desarrollar investigaciones sobre la historia de las mujeres, cuando discute la ausencia de mujeres en la historiografía como parte de una sedimentación selectiva, nos apunta que las mujeres no están sólo en estos silencios profundos, pero él pesa fuertemente sobre ellas, en razón de la desigualdad de los sexos.

Al oír la historia de las mujeres migrantes brasiguayas, sobre todo de doña María, se reveló a mí, como historiador y feminista, otros mundos, otros sueños, otras miradas, otras “gentes”, olvidadas, borradas y silenciadas. Estimuló la gana de cruzar fronteras, por dentro de mí o de aquellas que nos alejan de los otros, de otras culturas, estilos de vida y roles de género, etc. Fronteras excluyen, definen

y subyugan el otro sexo, como distintas, raras, peligrosas, inferiores, manteniéndolas lejanas⁴⁰.

Las narrativas destacadas, memorizadas, gesticuladas, sentidas o contadas por las mujeres, disuelven estos límites arbitrarios impuestos por las fronteras de la historia universal masculina. Cruzamos constantemente fronteras culturales, de género, sociales, políticas, muchas veces sin darse cuenta. La historia descrita y analizada es solo un pequeño punto dentro de un mosaico de otras historias que construye la narrativa colectiva de estos grupos de mujeres migrantes que, al ser visibilizadas, posibilitan que todas traspasen esta frontera.

La reflexión y la traducción de una historia de vida, en un pequeño artículo es siempre un ejercicio hermenéutico, que desestabiliza, des-territorializa al relatar las historias que oí. Este trabajo es la traducción de una “historia menor”,⁴¹ del proceso de desplazamiento, dispersión, resistencia y lucha por una historia narrada, compartida de desplazamientos, dispersiones, dolor y alegría. Fue pensado por el deseo de oír otra voz, otra historia, otro espacio, una historia de vida de estas mujeres llamadas de “invisibles”.

Esas narrativas construyen una “otra historia”, semejante aquella que reivindicó Deleuze y Guattari a Kafka, una historia de los olvidados, silenciados, manipulados, aquella historia estrangulada por una historiografía oficial, por los autoritarismos de los gobiernos, por las relaciones de poder, por el olvido. Es una “historia menor”, tal definido por Deleuze y Guattari, al conferir el concepto de “menor” como subversivo, la historia no contada, la que está contra el precepto o contra las *mimesis* disciplinar.

40 La frontera como un espacio de des-territorialización, dónde el sujeto está ante el “nosotros” y con “ellos”, eso espacio de un territorio significado, pre-visto, de contagio y extrañamiento puede ser visto en el libro de Anzaldúa (2014).

41 Propongo el término ‘historia menor’ en comparación con el término ‘literatura menor’, en la dimensión que le fue atribuida por Giles Deleuze y Felix Guattari (1975), basada en la noción de desterritorialización. La acción de desterritorializar asocia a la problemática de la literatura “menor”, implica un desplazamiento provocado por una des-caracterización cultural, en lo que se refiere al espacio y a la lengua, manejada por grupos o subgrupos étnicos, raciales o culturales que, en un determinado momento histórico, están sometidos a un proceso de marginalización. Construir la historia, la narrativa, la consciencia de la minoría es desviar el padrón, extrapolar el criterio de medida ya conocido, el “menor” en la historia de las mujeres representa la variación, la diferencia, la contestación.

Una historia “menor” es aquella que trata de los distintos cruzamientos de posibilidades, construidas en las fisuras, que emergen en distintas frentes, formando tramas, telas y que se narra por las “sin voz”, dónde tensiones sobre la diferencia de género son negociadas y viabilizadas a las contradicciones de la historia, como un gran palimpsesto dónde ella es el resultado de la escrita, es decir, de la re-escrita, de la re-lectura, realizada por los sujetos que manipulan el discurso. A través de ella, desvela el mundo que se ubica en los dos lados de la frontera.

Referencias bibliográficas

ARENDT, Silvia; PEDRO, Joana (Org.) **Diásporas, mobilidades e migrações**. Florianópolis: Editora Mulheres, 2011.

ARFUCH, Leonor. **Identities, sujetos y subjetividades**. 2ª edición. Buenos Aires: Prometeo, 2005.

ARFUCH, Leonor. **Memoria y autobiografía**: Exploraciones en los límites. 1ª edición. Buenos Aires, Prometeo, 2013.

ASSIS, Glaucia de O. **De Criciúma para o mundo – rearranjos familiares dos novos migrantes brasileiros**. Florianópolis: Editora mulheres, 2011.

ASSIS, Glaucia de O. Estar aqui, estar lá... o retorno dos emigrantes valadarenses ou a construção de uma identidade transnacional? **Caderno de Ciências Sociais**, v. 4, n. 7, p. 36-47, dez. 1996.

BALLER, Leandro. **Frenteira e fronteiriços**: A construção das relações sociais e culturais entre brasileiros e paraguaios (1954-2014). 2014. 336 p. Tese (Doutorado em História)—Faculdade de Ciências Humanas, Universidade Federal da Grande Dourados, Dourados, 2014.

BENJAMIN, Walter. **Magia e técnica, arte e política**: obras escolhidas. 8. ed. São Paulo: Brasiliense, 2012. v. 1.

BHABHA, Homi. **O local da cultura**. Belo Horizonte: UFMG, 1998.

BOURDIEU, Pierre. Observações sobre a história das mulheres. In: DUBY, Georges; PERROT, Michelle. **As mulheres e a história**. Lisboa: Publicações Dom Quixote, 1995.

CAMPOS, Emersom César de; CARDOSO, Michele Gonçalves. Família e tempo presente: arranjos familiares e fluxos migratórios. In: ASSIS, Glaucia; BENDEDUZI, Luis Fernando (Org.). **Os pequenos pontos de partida**: novos e (i)migrantes rumo a Itália no século XXI. Curitiba: Editora CRV, 2014.

DELEUZE, Gilles; GUATTARI, Félix. **Kafka**: por uma literatura menor. Belo Horizonte: Editora Autêntica, 2014.

DELEUZE, Gilles; GUATTARI, Félix. **Mil platôs**. Trad. Peter Perbart e Janice Caiafa. São Paulo: editora 34, 2012.

FABRINI, João E. Os brasiguaios e conflitos na fronteira. **Revista Geografares**, n. 8, 2010.

FOUCAULT, Michel. **A arqueologia do saber**. Trad. de Luiz Felipe Baeta Neves. Rio de Janeiro: Forense-Universitária, 1987.

FRAISSE, Genevieve. **El consentimiento**. Trad. María Teresa Priego. México: PUEG, 2012.

GOETTERT, Jones Dari. **O espaço e o vento**: olhares da migração gaúcha para Mato Grosso de quem partiu e de quem ficou. Dourados: Editora UFGD, 2006.

KOFFES, Suely. **Uma trajetória em narrativas**. Campinas: Mercado das Letras, 2001.

LEVINAS, Emmanuel. **Totalidade e infinito**. Lisboa: Editora 70, 1980.

MARANDOLA, Eduardo. Ser migrante: implicações territoriais e existenciais da migração. **Rev. bras. estud. popul.**, São Paulo, v. 27, n. 2, jul./dez. 2010.

MARTES, Ana; FLEISCHER, S. (Orgs.). **Fronteiras cruzadas**: etnicidade, gênero e redes sociais. São Paulo: Paz e Terra, 2003.

MARTINS, Jose de Souza. **Fronteira**: a degradação do Outro nos confins do humano. 2. ed. São Paulo: Editora Contexto, 2009.

MARTINS, Jose de Souza. **Não há terra para plantar nesse verão**: o cerco das terras indígenas e das terras de trabalho no renascimento político do campo. 2. ed. Petrópolis: Vozes, 1988.

PATEMAN, Carole. **O contrato sexual**. Tradução de Marta Avancini. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1993.

PERROT, Michelle. **As mulheres ou os silêncios da história**. Tradução de Viviane Araújo. São Paulo: Edusc, 2005.

PERROT, Michelle. **A história dos quartos**. São Paulo: Ed. Paz e Terra, 2011.

PERROT, Michelle. **Os excluídos da história**: operários, mulheres e prisioneiros. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1988.

PRIORE, Mary Del (org.). **História das mulheres no Brasil**. São Paulo, Contexto, 2001.

RAGO, Margareth. **A aventura de contar-se**: feminismos, escrita de si e invenções da subjetividade. Campinas: Editora da Unicamp, 2013.

RAGO, Margareth. **Do cabaré ao lar**: a utopia da cidade disciplinar. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1985.

ROLNIK, Suely. Guerra dos gêneros & guerra aos gêneros. **Revista Estudos Feministas**, Florianópolis, v. 4, n. 1, p. 118, jan. 1996.

SCOTT, Parry. Fluxos migratórios femininos, desigualdades, automização e violência. In: ARENDT, Silvia; PEDRO, Joana (Org.). **Diásporas, mobilidades e migrações**. Florianópolis: Editora Mulheres, 2011.

SERRES, Michel. **Filosofia mestiça**. Trad. Maria Ignez Estrada. Rio de Janeiro: Nova Fronteira, 1993.

SINGER, Paul. Migrações internas: considerações teóricas sobre o seu estudo. In: **Economia política da urbanização**. São Paulo: Editora Brasiliense; 1973.

SPRANDEL, Marcia Anita. Algumas observações sobre fronteiras e migrações. **Fronteiras/ Artigos**, 2005.

WATSMAN, Jeni. **Flexíveis e plurais**: identidade, casamento e família em circunstâncias pós-modernas. Rio de Janeiro: Rocco, 1994.

WELL, Simone. **O enraizamento**. Bauru: EDUSC, 2001.

HISTORIAS MENORES, VIDAS OTRAS: RE-EXISTENCIAS FEMENINAS EN BRASIL DEL SIGLO XIX⁴²

Introducción

¿Cómo excavar una historia de sujetos invisibles? ¿Dónde están los vestigios de las mujeres en el pasado? ¿Qué perspectiva utilizarla? ¿Qué espacios otros son estos dónde la voz y la actuación femenina abren el camino para transformaciones creadoras del no-lugar de las representaciones sin referentes, de las imágenes del humano que prescinden la naturaleza, de las convenciones, de las coerciones y de la construcción de los cuerpos sexuados, de las prácticas sexuales normativas, para crear historias y relaciones sociales otras? ¿Dónde ella es habitualmente vista? ¿Dónde no es vista? ¿Quién son las mujeres que se desplazan entre espacios otros, vidas otras?

¿Quién son estos cuerpos marcados por las coreografías reguladas, confundidas por el exceso de contenidos obligatorios, de comportamientos dictados y milimétricamente desmovilizados para actuar por ellas mismas? Nada de excepciones en la historia. Hacer vivir y dejar morir⁴³. Lo que es dejado vivir: cuerpos uniformes, racializados, optimizados por la reproducción, colonizados y sin imaginación propia. Lo que es dejado morir: el vivo, la potencia de la transformación, de creación de nuevas formas de pensamiento, la multiplicidad de los

42 Conferencia proferida en lo IV SIMPOSIO INTERNACIONAL “LAS MUJERES EN LA INDEPENDENCIA DE AMÉRICA LATINA” em agosto de 2017 - Lima/Perú.

43 Michel Foucault, en el libro “*Em defesa da sociedade*” hace un análisis del poder y de la bio-política sobre la vida de las personas mientras un mecanismo de control del “hacer vivir” y “dejar morir”. “[...] Parece que uno de los fenómenos fundamentales del siglo XIX fue, es lo que podría nombrarse la asunción de la vida por el poder: si ustedes preferirán, una tomada de poder sobre el hombre mientras esté vivo, una suerte de estatización del biológico o, por lo menos, una cierta inclinación que conduce al que se podría nombrar de estatización del biológico” (FOUCAULT, 1999, p. 286).

posibles, el afuera, el imprescindible. Estos saberes que capturan el femenino, lo normalizando y lo codificando. En la historia de Brasil, las estrategias informales y silenciosas de mujeres en el siglo XIX, abre camino a una historia hecha por fisuras Maria Odila Leite Silva afirmaba que había

Todo un caleidoscopio de pequeñas referencias esparzas, pingando en profusión de las más distintas fuentes, comprueba a su presencia ostensiva, pero de manera fragmentaria, dejando poco que antever sobre sus maneras de inserción en la sociedad de la época (DIAS SILVA, 1983, p. 34).

Como resultado, esta parte de la humanidad (más de la mitad), miserable y confinada, no puede siquiera ser la constructora de su propia memoria. Eso largo proceso histórico quedó entonces caracterizado, como producto directo de las relaciones patriarcales de poder, por la des-memorización y des-corporización de las mujeres.

Estas ‘historias otras, Vidas otras’⁴⁴, están profundamente vinculadas con las resistencias femeninas del presente que a través de los otros espacios, espacios heterotópicos⁴⁵, inauguran una nueva relación con la individualidad. Realizan una crítica historiográfica de los “regímenes del saber”, es decir, sobre la manera como los saberes históricos son monopolizados e impedidos de caminar libremente y, finalmente, son luchas contra las respuestas “científicas” y administrativo-burocráticas para la pregunta: ¿quién somos nosotros?

44 Ellas son “vidas que nos presentan a la dramatización existencial de cuerpos y comportamientos que, por una razón u otra, no abarcan la cartografía de la normalización. Figuras que jamás se permiten evidenciar por completo, analizar de manera acabada e inequívoca. Lo que se presenta en estos textos no son esquemas filosóficos. Al contrario, lo que se muestra es una inexactitud, a la cual se atribuye a una problematización interna de la norma. En ningún momento se pretende el retrato de una determinada situación, pero sí la búsqueda por comprender estos gestos, crisis, dilaceraciones impracticables, justificativas inaceptables, vidas inapropiadas, acontecimientos vinculados a la ruptura filosófica que ellos operan. Vidas que se cruzan con el poder, con el discurso, con el espacio de los saberes legítimos y establecidos por el hombre moderno antropológico. Ver: NAIDIN, 2016.

45 [...] “Espacio del fuera, por el cual somos atraídos para fuera de nosotros mismos, por el cual desarrolla precisamente la erosión de nuestra vida, de nuestro tiempo, de nuestra historia, ese espacio que nos corroe y nos surca es también en él mismo un espacio heterogéneo [...] aquella por la cual se ubica los individuos cuyo comportamiento desvía en lo que se refiere a la media o a la norma exigida. Son las casas de reposo, clínicas psiquiátricas, las cárceles, casas de reposo... (FOUCAULT, 1984, p. 416).

Por las márgenes de la historia, las mujeres reexistirán como una potencia que denuncia una historiografía poco real y escasa, desequilibrada que han producido los silencios a más de la mitad de la humanidad, que ha olvidado el privado, el cotidiano y las pequeñeces, tratándolas como una no historia. La propia historia de la universidad es todavía en los días de hoy escrita en el masculino. Es preciso reparar los “silencios patriarcales del pasado”, retomando el concepto de Françoise Thébaud (2013, p. 71).

En el texto, arriesgamos apuntar que cuando el sujeto es femenino, esa ‘vida otra’ parece demostrar formas diversificadas, capaces de desviarse, por las líneas de fuga⁴⁶, de la noción de poder patriarcal y de control, como sinónimo de represión y de coacción. Así, se puede analizar bajo otra perspectiva, los distintos usos posibles de estos espacios en las contra-definiciones, en los espacios definidos por lo que ellos no lo son (por la ausencia, la carencia, la sanción, la prohibición). En los desvíos de la norma, esto poder femenino se torna el poder inmanente, des-territorializado.

Un poder, una existencia femenina que está en las calles, en el cotidiano, que se produce en el hacer de las personas. Son estos espacios comunes, del cotidiano femenino, que son formados por elementos que muestran la existencia de “espacios otros”, en lo que se refiere a otras formas de relaciones de poder específicas y otra dimensión de poder en las relaciones sociales. Eso poder inmanente, cotidiano, “microbiano”, que se constituye, de acuerdo con Michel de Certeau (1996),

Prácticas microbianas, singulares y plurales, [...] procedimientos que, lejos de ser controlados o eliminados por la administración panóptica, se refuerzan en una proliferación legitimada, desarrollados e insinuados en las redes de vigilancia, combinados según tácticas ilegibles, pero estables al punto que constituyen regulaciones cotidianas y creatividades subrepticias que se ocultan solamente y gracias a los dispositivos y a los discursos, hoy atrabancados, de la

46 En Deleuze (1998): “partir, evadirse, es trazar una línea. La línea de fuga es una des-territorialización. Huir no es renunciar a las acciones, nada más activo que una fuga. Es el contrario del imaginario. Es también hacer huir, no precisamente de los otros, pero hacer algo huir, hacer un sistema derramar como se rompe un caño [...]. Huir es trazar una línea, líneas todas de una cartografía. Sólo se descubre mundos a través de una larga fuga rotada” (DELEUZE, 1998, p. 49).

organización observadora. Este camino podría inscribirse como una secuencia, pero también como una reciprocidad del análisis que Michel Foucault hizo de las estructuras de poder [...] Pero a estos aparatos productores de un espacio disciplinar, que prácticas del espacio corresponden, ¿dónde se juega (con) la disciplina? En la coyuntura de una contradicción entre el modo colectivo de gestión y el modo individual de una reapropiación, ni por eso esta pregunta deja de ser esencial, caso admita que las prácticas del espacio construyen, con efecto, las contradicciones determinantes de la vida social (CERTEAU, 1976, p. 175).

Desplazamientos femeninos – espacios otros/ re-existir, insistir en la existencia

En el siglo XIX, la historia brasileña es marcada por la evidencia silenciosa de las mujeres. Un periodo que abarca cotidianidades y trayectos femeninos, no solamente geométricos, pero que también evidencia una dimensión espacial y de género distinta del masculino, pues poseen roles distintos dentro de la sociedad y de la cultura. Espacios privados y públicos son vividos distintamente y de manera desigual por hombres y mujeres, clasificando unos por masculinos y otros por femeninos, unos por blanco y otros por negros, indígenas o mestizos.

Hay una intervención controlada en los cuerpos femeninos, variable – género, raza, clase y espacio – en que el saber y el poder se entrecruzan, configurando categorías sociales a ser normalizadas por instituciones y subjetividades apropiadas y emitidas por los discursos patriarcales de poder de la época. Hay espacios raros que dictan lo que no pertenece a las mujeres o las impiden de involucrarse. ¿Dónde están estas mujeres? ¿Dónde ella es vista actualmente? ¿Dónde no es vista? De cualquier manera, la historia de las mujeres permanece, en la verdad y en la mayor parte, tolerada y marginalizada.

En Brasil del siglo XIX había una población mayoritariamente femenina y, sin embargo, pocas mujeres aparecen en la historia de sus ciudades, pueblitos del interior y comunidades. La marca de este período era el intenso incremento de la pobreza; la urbanización era un proceso secundario y marginal, síntomas de una sociedad por descubrirse, contradictoria, colonizada y racista (SILVA DIAS, 1984).

En las calles de las ciudades, el espacio sin control, había un incómodo, algo que molestaba, inquietaba, preocupaba las autoridades: las mujeres pobres, libres, forras y esclavas. Las calles eran un espacio de improvisación de su supervivencia precaria. Desplazando entre espacios privados o públicos, su figura se confunde con la imagen de la trabajadora doméstica, de la mulata, de las niñeras, de las mucamas, de las esclavas, de las nodrizas, de las “madres-negras” y de las mujeres infames, como las delincuentes, las prostitutas y las histéricas. Vidas otras que representan límites, barreras móviles y mutantes, pero no existentes.

Había una cierta movilidad física en la ciudad. Circulaban por toda parte y lugares, por fuentes públicas, tanques de agua, lavadoras, puentes, calles y plazas de la ciudad, riachos alrededor de pequeñas villas, muchas veces cubiertas por el mato – dónde era dejado la basura de las casas y que también servía como una suerte de “refugio”, escondrijo. Con todo,

Su espacio social era justamente el punto de intersección donde se alternaban y sobreponían el espacio de convivir de los vecinos y de los forasteros; el tesoro municipal y del pequeño comercio clandestino; las fimbrias de la esclavitud y del trabajo libre, el espacio del trabajo doméstico y de su extensión o comercialización por las calles... Bajo estas formas sociales transitorias es que se articulan roles femeninos propiamente históricos, de la improvisación, cambios y el porvenir, difícilmente adaptables a los padrones hegemónicos de comportamientos de las mujeres de las clases dominantes, que poco tiene que ver con la identidad abstracta del concepto de “condición femenina”, como se puede existir, universal y fijo (SILVA DIAS, 1984, p. 32).

Esas mujeres “infames”⁴⁷ cargaban el “peso del sexo”, de su color y de su desvío, por eso la vigilancia, el control. Las mujeres blancas tenían la permisión para salir de casa para bautizar, casar y ser sepultada. Sometían a la opinión de los otros – el padre, el marido, la sociedad – y aprendían a comportarse y a convivir de manera educada.

47 Para Foucault, los sujetos infames eran aquellos sujetos que no existían, sino por las pocas palabras proferidas sobre ellos para les excluir y les marginalizar de las formas sociales. Existencias simples, cenizas y oscuras, que tenía permanecido olvidadas, caso no fuese la relación con el poder. Son los indeseados, los olvidados, los que acabarían en instituciones de aislamiento. Ver; Foucault (1984, p. 203-222).

Las fuentes escritas sobre este periodo son esparzas y en lo que se refiere a los temas que tocan la diferencia entre los sexos, el historiador o la historiadora queda ante fragmentos discursivos de distintas realidades, simultaneas, que enredan y eluden una a otra: el confronto de espacio y de las normas, de los papeles formales prescritos con el día-tras-día de una improvisación informal y aleatoria. Por otro lado, disolutas, procesos y toda una legislación represiva sobre los cuerpos; de otro lado, resquicios de una autonomía tolerada que iba a los poquitos se re-apropiando, re-significando, se subvirtiendo en un espacio de distintos intereses y significados.

En una sociedad cerrada por la rigidez de los códigos culturales y sociales, hay otras formas de desarrollarse la libertad que intentan escapar del control social, de la violencia y de la dominación a que están permanentemente sometidas. Es complicado y tortuoso el desvendar de esto cotidiano, pues la fugas para otros espacios eran sinónimos de transgresión y susceptibles de castigo por el poder de esta época.

Hay una maquinaria de control, una sociedad de vigilancia en Brasil del siglo XIX, en el cual el patriarcado maneja los comportamientos de las mujeres, creando divisiones analíticas y tenues. La constante vigilancia crea un miedo en la calle, del desvío comportamental, de ocupar “espacios otros”. El estar en las calles se torna sinónimo de enfermedad, de la basura, del vagabundaje, de las mujeres “de la vida”. Un lugar insalubre y habitado por personas indeseadas, las prostitutas, las negras esclavas, las indigentes, así como las existencias infames. “Espacios otros” donde, para Foucault (1984),

[...] somos atraídos para fuera de nosotros mismos, en el cual desarrolla precisamente la erosión de nuestra vida, de nuestro tiempo, de nuestra historia, ese espacio que nos corroí y nos surca y también en él mismo un espacio heterogéneo. Dicho de otra manera, no vivimos en una suerte de vacío, en el interior del cual se podría situar los individuos y las cosas. No vivimos en el interior de un vacío donde se llenaría de colores con distintos reflejos, vivimos en el interior de un conjunto de relaciones que definen posicionamientos irreductibles unos a los otros y absolutamente imposibles de ser sobrepuestos (FOUCAULT, 1984, p. 414).

Sin embargo, cuando esas mujeres rompen de alguna manera con estos espacios, se tornan duplamente marginalizadas. Las mujeres pobres, harapientas,

esclavas o liberalizadas, que tenía la calle una de las formas de mantenerse el sustento – a través de la venta de frutas, comidas, dulces, panes, cigarrillos, etc. – se encontraban con mucho de lo que era impuesto por la sociedad en lo que se refiere a forma como ellas deberían comportarse. En la sociedad brasileña, la correlación entre género y raza provoca lo que Sueli Carneiro (2003) nombra de subalternización de género de acuerdo con la raza.

Las imágenes de género que establecen por el trabajo duro, de la degradación de la sexualidad y de la marginalización social, van producir hasta los días actuales la devaluación social, estética y cultural de las mujeres negras y la supervaloración en el imaginario social de las mujeres blancas, así como la devaluación de los hombres negros en comparación a los hombres blancos. Eso provoca en la concepción de mujeres y hombres negros como géneros subalternos, donde ni la marca biológica femenina es capaz de promover la mujer negra a la plena condición de mujer y tampoco la condición biológica masculina que se demuestra suficiente para lograr los hombres negros a plena condición masculina, tal cual establecida por la cultura hegemónica (CARNEIRO, 2003, p.7)

Hay una historia de las normalizaciones que actúan en estos espacios, pero también hay los “cuidados de si” y “las artes de la existencia” producidos en los espacios que todavía permanecen desconocidos. Las vidas de estas mujeres produjeron otros modos de existencia a través del choque con el poder, inventando nuevas posibilidades de vivir. Caso tomamos la afirmación de Foucault, el punto más intenso de las vidas “es bien ahí donde ellas se chocan con el poder, se debaten con él” (FOUCAULT, 1983, p. 203).

Son “vidas ínfimas”, vidas que exponen en pocas páginas, breves borros, ligeros, intensos y expresivos. Ellas se muestran en la rapidez de pequeños anuncios públicos, en las secciones de avisos en las páginas periodísticas, en relatos sobre la vida social en el periodo, donde las mujeres libres se ofrecen para enseñar otra mujer, y a veces, anuncian la apertura de escuelas, otras veces aparecen como mercancías vendidas o alquiladas por sus señores; sino hay una fuga denunciada, otras veces lo son “[...] descritas por su buena apariencia, su carácter terno u obediente, indicando incluso la existencia de una cercanía más íntima entre señores y esclavas” (SCHWARCZ, 1987, p. 134).

Más que esto, la presencia de estas mujeres indeseables, tornarían líquidos los sólidos imaginarios y las representaciones construidas sobre espacios que deberían ser debidamente aislados, controlados. Ellas huyen a las formas sacralizadas y canónicas, buscando las *heterotopias*, esas formas de vida más autónomas, no centralizadas, des-legitimadas y que no presentan necesidades, para ser válidas, del consentimiento del patriarcado. Esas líneas de fuga, esa historia menor, las llevarían a nuevos agenciamientos⁴⁸, o sea, la reproducción de una realidad material o inmaterial, y no de una verdad que representaría el real:

[...] es siempre el agenciamiento que produce los enunciados [...] el enunciado es el producto de un agenciamiento, siempre colectivo, que pone en juego, en nosotros y fuera de nosotros, poblaciones, multiplicidades, territorios, devenires, afectos, acontecimientos (DELEUZE; PARNET, 1998, p. 43).

Al transponerse, al driblar, producen saberes (y poderes) particulares, locales, regionales, distintos, no unánimes, políticamente divergentes y, por lo tanto, deben su fuerza solamente a la dimensión que les oponen a todos aquellos que le rodean. Se trata de una insurrección de los saberes, una reacción marginal, contra los efectos del poder que aprisionan sus cuerpos, sus pensamientos, sus sensibilidades. Tânia Navarro Swain (2013) apunta que:

[...] pero, la definición que se hace, a los poquitos, del humano en femenino y masculino, la locura es evocada para negar a las mujeres un local para decir, un local de autori-

48 Según Zourabichvili (2004), em *O vocabulário de Deleuze*, “Decirse-a, por lo tanto, en un primero acercamiento, que se está en presencia de un agenciamiento todas las veces en que podemos identificar y describir el acoplamiento de un conjunto de relaciones materiales y de un régimen de signos correspondientes. En realidad, la disparidad de los casos de agenciamiento necesita ser ordenada bajo el punto de vista de la inmanencia, tras el cual la existencia se muestra indisociable de agenciamientos variables y re-manejables que no terminan de producirla. Más que un uso equívoco, ella remite entonces a los polos del propio concepto, lo que impide, sobre todo, cualquier dualismo del deseo y de la institución, del inestable y del estable. Cada individuo debe manejar y enfrentarse con estos grandes agenciamientos sociales definidos por códigos específicos, que se caracterizan por una forma relativamente estable y por un funcionamiento reproductor: tender a reducir el campo de experimentación de su deseo a una división pre-establecida” (ZOURABICHVILI, 2004, p. 10).

dad. Pues sus cuerpos abrigan el desorden y exigen, por consiguiente, el control. Toda la acción crítica o autónoma es considerada inmoral o irracional, y el tratamiento es, de hecho, el castigo (SWAIN, 2013, p. 231).

Mujeres que huyen, se desvían, se des-territorializan⁴⁹. Maria Firmina dos Reis (1825-1917), pobre, parda y bastarda en Brasil del siglo XIX, por ejemplo, no escapó de mantener una relación problemática con su género. Adentra en un espacio prohibido, por aguas desconocidas, y se aventura, osa, experimenta, se deja percibir en un mundo que no la percibe, articula a ella misma su propia experiencia de mujer.

Maria Firmina evita colocar el nombre en su libro y se esconde bajo el seudónimo “una *maranhense*”. Escribe Úrsula (1859), que evidencia, por parte de la autora, involucrada en la causa abolicionista, una clara consciencia en lo que se refiere a las cuestiones de género, raza o clase social. Hay un desahogo en este libro, algo por mucho tiempo reprimido, sufocado, una voz ahogada, de una expresión propia que, a través de una fisura, una fenda, una línea de fuga, dibuja otro espacio. Son justamente estas fisuras, esas líneas de fuga que los dispositivos del poder de la época intentan corregir o reprimir.

Las mujeres, al escribir/vivir su historia, siendo osadas y recatadas, desbocadas o púdicas, sexuales o etéreas, pasan a dibujar un devenir político como potencia. Usan sus lugares como potencia inventiva – la potencia de un pensamiento “nómade”, abierto a los vínculos, que se desvía de los procesos de subjetivación manipulantes y lejos de reglas y conductas del patriarcado.

Son gestos y movimientos políticos que, por menores que sean, escapan por las grietas y por los desvíos que señala Kafka, e insisten en producir nuevos modos de conducirse, de gobernaren a ellas mismas, de crearen estrategias como acto político. Fundamentan, se crean, desarrollan prácticas de una historia menor femenina, es decir, de un existir y pensar de re-existencias. Un pensar de otra manera. Es el modo de pensar y de actuar les hace ser de otra naturaleza. Otra manera de posicionarse en el mundo que se inventa en el imprevisible de fugas-intensivas (TEDESCHI, 2017).

49 La des-territorialización es un movimiento por el cual se abandona el territorio, “es la operación de la línea de fuga”. Abandonar el territorio es ir al encuentro del inesperado, del nuevo. Ver: DELEUZE; GUATTARI, 2005.

Son esas mujeres “infames”, esos cuerpos no sometidos que debilitan las viejas prácticas de la colonialidad de género⁵⁰. El cuerpo que transgrede el espacio normativo, la razón colonial “torna el problema”, en la calle, en la esquina, en la feria, en los periódicos, en la revolución, en la marcha, pues se atraviesan y abalan, escandalizan; cuerpos que pesan (BUTLER, 2000, p.112.). Cuerpos desviados, transgresores y radicalizados cuestionan estructuras profundamente enraizadas porque no aceptan una vida confinada.

Así lo hacen María Felipa de Oliveira, María Quitéria y tantas otras Marías. Mujeres negras, pobres y ex esclavas resisten, se visten de hombre. Han transgredido estos patrones del ser mujer negra y pobre y lideran grupos armados reivindicando derechos, su existencia.

Libres, estas mujeres buscan escapar de los aparatos que el poder apunta en cada pasaje de la historia; crean líneas de fuga de las amarras prisioneras, que las impiden de pensar y la acción de cuerpos distintos. Ellas producen, en el propio desvío, una manera de seguir adelante sin ser capturada; ellas transforman estos desvíos en un aprendizaje potente a la vida. Es el propio desvío que las obliga a transformar este flujo desviante en un aprendizaje que se desarrolla por el pensamiento, por los “espacios otros” de existencias posibles.

Lugar de inscripción de los acontecimientos, el cuerpo es, “el lugar práctico de control social” (FOUCAULT, 1988, p. 15). Lugar de mando, de influencia. El cuerpo de la prostituta, de la esclava, de la loca, de la histérica, de la mendiga, de la soltera era no solamente el lugar de ataque por parte de investidas del poder, ya que, portando el exótico, su cuerpo revelaba otra performance, la exuberancia del placer, del desvío mental, del otro color, de afloramientos del deseo, gestos y señales que huían al control *normatizador*, pero que también representaba la posibilidad de cambio, la capacidad de desestructurar y abalar – a través de la

50 Maria Lugones – en el texto “Colonialidad y género”, publicado en 2008 – focaliza su análisis en la intercesión entre clase, raza, género y sexualidad, con el propósito de romper con la indiferencia práctica y teórica con las “mujeres de color”, o sea, mujeres no blancas que tienen su realidad borrada en las luchas feministas occidentales. Con estas experiencias, Lugones demuestra cómo el proceso de colonización enraiza la concepción occidental de género, y propone que estas relaciones se estructuran alrededor de un “Sistema colonial de género”, marcado por la intercesión entre raza, género, sexualidad y clase. Además, Lugones cuestiona el feminismo burgués, blanco, occidental, así como la homogenización de la denominación “mujer”, en la cual no incluí y borra la realidad de las “mujeres de color”. Así, el trabajo de Lugones consiste en el esfuerzo de hacer visible la mutua relación entre género y coloniaje, ya que la clasificación social de la población sobre la idea de raza es condición primordial a la estructuración del Sistema Colonial de Género.

exhibición de sus cuerpos – los superados códigos morales que sustentan las relaciones de género.

El cuerpo de las mujeres también es espacio que se ocupa, sus fronteras, las intervenciones que en él se operan, la imagen y las narrativas que se producen, los aparatos de guerra⁵¹ que en él intentan vincular, los sentidos que marcan, los silencios que por él hablan, los vestigios.

Las mujeres crean problemas en este periodo. ¿Cómo los gestos de la vida cotidiana son demarcados y entrañados en los cuerpos, incluso por el deambular en las ciudades? ¿Qué mecanismos o especificidades de uno u otro sexo se constituyen y cómo se operan en las descalificaciones/jerarquizaciones? ¿Qué las mujeres produjeron de potente estando involucradas en lugares que las sufocaban? ¿Qué salidas se encuentran cada vez que son capturadas? ¿Qué aprendizajes recorrieron cuando caminaron por los espacios otros? Y cuando confinadas, ¿prohibidas? ¿Qué desvíos, líneas de fuga son producidos ahí?

Los periódicos del siglo XIX traen en sus páginas, secciones, anuncios, denuncias de mujeres percibidas bajo los discursos que constituían su subjetividad en la orden privada, del control. Innúmeros periódicos tenían la forma de diarios, memorias y escritos íntimos, géneros discursivos femeninos común a la época que, junto a los figurines, recetas, culinarias, moldes de trabajos manuales, contos y folletines tentaban normalizar la conducta femenina, en su nuevo rol de esposa-madre-ama-de-hogar⁵².

La nueva identidad femenina, sobre todo la vinculada a mujer blanca que era basada en la valoración de la maternidad, del cuidado con el marido y los hijos, era constituida por lo discurso de los médicos, higienistas, moralistas, pedagogos. Maria Odila Leite Silva señala que

La documentación escrita, en general, en lo que se refiere a los asuntos relacionados con el sexo femenino está saturada y sobrecargada del dominio de mitos, desfilando en pocas líneas, muchos de los grandes arquetipos culturales de la

51 “Definimos el aparato de guerra como un agenciamiento lineal construido bajo líneas de fuga. En este sentido, el aparato de guerra no tiene, de ninguna manera, la guerra como propósito, presenta como propósito un espacio muy especial, espacio liso, que ella abarca, ocupa y propaga. El nomadismo es precisamente esa combinación aparato de guerra con espacio liso” (DELEUZE, 2013, p. 47).

52 Dos importantes obras sobre el período muestran discursos sobre las mujeres son Leite (1984) y Dias (1984).

tradicón judaico-cristiana: ángeles, demonios, santas matronas de vida honrada, mujeres perdidas, sin nada... Es un amplio dominio que enreda a todos y no sólo a las fuentes oficiales, pues mitos y símbolos son inherentes al lenguaje y a la cultura (SILVA, 1984, p. 38).

No hay silencios femeninos en las calles de Brasil imperial. Blancas pobres, negras y esclavas, vendedoras, talladoras, costureras, lavanderas, nodrizas y parteras andaban por los callejones, por las calles delimitadas por los consejos municipales. Espacios posibles, espacio permitido. Hay específicas relaciones de poder, desviantes o no, transgresoras o no, que intentan ocupar espacios masculinos enraizados.

Estas *heterotopias* femeninas producen un desorden de espacios institucionalizados por el patriarcado, justamente a través de las fisuras en la estructura de la época, abriendo y ocupando otros espacios. Prohibidas de ser contratadas como mano de obra, pues eran “mujeres sin confianza” – acusadas de concubinato, prostitución, brujería, curanderismo – ellas existen de manera ostensiva, silenciosa y fragmentaria. Están en procesos criminales y registro de periódicos por propagaren el mal costumbre”⁵³.

Son movimientos, acontecimientos femeninos que rompen con el “correcto” y el “moralmente acepto”, como norma general que rige la vida urbana, marcando algunos espacios, no sólo a través de la transgresión de la ley, sino por tornarse desviantes (*heterotopias* del desvío). Estos comportamientos que escapan, que huyen del instituido, se tornan en los espacios desviantes, “espacios otros”⁵⁴, donde las relaciones de poder y de género poden ser percibidas a través

53 Una importante fuente de investigación sobre el cotidiano de las mujeres en Brasil del siglo XIX hallase en Silva (1984): “Todo un caleidoscopio de pequeñas referencias esparzas, pingando en profusión de las más distintas fuentes, atestan su presencia ostensiva, pero, de manera fragmentada, deja poco que antever sobre su inserción en la sociedad de la época. La documentación en los Consejos Municipales busca la fiscalización del contrabando, la práctica de los atravesadores, la vigilancia sobre el comercio clandestino y las pequeñas engañadoras del fisco. Mientras tanto, visitas de corrección, permisos para vender y registros de avenas cuentan mucho sobre la manera de sobrevivir de las mujeres pobres en São Paulo. Más allá de estos documentos, el censo o “*maços de população*” son fuentes importantes. Sin embargo, se trata de informaciones incompletas y comprometida con una política de control social: capitanes-mores, jefes de policía y párrocos que buscaban “mejor civilizar y lograr la obediencia de los habitantes” (SILVA, 1984, p. 32-36).

54 Para Michel Foucault “[...] lo creo, por heterotopias que podrían ser nombradas de desvíos: aquella que se halla en los individuos cuyo comportamiento se desvía en lo que se refiere a la media

de las prácticas (lo que se espera de las mujeres , lo que es “permitido” a ellas, lo que se “aprueba”, el poder formal) y aquél que es re-apropiado, re-significado, contrariado, subvertido por las prácticas cotidianas de los que verdaderamente “utilizan”, producen, se reproducen en el espacio.

La historia de las mujeres fue construida por el no factual, por el no dicho. Siendo así, el conocimiento histórico está en un territorio definido entre aquél que está muy por debajo del acontecimiento. Es el interior de este territorio, del “espacio otro”, que las prácticas femeninas se actualizan permanentemente en las fuerzas, luchas, enfrentamientos y contradicciones entre distintos intereses y significados.

El acontecimiento es siempre producido por cuerpos que se entre-chocan, se cortan y se penetran, la carne, la espada; pero el efecto no es de la orden de los cuerpos, batalla imposable, incorporal, impenetrable, que domina su propia realización y domina sus efectos. [...] Todo acontecimiento es una niebla (DELEUZE; PARNET, 1998, p. 78).

Saberes y poderes particulares, locales, regionales, distintos, sexualmente divergentes y que marcan una fuerza contra aquel que se oponen y a todos los poderes que les rodean. Se trata de una potencia del *devenir mujer*⁵⁵, contra los efectos del poder patriarcal colonizador. Esa potencia femenina se des-territorializa, vive, se manifiesta de innúmeras maneras.

Hasta hoy, Nísia Floresta no es mencionada en la historia de la literatura brasileña como una escritora romántica y menos aún en la Historia de la Educación Femenina como una educadora (DUARTE, 2003, p.153). Una de las primeras mujeres en Brasil a romper con los condicionamientos históricos sobre su género, enfrenta el desafío de liberarse de los estereotipos, rompe con las persecuciones culturales de su sexo, con los límites de espacio privado y publica textos en periódicos de la nombrada grande prensa para defender el derecho de las mujeres, indios y esclavos.

o a la norma exigida (FOUCAULT, 2009, p. 415).

55 El devenir-mujer en Deleuze trae la posibilidad de fluir los signos no significantes, es decir, producir nuevas subjetividades, escapar de las maneras de existir. El devenir-mujer es la primera línea de fuga que se construye más allá de todas estas identidades, no haciendo parte de los juegos esencialistas de identidades formadas por el patriarcado.

Ella fue expuesta, sufrió la censura por transgredir los valores establecidos por el patriarcado y por las instituciones sociales. En cambio, Nísia recibió el despreso, la difamación y el olvido, sobre todo de sus conterráneos. El hecho de estar por delante de su tiempo le costó el no reconocimiento de su talento. El aprisionamiento de los cuerpos, del pensamiento y de las sensibilidades van cargando, en este período de juicios morales y de valor, preconceptos institucionalizados en espacios cotidianos: “la mujer vagabunda”, “des-arregladora”, “turbulenta”, “depravada”, “de mala vida”, “falsa” (SILVA, 1984, p. 39).

Son vidas otras que se desplazan en sus movimientos y metamorfosis, intentan re-existir en un proceso otro como sujeto, como mujer, como escritora y luchar continuamente contra los estereotipos; discursos tan poderosos que llevan las mujeres a hallaren bajo la mirada masculina, la mirada que las coloniza, las excluí. ¿Cómo matar el ángel del hogar? La antigua, y al mismo tiempo actual, pregunta de Virginia Woolf ya estaba en los escritos de la periodista Julia Lopes de Almeida, que denunciaba los preconceptos patriarcales en Brasil del siglo XIX⁵⁶. Para Foucault, “escribir es, por lo tanto, mostrarse, exponerse, hacer visible su propio rostro cerca del otro” (FOUCAULT, 2010, p. 149). Es producir por los escritos una forma de poder existir y re-existir ante la vida.

Así como la escrita femenina, las huellas de las mujeres en Brasil en este período son pocas, lo que contrasta con la abundancia de discursos masculinos sobre “la mujer”. Clérigos, juristas moralistas, médicos, dicen lo que las mujeres deberían ser o hacer.

Algunas rompen. Andradina de Oliveira escribe, en 1879, “*O divórcio*” y se desvía del camino impuesto por la sociedad. Al no dedicarse al hogar, cocinando o costurando, la profesora se dedicó a la denuncia, buscando visibilizar las voces perdidas en el oscuro de la historia del siglo XIX. ¿Qué decir, entonces, de las mujeres que no escribían? ¿Las iletradas, no blancas, fugases, liberadas? ¿Las otras? ¿Qué decir de las mujeres que lideraran los quilombos en Minas Gerais, Mato Grosso, Santa Catarina y Bahia? “La María Crioula, la Brízida Crioula, la Joana Mafumbe (...)”⁵⁷. Es imprescindible estudiar los espacios femeninos conquistados (los no espacios – espacios otros), los que están borrados u omisos en las fuentes oficiales. Es preciso huir de una historicidad fosilizada, y buscar esto “devenir intempestivo”, escondido, fisurado en la historia.

56 Importante libro sobre el arduo camino de las mujeres escritoras en Brasil es Telles (2012).

57 Son mujeres líderes de quilombos. Ver: MOTT, 1988.

Los roles exclusivamente históricos de las mujeres pueden ser captados de preferencias en las tensiones sociales, mediaciones, intermediaciones: en las relaciones propiamente sociales, que integran mujeres, historia, proceso social y que los historiadores pueden recuperar en las entre-líneas, de las fisuras y del implícito en documentos escritos. Por eso, exige una lectura paciente, un desvendar criterioso de informaciones omisas o muy esparzas, casuales, olvidadas del contexto o de la intencionalidad formal del documento (SILVA, 1984, p. 42).

Esto sombrío escenario de la invisibilidad femenina muestra como la sociedad disciplinaria del siglo XIX fue construyendo y determinando espacios donde las mujeres deberían estar, roles que deberían ejercer, maneras de cómo deberían actuar y se comportar. Los instintos controlados, la norma impuesta, los roles establecidos para vigilar, controlar y castigar. La historia que nos llega es codificada por marcas de una relación desigual e inferior entre los sexos.

La historia de las mujeres es una historia de re-existencias, es una historia que no está adestrada por el pensamiento historiográfico hacia una verdad otorgada; es una historia, un pensamiento que nació por rompimiento (DELEUZE, 2006, p. 203). Es una historia construida por flujos, intensidades, devenires que escapan a la historia; es marcada por des-territorializaciones que no son captadas por los mecanismos de poder. La historicidad de las experiencias femeninas y de las relaciones entre los sexos existió en estos espacios otros, se manifestó en el involuntario, en el fortuito, en el contingente. Una historia que se escucha los murmullos, sólo oye o interesa a quien las escribe, a quien las vivió, no presentando sentido o produciendo sonoridad a la escrita de la historia en general. La historia de las mujeres es una historia marcada por las multiplicidades, sin centralizarse, sin jerarquías; con vías marcadas por conexiones, flujos e intensidades.

Esas vidas ‘heterotópicas’ existieron, reexistieron y se equilibrarán entre el ‘formal’, el ‘institucional’, el ‘moralmente acepto’ y aquél que es necesario, justo, viable, posible a la supervivencia femenina. Las heterotopías son justamente estas formas de re-significación y re-apropiación que garantizan la supervivencia y la reproducción de aquellos que producen y utilizan el espacio, con todas sus contradicciones y conflictos de poder. Además de todo esto, involucrarse en estos espacios trae a la orden experiencias culturalmente y sexualmente mantenidas por la más profunda obscuridad de los sótanos, de las habitaciones, de los espacios

invisibles a la historia, utilizando aquí el término de la historiadora Michelle Perrot (2015). Al descubrimos sujetos ‘sin historia’, somos forzados a re-descubrir su pasado, a intentar reunir los fragmentos, los indicios, de una identidad, de una existencia invisible dentro de una sociedad en que estos sujetos no existieron.

Como guardianes de la memoria familiar y gestoras de la vida cotidiana, las mujeres van se construyendo ante los innúmeros saberes normativos que en aquél momento buscaban encasillarlas por una identidad fija. Pero, ellas dejan caminos, vestigios, registros y sombras en las paredes, sea en los procesos judiciales que enfrentan, en los interrogatorios, en los periódicos de la época, sea en documentos personales, cartas, libros, cuentos, fotografías o archivos familiares. “Vislumbres de una inmensidad, retallos de una colcha por hacer, relances de una inserción posible” (SILVA, 1984, p. 41).

Estos espacios de vida otra que no fueron capturados por el poder son, en la historia de las mujeres, un acto creativo de resistencia. A través de las fisuras, de las líneas de fuga, se vinculan a devenires que llevan al acontecimiento histórico y a las formas de vida. Les comprender en su potencial libertario no solamente permite la autonomía, pero reafirma prácticas que siempre fueron, en la historia de las mujeres, el reflejo de un arte revolucionaria, inventiva y, dentro de las posibilidades, un importante marco de resistencias.

Eso nos lleva a una nueva vía de reflexión, aquél que Deleuze y Guattari denominan de “pensamiento nómada”, una historia que trate el pasado con toda su capacidad inventiva, un “pensamiento historiográfico indomado”, un pensar y actuar femenino tomado en serio, que camina en “espacios otros”, de la des-razón, del no oficial, del inestable, del no visible, del condenable, del prohibido, del no aceptable.

Pensar la historia de las mujeres del pasado/presente es encarar la necesidad de crear nuevas y renovables otras formas de leer el mundo y de pensar, sin estar preso al modelo oficial, a la historia universal, patriarcal, colonizadora. Re-encontrar el silencio del acontecimiento, de una fuga, de una línea, de una fisura que lleva a una ruptura; es refutar las supuestas evidencias. Es estar dispuesto a viajar sin dejar el lugar, confiriendo un movimiento al pensamiento, posibilidades de vidas otras, espacios otros, historias otras. Es hacer existir, vivir, es re-existir, insistir en la potencia de que la historia de las mujeres se desarrolle, finalmente, siendo deseable, necesaria y profundamente humanizadora.

Referencias bibliográficas

BUTLER, Judith. *Corpos que pesam*. In: LOURO, Guacira Lopes (Org.). **O corpo educado**. Belo Horizonte: Autêntica, 2000.

CARNEIRO, Sueli. **A mulher negra na sociedade brasileira: o papel do movimento feminista na luta anti-racista**. Brasília: Fundação Cultural Palmares, 2003.

DE CERTAU, Michel. *Caminhadas pela cidade*. In: _____. **A invenção do cotidiano: artes de fazer**. Petrópolis: Editora Vozes, 1996.

DELEUZE, Giles; GUATTARI, Felix. **Kafka: por uma literatura menor**. São Paulo: Autentica, 2005.

DELEUZE, Gilles. **Conversações (1972-1990)**. Trad. Peter Pál Pelbart. São Paulo: Editora 34, 2013.

DELEUZE, Gilles. **Diferença e repetição**. São Paulo: Graal, 2006.

DELEUZE, Gilles; PARNET, Claire. **Diálogos**. São Paulo: Editora Escuta, 1998.

DIAS, Maria Odila Leite da Silva. **Quotidiano e poder em São Paulo no século XIX**. São Paulo: Ed. Brasiliense, 1984.

DUARTE, Constância Lima. Nísia Floresta Brasileira Augusta: pioneira do feminismo brasileiro - século XIX. **Revista Estudos Avançados**, São Paulo, n. 49, v. 17, p. 151-172.

FOUCAULT, Michel. *A vida dos homens infames*. In: MOTTA, Manoel Barros (Org.). **Ditos e escritos IV: estratégia, poder-saber**. Rio de Janeiro: Forense Universitária, 1984.

FOUCAULT, Michel. *Conversações com Michel Foucault*. In: MOTTA, Manoel Barros (Org.). **Estratégia, poder-saber. Ditos e escritos III**. Rio de Janeiro: Forense Universitária, 1983.

FOUCAULT, Michel. **Em defesa da sociedade**. São Paulo: Martins Fontes, 1998.

FOUCAULT, Michel. **História da sexualidade: o uso dos prazeres**. Rio de Janeiro: Graal, 2010. p. 149.

FOUCAULT, Michel. **História da sexualidade I: a vontade de saber**. 11. ed. Tradução de: M. T. da Costa Albuquerque e J. A. Guilhon Albuquerque. Rio de Janeiro: Graal, 1988.

FOUCAULT, Michel. **O corpo utópico, as heterotopias**. Trad. Salma Tannus. São Paulo: n-1 Edições, 2013.

LEITE, Miriam Moreira Leite. **A condição feminina no Rio de Janeiro**: século XIX. São Paulo: EDUSP, 1984.

MOTT, Maria de Lucia Barros. **Submissão e resistência**: a mulher na luta pela contra a escravidão. São Paulo: Contexto, 1988.

NAIDIN, Julia. Vidas heterotópicas, vidas infames, vidas outras: um percurso antropológico no pensamento de Foucault. **Rev. Filos.**, Curitiba, v. 28, n. 45, p. 1036, set./dez. 2016.

SCHWARCZ, Lília Moritz. **Retrato em branco e negro**: jornais, escravos e cidadãos em São Paulo no final do século XIX. São Paulo: Círculo do Livro, 1987.

TEDESCHI, Losandro Antonio. Por uma história menor — uma análise deleuziana sobre a história das mulheres. **Revista Estudos Feministas**, Florianópolis, 2017. No prelo.

TELLES, Norma. **Encantações**: escritoras e imaginação literária no Brasil século XIX. São Paulo: Editora Intermeios, 2012. (Coleção Entregêneros).

THEBHAUD, Françoise. **Escribir la história de las mujeres y género**. Oviedo: Ediciones KRK, 2013.

ZOURABICHVILI, François. **O vocabulário de Deleuze**. Rio de Janeiro: IC, 2004. Versión eletrónica.